PIER PAOLO PASOLINI

CARTAS LUTERANAS

PIER PAOLO PASOLINI CARTAS LUTERANAS

ISBN 84-8164-168-5



Durante el último año de su vida, Pier Paolo Pasolini desarrolló una penetrante requisitoria contra los rasgos que había adquirido la sociedad italiana, a la que veía tan destruida como en 1945. *Cartas luteranas* contiene así los últimos trabajos del autor en materia de crítica social.

Pasolini parte de las mutaciones culturales que el desarrollo de la producción masiva y las nuevas tecnologías de la comunicación han suscitado en Italia para revelar los signos de la degradación de la sociedad y de la cultura. Y, aunque circunscribe su análisis al concreto caso italiano, halla categorías metafóricas fundamentales para una crítica de izquierda a la modernidad y a las insuficiencias de la razón progresista.

No es cierto que la pobreza sea el peor de los males. No es cierto que la historia vaya siempre hacia adelante: hay períodos en que se producen súbitas involuciones y se desvanecen en el aire conquistas históricas de la humanidad.

Por si fuera poco, *Cartas luteranas* incluye uno de los textos más bellos de Pasolini: «Gennariello», un tratadillo pedagógico (inconcluso) que, además de ser una obra maestra literaria, resulta único en el género. Al poner al descubierto piezas del sistema socializador real (como el «lenguaje pedagógico de las cosas»), resulta imprescindible para comprender las raíces del conformismo contemporáneo.

Pier Paolo Pasolini (Bolonia, 1922 - Roma, 1975)

Es uno de los intelectuales italianos más interesantes de este siglo en la estela de Antonio Gramsci. Poeta magnífico *(Las cenizas de Gramsci, Poesía en forma de rosa...)*, narrador *(Chicos de la calle, Una vida violenta...)*, crítico literario *(Descripciones de descripciones, Pasión e ideología...)* y director de cine (de *Accatone* a *Pajarracos y pajaritos*, de la *Trilogía de la vida* a *Saló*), con libros como *Las bellas banderas* y *El Caos*, ya publicados en lengua castellana, Pasolini mostró ser además un finísimo, inteligente y nada académico analista y crítico social.

En *Escritos corsarios* y, sobre todo, en estas *Cartas luteranas* Pier Paolo Pasolini estableció con rigor y veracidad un conjunto de conceptos y metáforas sobre el mundo contemporáneo muy fecundo en capacidad explicativa y rico en implicaciones. Eso justifica que el interés por Pasolini y la atención prestada a su obra no hayan dejado de crecer, pese a que esa obra quedó truncada precisamente cuando daba los mayores signos de vitalidad.

En opinión de Pasolini, la burguesía, más que una clase social, es una terrible enfermedad contagiosa. El autor de *Cartas luteranas* siempre supo mantenerse al margen de cualquier complicidad con el poder.

Cartas luteranas

Pier Paolo Pasolini

Traducción de Josep Torrell, Antonio Giménez Merino
y Juan Ramón Capella

E D I T O R I A L   T R O T T A

L A D I C H A D E E N M U D E C E R
Serie Narrativa

Título original: Lettere luterane

Sagasta, 33. 28004 Madrid
Teléfono: 593 90 40
Fax: 593 91 11

Diseño
Joaquín Gallego

ISBN: 84-8164-168-5
Depósito Legal: VA-291/97

Impresión
Simancas Ediciones, S.A.
Pol. Ind. San Cristóbal
C/ Estaño, parcela 152
47012 Valladolid

ÍNDICE

LOS JÓVENES INFELICES

LOS JÓVENES INFELICES

Uno de los temas más misteriosos del teatro griego clásico es que los hijos estén predestinados a pagar las culpas de los padres.

No importa que los hijos sean buenos, inocentes y piadosos: si sus padres han pecado deben ser castigados.

Quien se declara depositario de esta verdad es el coro —un coro democrático—; y la enuncia sin preámbulos ni ilustraciones, de natural que le parece.

Confieso que yo siempre había considerado este tema del teatro griego como algo extraño a mi saber: como algo «de otro lugar» y «de otro tiempo». No sin cierta ingenuidad escolar, el tema siempre me había parecido absurdo y, a la vez, ingenuo, «antropológicamente» ingenuo.

Pero finalmente ha llegado un momento de mi vida en que he tenido que admitir que pertenezco, sin escapatoria posible, a la generación de los padres. Sin escapatoria porque los hijos no sólo han nacido y han crecido, sino que han alcanzado la edad de la razón y, por tanto, su destino empieza a ser, inevitablemente, el que debe ser, convirtiéndoles en adultos.

Durante estos últimos años he observado largamente a estos hijos. Al final, mi juicio, pese a que incluso a mí mismo me parezca injusto y despiadado, es condenatorio. He procurado seriamente comprender, fingir no comprender, tener en cuenta las excepciones, esperar algún cambio, considerar históricamente, o sea, al margen de los juicios subjetivos de bien y de mal, su realidad. Pero ha sido inútil. Mi *sentimiento* es de condena. Y no es posible cambiar los sentimientos. Son históricos. Lo que se siente es real (pese a todas las insinceridades que podamos tener con nosotros mismos). Finalmente —o sea hoy, a primeros del año 1975— mi sentimiento, repito, es de condena. Pero dado que tal vez condena sea una

palabra equivocada (quizá dictada por la referencia inicial al contexto lingüístico del teatro griego) tendré que precisarla: más que de condena, mi sentimiento es en realidad de «cese de amor»; un cese de amor que, justamente, no da lugar a «odio», sino a «condena».

Lo que tengo que reprocharles a los hijos es algo general, inmenso, oscuro. Algo que se queda más acá de lo verbal; que se manifiesta irracionalmente en el existir, en el «experimentar sentimientos». Ahora bien: puesto que yo —padre ideal, padre histórico— condeno a los hijos, es natural que en consecuencia acepte de algún modo la idea de que hay que castigarles.

Por primera vez en mi vida consigo así liberar en mi consciencia, a través de un mecanismo íntimo y personal, esa fatalidad abstracta y terrible del coro ateniense que considera natural el «castigo de los hijos».

Sólo que el coro, dotado de una sabiduría inmemorial y profunda, añadía que aquello por lo que eran castigados los hijos era «la culpa de los padres».

Pues bien: no vacilo ni un momento en admitirlo. Esto es: no dudo en aceptar personalmente esa culpa. Aunque condeno a los hijos (a causa de un cese del amor hacia ellos) y por tanto presupongo su castigo, no me cabe la menor duda de que todo es por culpa mía. En tanto que padre. En tanto que uno de los padres. Uno de los padres que se han hecho responsables, primero, del fascismo; después, de un régimen clerical-fascista fingidamente democrático; y que, por último, han aceptado la nueva forma del poder, el poder del consumismo, la última de las ruinas, la ruina de las ruinas.

La culpa de los padres que deben pagar los hijos ¿es pues el «fascismo», ya en sus formas arcaicas o en sus formas absolutamente nuevas, nuevas sin equivalente posible en el pasado?

Me resulta difícil admitir que la «culpa» sea ésta. Quizá también por razones privadas y subjetivas. Yo, personalmente, siempre he sido antifascista; y tampoco he aceptado jamás el nuevo poder, del que en realidad Marx hablaba proféticamente en el *Manifiesto* cuando creía hablar del capitalismo de su tiempo. Me parece que al identificar así la culpa se es algo conformista y excesivamente lógico, o sea, no histórico.

Ya siento a mi alrededor el «escándalo de los pedantes» —seguido de su chantaje— a propósito de lo que voy a decir. Ya oigo sus argumentos: es un retrógrado, un reaccionario, un enemigo del pueblo quien no sabe comprender los elementos de novedad, por dramáticos que sean, que hay en los hijos; quien no sabe comprender que comoquiera que sea ellos son la vida. Pues bien: yo pienso, en cambio, que también yo tengo derecho a la vida, porque pese a ser padre no por esto dejo de ser hijo. Además para mí la vida se puede manifestar de modo insigne, por ejemplo, en el valor de revelar a los nuevos hijos lo que yo *siento* realmente por ellos. La vida consiste ante todo en el ejercicio imperturbable de la razón; no, ciertamente, en el prejuicio, y menos aun en los prejuicios de la vida, que es *qualunquismo*[1] puro. Mejor ser enemigos del pueblo que enemigos de la realidad.

Los hijos que nos rodean, en especial los más jóvenes, los adolescentes, son casi todos unos monstruos. Su aspecto físico casi es terrorífico, y cuando no es aterrador resulta lastimosamente infeliz. Melenas horribles, peinados caricaturescos, semblantes pálidos y ojos apagados. Son máscaras de algún rito iniciático bárbaro, miserablemente bárbaro. O bien máscaras de una integración diligente e inconsciente, que no suscita la menor piedad.

Tras haber alzado contra los padres barreras tendentes a encerrarlos en un gueto, han acabado encontrándose ellos mismos en el gueto contrario. En los casos mejores se mantienen agarrados a los alambres de espino de ese gueto, mirando hacia nosotros, que todavía somos hombres, como mendigos desesperados, que piden algo sólo con la mirada porque carecen del valor y acaso de la capacidad de hablar. En los casos que no son ni los mejores ni los peores (hay millones) carecen de expresión: son la ambigüedad hecha carne. Su mirada huye; sus pensamientos están perpetuamente en otra parte; tienen demasiado respeto o demasiado desprecio a la vez, demasiada paciencia o demasiada impaciencia. En comparación con sus coetáneos de hace diez o veinte años han aprendido algo más, pero no lo bastante. La integración ya no es un problema moral y la revuelta ha sido codificada. En los casos peores son auténticos criminales. ¿Cuántos de éstos hay? En realidad casi todos podrían serlo. No se encuentra por la calle un grupo de muchachos que no pueda ser un grupo de criminales. No hay el menor destello en sus ojos; sus facciones imitan las facciones de los autómatas sin que les caracterice desde dentro nada personal. El estereotipo hace que no sean de fiar. Su silencio puede preludiar una temerosa petición de ayuda (¿qué ayuda?) o un navajazo. Ya han perdido el dominio de sus actos y se diría que hasta el de sus músculos. No saben bien qué distancia media entre causa y efecto. Han retrocedido —bajo el aspecto externo de una mayor educación escolar y de mejores condiciones de vida— a una barbarie primitiva. Aunque por una parte hablan mejor —es decir, han asimilado el degradante italiano medio—, por otra son casi afásicos: hablan viejos dialectos incomprensibles, o incluso callan, soltando de vez en cuando aullidos

1. *Qualunquista, qualunquismo:* expresiones que proceden del nombre de un partido político populista de los años cincuenta, *L'Uomo Qualunque*, literalmente *El Hombre Cualquiera*, que propugnaba una crítica del sistema político liberal-democrático desde un pretendido «apoliticismo» de extrema derecha [N.d.T.].

guturales e interjecciones de carácter siempre obsceno. No saben sonreir ni reir. Sólo saben soltar risotadas y pullas. En esta masa enorme (típica sobre todo ¡una vez más! del inerme Centro-Sur) hay *élites* nobles, a las que naturalmente pertenecen los hijos de mis lectores. Pero estos lectores míos no pretenderán sostener que sus hijos son muchachos felices (desinhibidos e independientes, como creen y repiten ciertos periodistas imbéciles, que se comportan como comisionados fascistas en un campo de concentración). La falsa tolerancia ha vuelto significativas, en medio de la masa de los machos, también a las muchachas. Éstas, por lo general, son mejores como personas; en realidad viven un momento de tensión, de liberación, de conquista (aunque sea de un modo ilusorio). Pero en el cuadro general su función acaba siendo regresiva. Pues una libertad «regalada» no puede hacerlas superar, como es natural, la adaptación secular a las codificaciones.

Ciertamente, los grupos de jóvenes cultos (desde hace algún tiempo bastante más numerosos, por lo demás) son adorables porque resultan conmovedores. A causa de circunstancias que para las grandes masas por el momento son sólo negativas, e incluso atrozmente negativas, éstos son más avanzados, refinados e informados que los grupos análogos de hace diez o veinte años. Pero ¿qué pueden hacer con su finura y con su cultura?

Por consiguiente, los hijos que vemos a nuestro alrededor son hijos «castigados»: «castigados», de momento, con su infelicidad, y, más adelante, en el futuro, quién sabe cómo, quién sabe con qué catástrofes (tal es nuestro ineliminable *sentimiento*).

Pero son hijos «castigados» por nuestras culpas, esto es, por las culpas de los padres. ¿Es esto justo? En realidad ésta era, para un lector moderno, la pregunta, sin respuesta, del tema dominante del teatro griego.

Pues bien: sí; es justo. El lector moderno ha vivido efectivamente una experiencia que le vuelve, final y trágicamente, capaz de comprender la afirmación —que parecía tan ciegamente irracional y cruel— del coro democrático de la antigua Atenas: que los hijos deben pagar las culpas de los padres. Pues los hijos que no se liberan de las culpas de los padres son infelices, y no hay signo más decisivo e imperdonable de la culpa que la infelicidad. Sería demasiado fácil, e inmoral en sentido histórico y político, que los hijos quedaran justificados —en lo que hay en ellos de sucio, de repugnante y de inhumano— por el hecho de que sus padres se hayan equivocado. Una mitad de cada uno de ellos puede estar justificada por la negativa herencia paterna, pero de la otra mitad son responsables ellos mismos. No hay hijos inocentes. Tiestes es culpable, pero sus hijos también lo son. Y es justo que se les castigue por esa mitad de culpa ajena de la que no han sido capaces de liberarse.

Queda aún en pie el problema de cuál es, en realidad, esa «culpa» de los padres.

A fin de cuentas, lo que aquí importa substancialmente es esto. E importa tanto más cuanto que, al haber provocado en los hijos una condición tan atroz, y por consiguiente un castigo tan atroz, debe de tratarse de una culpa gravísima. Acaso la culpa más grave cometida por los padres en toda la historia humana. Y estos padres somos nosotros. Lo cual nos parece increíble.

Como he apuntado ya, entre tanto, debemos librarnos de la idea de que esa culpa se identifica con el viejo o nuevo fascismo, esto es, con el efectivo poder del capitalismo. Los hijos que son tan cruelmente castigados en su modo de ser (y, en el futuro, con algo más objetivo y más terrible) son *también* hijos de antifascistas y de comunistas.

Por consiguiente fascistas y antifascistas, patrones y revolucionarios, tienen una culpa en común. Pues todos nosotros, hasta hoy, con inconsciente racismo, cuando hemos hablado específicamente de padres y de hijos siempre hemos dado por supuesto que hablábamos de padres e hijos *burgueses*.

La historia era *su* historia.

Para nosotros, el pueblo tenía su propia historia aparte; una historia arcaica, en la que los hijos, simplemente, como enseña la antropología acerca de las viejas culturas, reencarnaban y repetían a sus padres.

Hoy todo ha cambiado: cuando hablamos de padres y de hijos, aunque por padres sigamos entendiendo siempre padres *burgueses*, por hijos entendemos tanto hijos *burgueses* como hijos *proletarios*. El cuadro apocalíptico, relativo a los hijos, que he esbozado anteriormente, incluye a la burguesía y al pueblo llano.

Las dos historias, pues, se han unido; y es la primera vez que esto sucede en la historia del hombre.

Esta unificación se ha producido bajo el signo y por la voluntad de la civilización del consumo, del «desarrollo». No se puede decir que los antifascistas en general y los comunistas en particular se hayan opuesto realmente a una unificación así, cuya naturaleza es totalitaria —por vez primera auténticamente totalitaria— aunque su carácter represivo no sea arcaicamente policiaco (y aunque recurra incluso a una falsa permisividad).

La culpa de los padres, por tanto, no es sólo la violencia del poder; no es sólo el fascismo. Pues es también: en primer lugar, la eliminación de la consciencia, por nuestra parte, por parte de los antifascistas, del viejo fascismo; el habernos liberado cómodamente de nuestra profunda *intimidad* (Pannella) con él (el haber considerado a los fascistas «nuestros hermanos estúpidos», como dice una frase de Sforza recordada por Fortini); en segundo lugar, y sobre

todo, es la aceptación —tanto más culpable cuanto más inconsciente— de la violencia degradante y de los auténticos e inmensos genocidios del nuevo fascismo.

¿Por qué esa complicidad con el viejo fascismo, y por qué esa aceptación del fascismo nuevo?

Porque hay —y ésta es la cuestión— una idea conductora sincera o insinceramente común a todos: la idea de que el peor de los males del mundo es la pobreza, y que por tanto la cultura de las clases pobres debe ser sustituida por la cultura de las clases dominantes.

En otras palabras: nuestra culpa de padres consiste *en creer que la historia no es ni puede ser más que la historia burguesa.*

GENNARIELLO

PARÁGRAFO PRIMERO: CÓMO TE IMAGINO

Puesto que eres el destinatario de este tratadito pedagógico mío, que va apareciendo por entregas aquí —naturalmente, con el riesgo de sacrificar la actualidad a la realización progresiva del proyecto—, bueno es que te describa ante todo cómo te imagino yo.

Eso es muy importante, porque siempre hay que hablar y actuar en concreto.

Como sugiere de inmediato tu nombre, eres napolitano. Por consiguiente, antes de proseguir tu descripción, y puesto que se plantea imperiosamente la pregunta, habré de explicarte en pocas palabras por qué he querido que seas napolitano.

Estoy escribiendo en los primeros meses de 1975; y, en este período, aunque hace ya algún tiempo que no voy por Nápoles, los napolitanos representan para mí una categoría de personas que justamente me son simpáticas en concreto y además ideológicamente. De hecho, en estos últimos años —por precisar: en esta década— no han cambiado mucho. Siguen siendo los mismos napolitanos de siempre. Y esto es muy importante para mí pese a saber que por ello mismo puedo resultar sospechoso de las cosas más terribles, llegando a aparecer incluso como un traidor, como un pájaro de cuenta o como un réprobo. Pero ¡qué le vamos a hacer! Prefiero la pobreza de los napolitanos al bienestar de la república italiana; prefiero la ignorancia de los napolitanos a las escuelas de la república italiana; prefiero las escenitas hasta en demasía naturalistas que todavía es dado contemplar en los bajos de Nápoles a las escenitas de la televisión de la república italiana. Con los napolitanos me siento completamente a gusto porque estamos destinados a comprendernos mutuamente. Con los napolitanos no guardo contención física porque ellos, inocentemente, tampoco la guardan conmigo. Con los napolitanos puedo presumir de poder enseñar cual-

quier cosa porque ellos saben que al prestarme atención me hacen un favor. El intercambio de saber es, pues, absolutamente natural. Con un napolitano yo puedo decir simplemente lo que sé, porque tengo una idea de su saber llena de respeto casi mítico y este respeto está lleno de alegría y de afecto natural. Además, considero el enredo como un intercambio de saber. Una vez me di cuenta de que un napolitano, durante una efusión de afecto, me estaba soplando la cartera; se lo hice notar y nuestro mutuo afecto aumentó.

Podría seguir así páginas y páginas, e incluso transformar todo mi tratadito pedagógico en un tratadillo sobre las relaciones entre un burgués del norte y los napolitanos. Pero de momento me contengo y vuelvo a ti.

Sobre todo eres, y debes ser, muy guapo. Pero tal vez no en el sentido convencional. También puedes ser un poco menudo e incluso algo esmirriado; y puedes tener ya en las facciones el rasgo que, con los años, te convertirá inevitablemente en una máscara. Pero tus ojos deben ser negros y brillantes, tu boca un poco gruesa y tu rostro bastante regular; tus cabellos deben ser cortos en la nuca y por detrás de las orejas, aunque no me cuesta nada concederte un buen mechón, largo, peleón y tal vez hasta un poco exagerado y gracioso cayendo sobre tu frente. No me disgustaría que fueras también un poco deportista, y que por tanto seas algo estrecho de caderas y de piernas sólidas (en cuanto al deporte, preferiría que te gustara jugar a la pelota, y así podríamos echar algún partidillo juntos de vez en cuando). Y todo esto —todo lo referente a tu cuerpo, que quede claro— no tiene, en tu caso, ninguna finalidad práctica e interesada: es una pura exigencia estética, un plus que me hace sentir más a gusto. Entendámonos bien: si tú fueras feúcho, lisa y llanamente feúcho, daría lo mismo, siempre que fueras simpático y normalmente inteligente y afectuoso como eres. En tal caso bastaría con que tus ojos fueran risueños. Y también daría lo mismo si en vez de ser un Gennariello fueras una Concettina.

Alguien podría pensar que un muchacho como el que estoy describiendo es un milagro. De hecho sólo puedes ser un burgués, o sea, un estudiante de bachillerato. Estaría dispuesto a admitir el carácter milagroso del caso si fueras milanés o florentino, o incluso un romano. Pero el hecho de que seas napolitano excluye que pese a ser un burgués no puedas ser interiormente bello. Nápoles es todavía la última metrópoli plebeya, la última gran aldea (y además con tradiciones culturales no estrictamente italianas): este hecho general e histórico iguala física e intelectualmente a las clases sociales. La vitalidad siempre es una fuente de afecto y de ingenuidad. Y en Nápoles tanto el chico pobre como el chico burgués están llenos de vitalidad.

Por consiguiente, de la misma manera que yo te he elegido a ti,

tú me has elegido a mí. Estamos en paz. Estamos intercambiándonos favores. Naturalmente, leído por otros, este texto pedagógico mío es mentiroso, porque faltas tú: tu diálogo, tu voz, tu sonrisa. Si los lectores no saben imaginarte peor para ellos. Aunque no eres un milagro eres, eso sí, una excepción. Tal vez incluso una excepción en Nápoles, donde tantos coetáneos tuyos son unos fascistas asquerosos. Pero ¿podía encontrar algo mejor para hacer al menos literalmente excepcional este texto mío?

6 de marzo de 1975.

PARÁGRAFO SEGUNDO: CÓMO DEBES IMAGINARME

Podría decirte tantas cosas que tú, Gennariello, deberías saber acerca de tu pedagogo...

No quiero hacer una lista de detalles, que ciertamente irán apareciendo poco a poco, cuando los requiera la ocasión (en realidad nuestro razonamiento pedagógico estará lleno de divagaciones y paréntesis: tan pronto como algo actual sea tan urgente y significativo que haya que interrumpir el razonamiento, pues lo interrumpiremos tranquilamente).

Quiero seleccionar una sola cuestión: lo que la gente dice de mí, eso por lo cual tú me has conocido hasta ahora (supuesto que sepas de mi existencia). Lo que has sabido de mí a través de la gente se resume eufemísticamente en pocas palabras: un escritor y director de cine, muy «discutido y discutible», un comunista «poco ortodoxo y que gana mucho dinero con el cine», un hombre que «no es trigo limpio, parecido a D'Annunzio».

No polemizaré con estas informaciones, conmovedoramente concordes, que has recibido de una señora fascista y de un joven extraparlamentario, de un intelectual de izquierdas y de un putañero.

Esta lista es un poco *qualunquista:* lo sé. Pero recuerda: no hay que tenerle miedo a nada, y sobre todo no hay que tenerles miedo a esas calificaciones negativas que se pueden retorcer hasta el infinito.

En realidad todos los italianos se pueden llamar «fascistas» los unos a los otros porque en todos hay algún rasgo fascista (que, como veremos, se explica históricamente por la fallida revolución liberal o burguesa); todos los italianos, por razones más obvias, se pueden llamar los unos a los otros «católicos» o «clericales». Todos los italianos, por último, se pueden llamar *qualunquista* unos a otros. Y esto es justamente lo que te atañe en este momento. No porque tú y

yo hayamos roto lo que ya debería ser el pacto tácito entre personas civilizadas, consistente en no llamarse nunca «fascista», «clerical» o *qualunquista* los unos a los otros, sino porque soy yo mismo quien me acuso, aquí, de ser un poco *qualunquista.*

Pues ¿cómo puedo yo juntar *(qualunquísticamente)* «una señora fascista y un extraparlamentario, un intelectual de izquierdas y un putañero»? Por una terrible e invencible sed de conformismo.

Ocurre a menudo, en esta sociedad nuestra, que un hombre (burgués, católico, tal vez tendencialmente fascista), al advertir consciente e inconscientemente esa sed de conformismo suya, hace una elección decisiva y se convierte en un progresista, en un revolucionario, en un comunista. Pero (muy a menudo) ¿con qué finalidad? Con la de poder vivir en paz, por fin, su sed de conformismo. Él no lo sabe, pero el haberse pasado con valentía al bando de la razón (aquí empleo la palabra razón al mismo tiempo en sentido corriente y en sentido filosófico) le permite apañárselas con las viejas costumbres, que cree regeneradas, neutralizadas. Pero que no son otra cosa, justamente, que la antigua sed de conformismo.

Esto, durante estos treinta años postfascistas aunque no antifascistas, ha ocurrido siempre. Sin embargo a partir de 1968 las cosas se han agravado. Porque por una parte el conformismo digamos oficial, nacional, el del «sistema», se ha vuelto infinitamente más conformista a partir del momento en que el poder se ha convertido en un poder consumista, y, por tanto, en un poder infinitamente más eficaz —para imponer su propia voluntad— que cualquier otro anterior en el mundo. Que se nos persuada para seguir una concepción «hedonista» de la vida (y por tanto para ser buenos consumidores) ridiculiza cualquier esfuerzo de persuasión autoritario anterior: por ejemplo, el de seguir una concepción de la vida religiosa o moralista.

Por otra parte las grandes masas de obreros y las *élites* progresistas se han quedado aisladas en este nuevo mundo del poder: un aislamiento que aunque por una parte ha preservado cierta claridad y limpieza mental y moral suyas también las ha vuelto conservadoras. Es el destino de todas las «islas» (y de las «áreas marginales»). Por tanto el conformismo de izquierdas —que había existido siempre— se ha fosilizado durante estos últimos años.

Pues bien: uno de los tópicos más típicos de los intelectuales de izquierda es su voluntad de desacralizar y (hay que inventar la palabra) des-sentimentalizar la vida. Eso se explica, en los viejos intelectuales progresistas, porque habían sido educados en una sociedad clerical-fascista que predicaba falsas sacralidades y falsos sentimientos. Y por tanto la reacción era justa. Pero el nuevo poder ya no impone hoy esa falsa sacralidad y esos falsos sentimientos. Más bien él mismo es el primero, repito, que quiere librarse de ellos, con todas sus instituciones (pongamos el Ejército y la Iglesia). Por tanto, la

polémica contra la sacralidad y contra los sentimientos, por parte de los intelectuales progresistas, que siguen masticando la vieja ilustración como si hubiera pasado mecánicamente a las ciencias humanas, es inútil. O tal vez le es útil al poder.

Por estas razones has de saber que en las enseñanzas que te impartiré, sin el menor atisbo de duda, te empujaré a todas las desacralizaciones posibles, a faltarle enteramente al respeto a cualquier sentimiento establecido. No obstante, el fondo de mi enseñanza consistirá en convencerte de que no le tengas miedo a lo sagrado y a los sentimientos, de los cuales el laicismo consumista ha privado a los hombres transformándolos en brutos y estúpidos autómatas adoradores de fetiches.

13 de marzo de 1975.

PARÁGRAFO TERCERO: MÁS SOBRE TU PEDAGOGO

Quisiera añadir todavía algo a lo que te he dicho en el parágrafo titulado «Cómo debes imaginarme».

Nos detendremos largamente en el sexo; será uno de los temas más importantes de nuestro razonamiento, y ciertamente no dejaré escapar la ocasión de decirte, al respecto, verdades que, aunque sencillas, sin embargo escandalizarán mucho, como suele ocurrir, a los lectores italianos, siempre tan dispuestos a negar el saludo al réprobo y a volverle la espalda.

Pues bien: en este sentido yo soy como un negro en una sociedad racista que ha querido adornarse con un espíritu tolerante. Soy un «tolerado».

La tolerancia, entérate bien, es sólo y siempre puramente nominal. No conozco un solo ejemplo o un solo caso de tolerancia real. Y esto porque una «tolerancia real» sería una contradicción en sus propios términos. El hecho de «tolerar» a alguien es lo mismo que «condenarle». La tolerancia es incluso una forma más refinada de condena. En realidad al «tolerado» —digamos que al negro que habíamos tomado como ejemplo— se le dice que haga lo que quiera, que tiene todo el derecho del mundo a seguir su propia naturaleza, que su pertenencia a una minoría no significa para nada inferioridad, etcétera. Pero su «diversidad» —o mejor, su «culpa de ser diferente»— sigue siendo la misma tanto ante quien ha decidido tolerarla como ante quien ha decidido condenarla. Ninguna mayoría podrá eliminar jamás de su consciencia el sentimiento de la «diversidad» de las minorías. La tendrá siempre presente eterna y fatalmente. Por consiguiente —es cierto—, el negro podrá ser negro, es decir, podrá vivir libremente su propia diferencia, incluso fuera —es cierto— del «gueto» físico, material, que en tiempos de represión le había sido asignado.

No obstante la figura mental del gueto sobrevive inevitablemente. El negro será libre, podrá vivir nominalmente sin trabas su diferencia, etcétera; pero siempre estará dentro de un «gueto mental», y ojo con salir de ahí.

Sólo puede salir de ahí si adopta la perspectiva y la mentalidad de quien vive fuera del gueto, o sea de la mayoría.

Ningún sentimiento suyo, ningún gesto, ninguna palabra suya puede estar «teñida» de la experiencia particular que vive quien está encerrado idealmente dentro de los límites asignados a una minoría (el gueto mental). Debe renegar enteramente de sí, y fingir que la experiencia que lleva a sus espaldas es una experiencia normal, o sea, la mayoritaria.

Puesto que hemos partido de nuestra relación pedagógica (o sea, en particular, de «lo que yo soy para ti»), ejemplificaré lo que te he dicho más bien aforísticamente por medio de un caso que me concierne.

Estas últimas semanas he tenido ocasión de pronunciarme públicamente sobre dos cuestiones: sobre el aborto y sobre la responsabilidad política de los que están en el poder.

¿Quién está a favor del aborto? Evidentemente nadie. Habría que estar locos para estar a favor del aborto. El problema no es estar a favor o en contra del aborto sino a favor o en contra de su legalización. Pues bien: yo me he pronunciado en contra del aborto y a favor de su legalización. Naturalmente, al estar en contra del aborto no puedo pronunciarme por una legalización indiscriminada, total, fanática y retórica. Como si legalizar el aborto fuera una victoria alegre y apaciguadora. Estoy a favor de una legalización prudente y dolorosa. Es decir, en términos de práctica política, esta vez comparto más bien la posición de los comunistas que la de los radicales.

¿Por qué siento con especial angustia la culpabilidad del aborto? También lo he explicado claramente. Porque el aborto es un problema de la enorme mayoría, que considera su causa, o sea el coito, de un modo tan ontológico que lo vuelve mecánico, trivial, irrelevante por exceso de naturaleza. Y en esto hay algo que oscuramente me ofende. Me coloca ante una realidad aterradora (yo he nacido y vivido en un mundo represivo, clerical-fascista).

Todo esto ha dado a mi razonamiento sobre el aborto un cierto «tinte»: un «tinte» que procede de una experiencia mía, particular y diferente, de la vida y de la vida sexual.

Como perros rabiosos, se me han echado encima todos no a causa de lo que decía (que como es natural era enteramente razonable) sino a causa de ese «tinte». Perros rabiosos, estúpidos, ciegos. Tanto más rabiosos, estúpidos y ciegos cuanto más pedía yo (era evidente) su solidaridad y su comprensión. Porque no hablo de fascistas. Hablo de «ilustrados», de «progresistas». Hablo de personas

«tolerantes». Queda aquí probado, pues, lo que te decía: mientras el «diferente» viva su «diferencia» en silencio, encerrado en el gueto mental que le ha sido asignado, todo va bien y todos se congratulan de la tolerancia que le conceden. Pero tan pronto como dice una palabra sobre su propia experiencia de «diferente», o simplemente se atreve a pronunciar palabras «teñidas» del sentimiento de su experiencia de «diferente», se desencadena el linchamiento, como en las épocas clerical-fascistas más tenebrosas. La mofa más vulgar, el gesto más obsceno y la más feroz de las incomprensiones le hunden en la humillación y en la vergüenza.

Pues bien, querido Gennariello: a la algarada originada por la cuestión del aborto le ha correspondido el más absoluto silencio sobre la cuestión de los democristianos en el poder. Y, a propósito (quede bien claro): ciertamente no hice un razonamiento de común administración, el razonamiento de costumbre... Pero hablaremos sobre esto en el siguiente parágrafo, cuyo tema será el lenguaje.

20 de marzo de 1975.

PARÁGRAFO CUARTO: CÓMO VAMOS A HABLAR

Decíamos pues el otro día que mientras a propósito de la cuestión del aborto se armó un gran alboroto, respecto de la cuestión de la ineptitud —en el límite de lo criminal— de los hombres de poder democristianos hubo un silencio sepulcral. O incluso se llegó a convertir mi razonamiento en una reflexión corriente y aburrida sobre el mal gobierno y el infragobierno, tal vez con una oscura alusión a la intervención de los comunistas, esto es, a ese «compromiso histórico» que no haría más que codificar una situación de hecho.

Ya ves, Gennariello: la mayoría de los intelectuales laicos y democráticos italianos se dan muchos humos porque se sienten, virilmente, «dentro» de la historia: aceptan con realismo que la historia transforme las realidades y a los hombres, enteramente convencidos de que esta «aceptación realista» es fruto del uso de la razón.

Yo en cambio, Gennariello, no. Has de recordar que yo, tu maestro, no creo en esta historia ni en este progreso. No es cierto que *a pesar de todo* se vaya hacia adelante. Muy a menudo tanto el individuo como la sociedad van hacia atrás o empeoran. Y en este caso la transformación *no debe* ser aceptada; la «aceptación realista» es en realidad una maniobra culpable para tranquilizar la propia conciencia y seguir adelante. O sea: es lo contrario de un razonamiento, pese a que a menudo, lingüísticamente, tenga el aire de serlo.

La regresión y el empeoramiento no se aceptan. Se viven, a lo sumo, con indignación o con rabia; indignación y rabia que en este caso concreto son, contra lo que parece, profundamente racionales. Hay que tener la fuerza de la crítica total, del rechazo, de la denuncia desesperada e inútil.

Quien acepta con realismo una transformación que es regresión y degradación quiere decir que no ama a quien sufre tal regresión y degradación, o sea a las personas de carne y hueso que le rodean. En

cambio, quien protesta con toda su fuerza, incluso la sentimental, contra la regresión y la degradación quiere decir que ama a esas personas de carne y hueso. Un amor que yo tengo la desgracia de sentir, y que espero comunicarte también a ti.

Los más culpables de no amar a esas gentes degradadas por el falso progreso de la historia son, precisamente, los hombres de poder democristianos.

Dejemos de lado la primera fase de su régimen, que fue decididamente la continuación del régimen fascista, y pasemos en seguida a la segunda fase, ésa en la cual han seguido existiendo y actuando del mismo modo que antes aunque el poder al que servían no fuera ya el poder paleocapitalista (clerical-fascista) sino un poder nuevo: el poder consumista (con su supuesta tolerancia). En esta segunda fase se ha producido una serie atroz de atentados y de crímenes políticos. De ellos, específicamente, son también culpables formalmente los hombres de poder democristianos. Pues sólo puede haber tres casos:

Primero: los hombres de poder democristianos (o un grupo de ellos) son los responsables directos, o los mandantes, de la «estrategia de la tensión» y de las bombas: el escándalo del SID[1] serviría para demostrar inequívocamente la validez de una hipótesis así. Por lo demás, también puede leerse entre líneas esta hipótesis en las recientes —aunque explícitas en otro sentido— acusaciones de De Martino[2].

Segundo: si los hombres de poder democristianos no lo supieran todo, o casi todo, o mucho, o al menos un poco, sobre los atentados, serían unos incapaces que no se dan cuenta de lo que pasa delante de sus narices.

Tercero: los hombres de poder democristianos lo saben todo sobre los atentados, o casi todo, o mucho, o al menos un poco, pero fingen no saberlo y callan.

En los tres casos, los democristianos que en estos años han detentado el poder deberían irse, desaparecer, por no decir algo peor.

En cambio no solamente siguen en el poder, sino que *hablan*. Ahora lo que se constituye en piedra de escándalo es su lengua. Pues cada vez que abren la boca, por insinceridad, por culpabilidad, por miedo o por astucia, *no hacen otra cosa que mentir*. Su lengua es la lengua de la mentira. Y puesto que su cultura es una putrefacta cultura forense y académica, monstruosamente mezclada con la cultura

1. Las siglas SID corresponden a los servicios secretos italianos; el escándalo aludido es el descubrimiento de la implicación de estos servicios en la realización de atentados terroristas, y su colusión con la CIA, los servicios secretos norteamericanos [N.d.T.].

2. De Martino era el ministro del interior socialista (anterior a B. Craxi y luego desbancado en su partido por éste). De Martino trató de establecer relaciones unitarias con los comunistas. Posteriormente senador vitalicio [N.d.T.].

tecnológica, su lengua es, en concreto, pura teratología. No se la puede oír. Hay que taparse las orejas.

El primer deber de los intelectuales, hoy, tendría que consistir en enseñar a la gente a no escuchar las monstruosidades lingüísticas de los hombres de poder democristianos; en gritar, a cada palabra suya, de horror y de condena. En otras palabras: el deber de los intelectuales habría de consistir en desnudar todas las mentiras que a través de la prensa y sobre todo de la televisión inundan y ahogan ese cuerpo por lo demás inerte que es Italia.

En cambio, casi todos los intelectuales de la oposición aceptan substancialmente lo que aceptan los hombres de poder democristianos. No se escandalizan para nada de la monstruosidad de la lengua de los hombres de poder democristianos.

Mi sueño, en nuestra relación pedagógica, querido Gennariello, consistiría en hablar napolitano. Por desgracia no sé hacerlo. Me contentaré pues con un italiano que no tenga nada que ver con el que hablan los hombres de poder y sus igualmente poderosos oponentes. El italiano de una tradición culta y humanista: sin temor a cierto «manierismo», que resulta inevitable en una relación como la nuestra.

Los preámbulos, pues, han terminado. La próxima vez te dibujaré sumariamente un esbozo del plan de nuestros trabajos —una especie de índice— y luego, finalmente, empezaremos las lecciones.

27 de marzo de 1975.

PLAN DE LA OBRA

Éste, más o menos —con mil interrupciones y paréntesis debidos a la prepotencia de la actualidad, que tú te sentirás con derecho a privilegiar aprovechándote de mi debilidad—, es el plan de la obra.

Una primera serie de capítulos estará dedicada a tus «fuentes educativas» más próximas. Tú pensarás en seguida en tu padre, en tu madre, en la escuela y en la televisión. Pero resulta que no es esto. Tus fuentes educativas más inmediatas son mudas, materiales, objetuales, inertes, meramente presentes. Hablo de los objetos, de las cosas, de las realidades físicas que te rodean. Tendré que hacer sobre esto observaciones que, contrariamente a lo que esperas, escocerán. Te aseguro que el lenguaje de las cosas, del que has recibido la primera educación, no es tan sencillo como cascar huevos. (Disculpa si hago un poco de «manierismo», al mimar el «habla para niños».).

Tras la serie de capítulos dedicados al lenguaje pedagógico de las cosas (o mercancías, o bienes de consumo), dedicaré una larga sección del libro a hablarte de tus compañeros, que son, quede claro, tus verdaderos educadores. Tus compañeros son portadores, inconscientes y por ello altamente prepotentes, de valores absolutamente nuevos, que solamente ellos y tú vivís. Nosotros —vuestros padres— quedamos excluidos. Esos valores, además, son intraducibles a nuestro lenguaje. A pesar de todo, sin embargo, trataré de hablarte de ellos con un lenguaje paterno. Y aquí necesitaré de una cierta comprensión o curiosidad tuyas que de algún modo son, precisamente, paternas...

La tercera parte de nuestro tratado serán tu padre y tu madre, que son tus educadores oficiales, o incluso tus deseducadores. No obstante, como veremos, entre su intención pedagógica a tu respecto y la realización de esa intención hay un diafragma cuyo espesor es inmenso: se trata de tu relación de amor y de odio con ellos. Te explicaré, en suma, lo que sucede en tu familia.

Luego pasaremos a la escuela, o sea, a ese conjunto organizativo y cultural que te ha deseducado por completo y que te coloca ante mí como un pobre idiota, humillado, degradado incluso, incapaz de comprender, atrapado en un cepo de mezquindad mental que entre otras cosas te angustia. La antiescuela (o sea la polémica política contra la escuela, que tú has recibido y asimilado a través de un movimiento de cuestionamiento en estos años ya completamente depauperado y desautorizado) no es menos deseducativa. Te impone un conformismo no menos degradante y angustiante que el de la escuela.

Te hablaré primero de tus maestros de primaria y luego de tus profesores, esos duplicados de los padres y las madres, autores de tu deseducación. (Si en cambio te ha educado alguien, sólo puede haberlo hecho con su ser; no con su habla. O sea: con su amor y con su posibilidad de amor; no es imposible que, en algún caso, el más humilde de tus enseñantes pueda ser un hombre que no pertenezca a la subcultura sino a la cultura.).

La quinta parte del tratado se dedicará a la prensa y a la televisión, esos espantosos órganos pedagógicos desprovistos de cualquier alternativa. Al respecto nada detendrá mi furor de persona por otra parte bondadosa, como puedes ver. En resumen: hasta esa quinta parte el objeto de nuestra serie de instrucciones pedagógicas es en substancia la pedagogía misma. Y de esta prolongada mirada hacia dentro cobrarán sentido las ojeadas rápidas y continuas hacia el exterior. Por otra parte, como dice Barthes en uno de los aforismos de su último y bellísimo libro (*El placer del texto*), probablemente «somos científicos por falta de sutileza». Trataré de no ser científico, aunque no pueda permitirme ser lo bastante «sutil» al tratar los distintos temas.

Una vez acabadas estas cinco primeras secciones empezaremos las cinco secciones más importantes, en las cuales me extenderé sin límite preconcebido alguno con toda la libertad de la improvisación.

Trataremos: primero, del sexo; segundo, del comportamiento; tercero, de la religión; cuarto, de la política, y quinto, del arte. En todo esto prevalecerá una actitud pragmática. O sea: te daré consejos. Además doy por descontado que te divertiré. Para concluir este «índice»: ahora caigo en que esto es en realidad un secreto entre nosotros dos. ¡Estupendo! Ciertamente, no creo que haya nadie —al menos en mi mundo, en el mundo de la llamada cultura— capaz de apreciar mínimamente la idea de compilar un tratado pedagógico para un muchacho. Una tremenda vulgaridad hace concebir y tomar un tratado así como una charla total y perfectamente «legible». Pues muy bien: en vez de dedicárselo a la sombra monstruosa de Rousseau, se lo dedicaremos a la desdeñosa sombra de Sade.

3 de abril de 1975.

LA PRIMERA LECCIÓN ME LA DIO UNA CORTINA

Los primeros recuerdos de la vida son visuales. La vida, en el recuerdo, se convierte en una película muda. Todos nosotros tenemos en la mente una imagen que es la primera o una de las primeras de nuestra vida. Esa imagen es un signo, y, por precisar, un signo lingüístico. Consiguientemente, si es un signo lingüístico, comunica o expresa algo. Te pondré un ejemplo, Gennariello, que a un napolitano como tú le parecerá exótico. La primera imagen de mi vida es una cortina, blanca, transparente, que cuelga creo que inmóvil ante una ventana que da a una calleja más bien triste y oscura. Esa cortina me aterroriza y me angustia; pero no como algo amenazador o desagradable, sino como algo cósmico. En aquella cortina se compendia y toma cuerpo todo el espíritu de la casa en que nací. Era una casa burguesa, en Bolonia. En realidad las imágenes que compiten con la cortina por la primacía cronológica son: una habitación con alcoba (donde dormía mi abuela); unos pesados muebles como es debido; una carroza, en la calle, a la que quería subir. Estas imágenes son menos dolorosas que la de la cortina; no obstante, también en ellas está representado algo cósmico en lo que reside el espíritu pequeño-burgués del mundo en que nací. Pero si en los objetos y las cosas cuyas imágenes me han quedado fijadas en el recuerdo —como las de un sueño indeleble— se precipita y se concentra todo un mundo de «recuerdos» que tales imágenes evocan en un solo instante, o sea, si aquellos objetos y aquellas cosas son contenedores dentro de los cuales se reúne un universo que yo puedo sacar de ellos y observar, entonces al mismo tiempo tales objetos y tales cosas son también algo distinto de un contenedor.

Son, justamente, signos lingüísticos, que si a mí personalmente me evocan el mundo de la infancia burguesa, no obstante, en aquellos primeros momentos me hablaban objetivamente, haciéndose

descifrar como nuevos y desconocidos. Pues no se les superponía el contenido de mis recuerdos: su contenido era solamente suyo. Y ellos me lo comunicaban. Su comunicación era pues esencialmente pedagógica. Me enseñaban dónde había nacido, en qué mundo vivía y, sobre todo, cómo debía concebir mi nacimiento y mi vida. Al tratarse de un discurso pedagógico inarticulado, fijo, indiscutible, sólo podía ser, como se dice hoy, autoritario y represivo. Lo que me dijo y lo que me enseñó aquella cortina no admitía (ni admite) réplicas. Con ella no era posible ni admisible ningún diálogo ni acto autoeducativo alguno. He aquí por qué he creído que todo el mundo era el mundo que me enseñaba aquella cortina: he creído por tanto que todo el mundo era bienpensante, idealista, triste y escéptico, un poco vulgar; en una palabra: pequeño-burgués.

Otras «lecciones de cosas» aparecieron poco después, y luego durante toda la infancia y la juventud. A menudo tales «lecciones de cosas» nuevas (en especial tras la primerísima infancia) estaban en contradicción con las iniciales. He visto objetos rústicos en patios de casas pobres; he visto utensilios y muebles proletarios y subproletarios; he visto paisajes ya no urbanos sino suburbiales o míseramente campestres, etcétera. Pero ¡cuánto ha tenido que pasar, querido Gennariello, para que aquellas primeras lecciones fueran puestas en duda y cuestionadas explícitamente por las siguientes! Su represividad y su espíritu autoritario fueron invencibles durante muchos años; comprendí en seguida, es cierto, que además de mi mundo, pequeño-burgués, tan cómicamente absoluto, había también otro mundo, e incluso que había otros mundos. Pero durante mucho tiempo siempre me pareció que el único mundo verdadero, valedero, que me había sido enseñado por los objetos, por la realidad física, era el mío; mientras que los demás me parecían extraños, diferentes, anómalos, inquietantes y faltos de verdad.

La educación que a un muchacho le dan los objetos, las cosas, la realidad física —en otras palabras: los fenómenos materiales de su condición social— convierte a ese muchacho al mismo tiempo en lo que es y en lo que será durante toda su vida. Es su carne la que es educada como forma de su espíritu.

La condición social se reconoce en la carne de un individuo (al menos en mi experiencia histórica). Porque ha sido plasmado físicamente por la educación precisamente física de la materia de que está hecho su mundo.

Las palabras de los padres, de los maestros y por último de los profesores se superponen a lo que las cosas y los actos le han enseñado a un muchacho cristalizándolo. Sólo la educación recibida de sus compañeros será muy semejante a la que le han impartido las cosas y los actos; o sea: será también puramente pragmática, en el sentido absoluto y primario de la palabra.

Además, anticipo en seguida que la importancia de la enseñanza de la televisión es enorme, pues también ella no hace más que ofrecer una serie de «ejemplos» de modo de ser y de comportamiento. Pese a que los anunciantes, presentadores y demás morralla de este tipo hablen (y hablan de un modo horrendo), en realidad el verdadero lenguaje de la televisión es similar al lenguaje de las cosas: es completamente pragmático y no admite réplicas, alternativas, resistencia.

Perdóname este anticipo; pero puedo permitírmelo porque durante algunas «clases» hemos de dedicarnos aún al «lenguaje de las cosas», visto que lo que realmente importa es la enseñanza que las cosas te han impartido; yo me he referido a mi experiencia personal sólo para llegar a experiencias actuales, justamente como la tuya, estableciendo aunque sea blanda y un poco idílicamente los datos de uno de los saltos entre generaciones más terribles que registra la historia.

10 de abril de 1975.

PARÁGRAFO SEXTO: IMPOTENCIA ANTE EL LENGUAJE PEDAGÓGICO DE LAS COSAS

No hay nada que obligue tanto a mirar las cosas como hacer una película. La mirada de un literato sobre un paisaje rural o urbano puede excluir una infinidad de cosas, recortando del conjunto sólo las que le emocionan o le son útiles. La mirada de un realizador cinematográfico sobre ese mismo paisaje, en cambio, no puede dejar de tomar consciencia de todas las cosas que hay en él, casi inventariándolas. En realidad, mientras que para un literato las cosas están destinadas a convertirse en palabras, o sea en símbolos, en la expresión de un realizador cinematográfico las cosas siguen siendo cosas; pues los «signos» del sistema verbal son simbólicos y convencionales, mientras que los «signos» del sistema cinematográfico son precisamente las cosas mismas, en su materialidad y en su realidad. Se convierten, ciertamente, en «signos», pero son «signos» vivientes de sí mismas, por decirlo así. Todo esto forma parte de una ciencia, la semiótica, que tú, Gennariello, debes conocer al menos de nombre y en su significado de divulgación si quieres seguir mis razonamientos; en especial éste, acerca del lenguaje primario de las cosas y acerca de su consiguiente prevaricación pedagógica.

Pues bien: si hubiera ido al Yemen como literato, habría vuelto con una idea del Yemen completamente distinta de la que tengo habiendo ido como cineasta. No sé cuál de las dos es más auténtica. Como literato habría vuelto con la idea —exaltante y lírica— de un país fosilizado en una situación histórica medieval: con casas rosáceas altas y estrechas, adornadas con blancos frisos como de una orfebrería rústica, amontonadas en medio de un desierto humeante y tan límpido que hace daño a los ojos; y aquí y allá, vallecitos con aldeas que repiten exactamente la forma arquitectónica de la ciudad, entre dispersos cultivos terraceados, de grano, de cebada, de pequeños viñedos.

Como realizador he visto en cambio, en medio de todo esto, la presencia «expresiva», horrible, de la modernidad: una lepra de postes de alumbrado plantados caóticamente; casuchas de cemento y chapa construidas sin sentido donde antes estaban las murallas de la ciudad; edificios públicos en un espantoso estilo árabe moderno, etcétera. Y, naturalmente, mis ojos *han debido* posarse también en otras cosas, más pequeñas o incluso ínfimas: objetos de plástico, conservas, zapatos y manufacturas de algodón miserable, peras en lata (procedentes de China), pequeñas radios...

En una palabra: he visto la coexistencia de dos mundos semánticamente distintos, unidos en un sistema expresivo único y babélico.

Naturalmente, el contingente moderno de este sistema lingüístico *a mí* se me presentaba como aberrante y degradante. Objetivamente lo era, a decir verdad, justamente porque era miserable; manifestaba sin contención o reservas su descarada finalidad especulativa. El Yemen sigue siendo aún un mercado pequeño, o incluso ínfimo, para las industrias occidentales. Por tanto es despreciado y ridiculizado objetivamente. Su destrucción parece natural. Que eso exija una abjuración por parte de los yemenitas les parece completamente natural a los especuladores alemanes e italianos; los yemenitas deben ser enteramente consentidores a propósito de su propio genocidio: un genocidio cultural y físico, aunque no necesariamente mortal como el de los campos de exterminio.

Pero volvamos a las cosas. El lenguaje de las cosas nuevas, que en el Yemen —y en mi infancia— es un balbuceo, para ti, Gennariello, se ha convertido en un discurso articulado, lógico y normal. Incluso aunque algo *te separe de ello,* al ser tú napolitano.

No quiero implicarte en mi pecado estético. La turba de los moralistas quede lejos de ti, con esas acusaciones suyas que les salen de los testículos, por lo demás repelentes (ciertamente no como los tuyos, de jovencillo, o los míos, que no los confundo con el espíritu prevaricador y vulgar de la Ley).

Mi esteticismo es inseparable de mi cultura. ¿Por qué privar a mi cultura de un elemento suyo aunque sea espúreo, quizá, y superfluo? Ese elemento completa un todo; y no tengo escrúpulos en decirlo porque precisamente en estos últimos años me he convencido de que la pobreza y el atraso no son en absoluto el peor de los males. A propósito de esto nos habíamos equivocado todos. Las cosas modernas introducidas en el Yemen por el capitalismo, además de haber convertido físicamente a los yemenitas en payasos, les han hecho también mucho más infelices. El Imán (el rey desterrado) era horrendo, pero el consumismo marcante que lo ha sustituido no lo es menos.

Esto me da el derecho a no avergonzarme de mi «sentimiento de lo bello». Un hombre de cultura, querido Gennariello, no puede por menos que ser extremadamente anticipador o extremadamente atra-

sado (o quizá las dos cosas a la vez, como en mi caso). Por tanto es a él a quien hay que escuchar: porque en su actualidad, en su hacerse inmediato, o sea en su presente, la realidad únicamente posee el lenguaje de las cosas y no puede ser más que vivida.

La cuestión es la siguiente: mi cultura (con sus esteticismos) me dispone en una actitud crítica respecto de las «cosas» modernas entendidas como signos lingüísticos. Tu cultura, en cambio, te hace aceptar esas cosas modernas como naturales, y escuchar su enseñanza como absoluta.

Yo podré tratar de descalabrar, o al menos de poner en duda, lo que te enseñan padres, maestros, televisión, diarios y sobre todo los chicos de tu edad. Pero soy completamente impotente contra lo que te han enseñado y te enseñan las cosas. Su lenguaje es inarticulado y absolutamente rígido; por tanto, inarticulado y rígido es el espíritu de tu aprendizaje y el de las opiniones no verbales que a través de ese aprendizaje se han formado en ti. En esto somos dos extraños y nada nos puede acercar.

17 de abril de 1975.

SOMOS DOS EXTRAÑOS: LO DICEN LAS TAZAS DE TÉ

Nunca me cansaré de repetírtelo: yo, al hablar contigo, acaso tenga la energía necesaria para olvidar, o pretender olvidar, lo que me ha sido enseñado con palabras. Pero jamás podré olvidar lo que me han enseñado las cosas. Por consiguiente, en el ámbito del lenguaje de las cosas, lo que nos separa es un auténtico abismo: esto es, uno de los saltos generacionales más profundos que recuerda la historia. Lo que me han enseñado las cosas a mí, con su lenguaje, es completamente distinto de lo que las cosas, con su lenguaje, te han enseñado a ti. No obstante, lo que ha cambiado, querido Gennariello, no es el lenguaje de las cosas: *lo que ha cambiado son las cosas mismas.* Y han cambiado de un modo radical.

Me dirás: las cosas siempre están cambiando. *«'O munno cagna»*[1]. Es verdad. El mundo cambia eterna e inagotablemente. Pero una vez cada varios milenios se produce el fin del mundo. Y entonces el cambio es, justamente, total. Y lo que se ha producido entre tú, con quince años, y yo, con cincuenta, es un fin del mundo. Mi figura de pedagogo se halla pues irremisiblemente en crisis. No se puede enseñar si no se aprende al mismo tiempo. Y ahora yo no puedo enseñarte las «cosas» que me han educado a mí, ni puedes enseñarme tú las «cosas» que te están educando a ti (o sea, las que estás viviendo). No nos las podemos enseñar mutuamente por la sencilla razón de que su naturaleza no se ha limitado a mudar alguna de sus cualidades, sino que ha cambiado radicalmente en su totalidad.

Observemos un fenómeno que parece irrelevante. Desde hace algún tiempo se han vuelto a poner de moda los «objetos» de los años treinta y cuarenta; y yo estoy rodando un film ambientado precisamente en 1944. Por tanto cada día me veo obligado a observar —con esa mirada despiadada e inventariante que exige el cine— los «objetos» que filmo. Estos días estoy rodando una escena en que dos seño-

1. Expresión dialectal napolitana: *El mundo cambia* [N.d.T.].

ritas burguesas toman el té. Y por tanto he observado, entre otros objetos, tazas de té.

Mi director artístico, Dante Ferretti, había hecho las cosas a lo grande: había conseguido para esa escena un juego de té muy valioso. Eran unas tacitas de color amarillo huevo claro con manchas blancas en relieve. Al estar relacionadas con el universo de la Bauhaus y de los *bunkers* resultaban angustiosas. No podía mirarlas sin sentir una punzada en el corazón seguida de un profundo malestar. Sin embargo las tacitas poseían una cualidad misteriosa, por lo demás compartida con los muebles, las alfombras, los vestidos y los sombreros de las señoritas, los utensilios y hasta por el papel de las paredes; pero esa cualidad misteriosa no causaba dolor, ni ocasionaba un regreso violento (que he soñado por las noches) a épocas anteriores y atroces. Proporcionaba hasta alegría. Esa cualidad misteriosa era la del artesanado. Hasta 1950, hasta los primeros años sesenta, el mundo fue así. Las cosas todavía estaban hechas o confeccionadas con manos humanas: pacientes manos antiguas de carpinteros, de sastres, de tapiceros, de ceramistas. Y se trataba de cosas que tenían un destino humano, esto es, personal. Luego el artesanado, o su espíritu, se acabó de repente. Justamente cuando tú empezabas a vivir. Ya no hay continuidad, para mí, entre aquellas tacitas y un vasito de ahora.

El salto entre el mundo consumista y el mundo paleoindustrial es todavía más profundo y total que el salto entre el mundo paleoindustrial y el mundo preindustrial. En realidad este último ha sido superado definitivamente —ha quedado abolido, destruido— únicamente hoy. Hasta hoy mismo ha suministrado modelos humanos y valores a la burguesía paleoindustrial; incluso aunque ésta los mixtificaba, los falseaba y los volvía a veces horrorosos (como sucedió con el fascismo y en general con todos los regímenes clerical-fascistas). Mixtificados y falseados, vueltos horribles en el plano del poder, no por eso dejaban de ser reales en el plano del mundo dominado por el poder: un mundo que en la práctica había seguido siendo, en su inmensa mayoría, campesino y artesanal.

Desde la época en que naciste tú esos modelos humanos y esos valores antiguos ya no están al servicio del poder. ¿Por qué? Porque ha cambiado *cuantitativamente* el modo de producción de las cosas.

La verdad que hemos de decirnos es la siguiente: la nueva producción de las cosas, o sea el cambio de las cosas, te da a ti una enseñanza originaria y profunda que yo no puedo comprender (entre otras cosas porque no quiero). Y esto explica una extrañeza entre nosotros dos que no es meramente la que durante siglos y milenios ha separado a los padres de los hijos.

24 de abril de 1975.

CÓMO HA CAMBIADO EL LENGUAJE DE LAS COSAS

Antes de abandonar el capítulo sobre el «lenguaje de las cosas» (que quién sabe si te ha dejado vagamente descontento, hostil y quizás un poco «cascado»), quisiera darte una serie de ejemplos que te harán comprender un poco mejor lo que he querido decirte con este misterioso exordio pedagógico mío.

Cuando yo, a tu edad (e incluso mucho después) caminaba por los suburbios de una ciudad (Bolonia, Roma, Nápoles...), lo que aquellos suburbios me decían «en su latín» era lo siguiente: aquí viven los pobres, y la vida que aquí se desenvuelve es pobre. Pero los pobres son obreros. Y los obreros son distintos de vosotros los burgueses. Ellos quieren por tanto un futuro distinto. Sin embargo el futuro tarda en llegar. Por eso su mañana —vivido por ellos en este suburbio, y contemplado por vosotros— se parece inmensamente al hoy. Es un hoy que se repite. Los hijos tienen asegurada una existencia semejante a la de sus padres. Su destino es incluso repetir y reencarnar a sus padres. La revolución tiene la pereza del sol que luce sobre los campos medio pelados, sobre las barracas, sobre los edificios desconchados. Todo esto no hiere al pasado; no desgarra sus valores y sus modelos. El urbanismo es aún campesino. El mundo obrero es físicamente campesino y su tradición antropológica reciente no es transgresora. El paisaje puede contener esta nueva forma de vida (chabolas, casuchas, edificaciones) porque su espíritu es idéntico al de las aldeas, al de los caseríos. Y, justamente, la revolución obrera tiene este espíritu.

Si en cambio tú caminas ahora por un suburbio, ese suburbio, siempre «en su latín», te dirá: «Aquí ya no hay espíritu popular alguno». Obreros y campesinos están «en otra parte» incluso aunque materialmente todavía vivan aquí. Los barrios de chabolas (gracias a Dios, ciertamente) casi han desaparecido. En cambio han crecido

enormemente los «centros» de grandes edificios. Ya no se puede hablar de un amalgama con el mundo antiguo o campesino. Las inmundicias son un espantoso cuerpo extraño. Los riachuelillos y los canales son aterradores. El derecho de los pobres a una existencia mejor tiene una contrapartida que ha acabado por degradar esa existencia. El futuro es inminente y apocalíptico. Los hijos se han desgajado del parecido con su padres y se proyectan hacia un mañana que, pese a conservar los problemas y la miseria de hoy, sólo puede ser del todo distinto cualitativamente. De revolución ni siquiera se habla; y menos cuando se habla de ella frenéticamente (un frenesí que los hijos de los obreros han aprendido de un modo humillante de los hijos de los burgueses). El distanciamiento respecto del pasado y la falta de relación (siquiera ideal y poética) con el futuro son radicales.

Así, yo fui educado por la realidad física del suburbio en la certidumbre, en un amor profundo, seguro e insustituible. Tú en cambio te estás educando en la incertidumbre, en una falta de amor hecha de una falsa certidumbre cruel y despiadada (la consciencia «cristalizada», convencionalizada, ciegamente agresiva, de los propios derechos). Me he detenido en el «lenguaje de la realidad física de un suburbio urbano», pero los centros de las ciudades y el campo te harían razonamientos análogos.

Los centros de las ciudades, durante toda la vida, han garantizado siempre a tu pedagogo la inalterabilidad de la tradición humanista, y, por tanto, un carácter de la vida, tanto burguesa como popular, fundamentalmente conservador (que la eventual revolución obrera debía «regenerar» pero no cambiar). A ti en cambio los centros históricos de las ciudades te hablan de un problema particular relativo a su conservación física, a su supervivencia material; de la incompatibilidad entre su estructura y la calidad de vida de una masa consumista burguesa y obrera nace un caos para el cual tanto la palabra «conservación» como la palabra «revolución» no tienen ya ningún sentido.

En cuanto al campo, la diferencia entre lo que me ha enseñado a mí y lo que te está enseñando a ti es incluso mayor. Para mí el campo era la certidumbre de una continuidad con los orígenes del mundo humano; el campo ha dado valor, hasta prestarles un carácter casi de ritual, a cada gesto mínimo, a cada palabra. Además el campo representaba ante mis ojos el espectáculo de un mundo perfecto. Para ti, por el contrario, el campo habla de sí mismo como de una fantasmal y casi atemorizadora supervivencia. Su función (tecnificada, industrializada) te es extraña, salvo que quieras ocuparte profesionalmente de ella. Por lo demás, es un lugar exótico para *week-ends* atroces y para no menos atroces casitas que alternar con la atroz vivienda urbana (está claro que atroz para mí).

En el curso de estas lecciones comprenderás poco a poco, querido Gennariello, que pese a las apariencias estos razonamientos míos no son en absoluto alabanzas de los tiempos pasados (que cuando eran tiempos presentes, por otra parte, yo no amé jamás). Son razonamientos distintos de todo lo que hoy puede ser dicho por un hombre de mi edad: razonamientos en los cuales «conservación» y «revolución» son justamente palabras que ya no tienen sentido (como ves, pues, soy moderno también yo).

No obstante, también me doy cuenta de que esta página de «ejemplos» mía aún se mantiene en el terreno de las vaguedades y de las generalidades. Por eso la próxima vez me referiré a un ejemplo concreto. Te hablaré, pues, de la ciudad de Bolonia.

1.° de mayo de 1975.

BOLONIA, CIUDAD CONSUMISTA Y COMUNISTA

¿Por qué tomo como ejemplo de «razonamiento» no verbal —y precisamente por eso dotado de una fuerza de persuasión que ningún verbalismo posee— a la ciudad de Bolonia? Simplemente porque Bolonia no es una ciudad italiana «típica». Es un caso único. Que al mismo tiempo se presenta también como un «ensayo» muy avanzado de una eventual e improbable ciudad italiana futura. Su anomalía se debe a que durante estos últimos años se ha «desarrollado» según las ya sacramentales normas del desarrollo consumista y es al mismo tiempo una ciudad comunista. Por consiguiente los administradores comunistas han tenido que afrontar el problema que les imponía el desarrollo capitalista de la ciudad... Tú vives en Nápoles, y todo esto te resulta completamente incomprensible, como es natural. En Nápoles el pobre y caótico desarrollo consumista está en manos de administradores consubstanciales a él. Y lo mismo en casi todas las demás ciudades italianas. (Por tanto, para ti, los administradores regionales y provinciales son simplemente los antiguos virreyes corruptos y despreciables. El «Rey» está en otra parte; y en esa otra parte está cambiando formas y modalidades. Los virreyes lo intuyen, pero su torpe consciencia no sabe nada de ello. En cambio se comportan a la perfección en todo lo relativo a la transición: de aspecto y de mentalidad son retrasados, pero en cambio son muy avanzados en la aceptación cínica del nuevo curso del poder, o sea, de los nuevos modos de producción...).

Pero volvamos al razonamiento —resumido— de la ciudad de Bolonia. A ti te dice: «Querido Gennariello: admírame. Soy una opulenta ciudad del Norte a la que el desarrollo ha vuelto más opulenta todavía; opulenta hasta el punto de parecer una ciudad francesa o alemana. Si tuvieras que emigrar aquí, tu consciencia no podría dejar de admirarse ininterrumpidamente de este hecho. Además,

aquí somos comunistas, y, por tanto, limpios y honrados. También esto es un privilegio en comparación con el mundo del que procedes tú. Naturalmente, si tuvieras que emigrar aquí, no podrías hacer otra cosa que votar comunista. Estas dos "gracias" —la riqueza y la administración comunista— crean un optimismo democrático que sin duda primero te postrará en éxtasis y luego te convertirá en un catecúmeno, por lo demás no excesivamente fanático...»

A mí, la ciudad de Bolonia me dice: «Yo me comparo con la Bolonia que dejaste hace una treintena de años. Sé que me admiras y que aún me consideras la mejor ciudad de Italia, sólo por detrás de Venecia en lo que a la belleza se refiere. Pero también sé que algo mío te defrauda o te divide interiormente. No es el lamento por aquella ciudad de hace treinta años, que ya no existe pese a que su forma se conserva intacta; lo que te defrauda y te divide es comprobar lo que soy en la actualidad. A decir verdad, te hablo a través de tu carácter y de tu cultura. Mi realidad objetiva no tendría palabras para ti. La primera y única proposición de mi silencio sería: "Yo te resulto extraña e incomprensible". Si a través de tu carácter y de tu cultura todavía puedo hablarte, ello se debe a la función conservadora que ha desempeñado aquí el partido comunista. Por eso estás tentado de establecerte aquí, de trabajar aquí, de vivir tal vez en la casa de via Zamboni donde naciste o en la de via Nosadella donde pasaste la adolescencia y escribiste tus primeros versos. Pero el mismo fenómeno —o sea, que yo sea una tierra separada, una isla— que tiende a mantenerte aquí, te rechaza casi espantado a los lugares no privilegiados por mi felicidad. Lo extraño de un centro urbano y de una zona industrial extendida prácticamente a todo el campo —ya metido en el giro que lleva a un futuro substancialmente distinto de cualquier pasado que conozcas— te traumatiza, como es natural. Contemplar, el sábado por la noche, una barahunda que recuerda el Barrio Latino, con el triunfo de la pareja y la aparición del vandalismo, te pone enfermo. El loado juego democrático (como dice tu amigo Scalia), con asambleas y procesos de participación y de autogestión, te incomoda. Pero yo sé que más que cualquier otra cosa lo que te intranquiliza y casi te angustia, en lo que respecta a este fenómeno mío, es que yo le plantee problemas relativos al desarrollo consumista transnacional a una administración regional comunista. La cual, al resolver tales problemas, los acepta. Y al aceptar esos problemas —en la práctica, que siempre es una teoría aún no dicha— acepta también el universo que los plantea: o sea, el universo de la segunda y definitiva revolución burguesa. Aquello en lo que se ha convertido una ciudad italiana —sea bueno o malo—, aquí se acepta, se asimila, se codifica. Desde el momento en que soy al mismo tiempo una ciudad desarrollada y una ciudad comunista, no sólo soy una ciudad en la que no hay alternativa sino que soy una ciudad

donde ni siquiera hay alteridad. Es decir: prefiguro la eventual Italia del compromiso histórico; en el cual, en el mejor de los casos, o sea, en el caso de un efectivo poder administrativo comunista, toda la población estaría formada exclusivamente por pequeños burgueses, habiendo sido eliminados antropológicamente los obreros por la burguesía...»

Pero a propósito de este punto, Gennariello, nos detendremos más pausadamente cuando te hable de tus coetáneos: volveremos a encontrar en ellos, junto al aburguesamiento psicológico, también fenómenos de regresión a esa especie de barbarie que siempre se ha considerado que es la cultura popular; y, por tanto, fenómenos de diferenciación —inédita históricamente— de la norma...

8 de mayo de 1975.

LOS MUCHACHOS SON CONFORMISTAS DOS VECES

Empezamos hoy el segundo capítulo de nuestro tratado. Tras el lenguaje pedagógico de las cosas, que tanta y tan decisiva influencia ha tenido en hacerte como eres, pasamos al lenguaje pedagógico de tus coetáneos, los cuales, en este momento de tu vida (quince años), son tus educadores más importantes. Ellos desautorizan ante tus ojos tanto a la familia como a la escuela. Convierten a padres y maestros en sombras balbuceantes. Y para conseguirlo no necesitan hacer grandes esfuerzos. Por el contrario, ni son conscientes de ello. Para destruir el valor de cualquier otra fuente educativa les basta con estar ahí; con estar ahí tal como son.

Tienen en sus manos un arma poderosísima: la intimidación y el chantaje. Cosa, esta última, tan vieja como el mundo. El conformismo de los adultos se encuentra entre los muchachos ya maduro, feroz y completo. Saben *refinadamente* cómo hacer sufrir a los de su edad; y lo hacen mucho mejor que los adultos porque su voluntad de hacer sufrir es gratuita: es violencia en estado puro. Consideran esa voluntad como un derecho suyo. Afecta a toda su vitalidad intacta, y también, naturalmente, a su inocencia. Su presión pedagógica sobre ti no conoce persuasión ni comprensión, ni forma alguna de piedad o de humanidad. Sólo en el momento en que tus compañeros se convierten en amigos muestran quizá persuasión, comprensión, piedad y humanidad; pero los amigos son, como mucho, cuatro o cinco. Los demás son lobos, y te emplean como cobaya sobre la que experimentar su violencia y con la que confirmar la bondad de su conformismo.

Su conformismo ha cobrado peso a partir del mundo de los adultos. El esquema es el mismo. No obstante, ellos tienen siempre algo nuevo, en relación con los adultos. Ellos viven existencialmente valores nuevos en comparación con los vividos y codificados por los adultos. Su fuerza consiste en esto. A través de algo nuevo, ellos,

con su modo de ser y de comportarse (puesto que se trata de algo puramente «vivido»), vuelven vacuo el conformismo pedagógico de los adultos y se imponen como los auténticos maestros unos de otros. Su «novedad» no dicha, y ni siquiera pensada, sino sólo vivida, al ir *más allá* del mundo de los adultos, lo pone en cuestión incluso cuando lo acepta totalmente (como ocurre en las sociedades represivas o francamente fascistas). Tú estás abrumado por esta «novedad»; y es la «novedad» —que tú temes vivir imperfectamente, mientras que la ves perfectamente vivida por tus compañeros— lo que constituye el núcleo de tu ansia de aprender. No te la pueden enseñar los adultos (incluido yo), y tú, por tanto, pese a escuchar a los adultos, pese a poner toda tu buena voluntad en asimilar el saber de tus padres, en realidad llevas dentro de ti una única avidez molesta: la de compartir con tus compañeros, aprendiéndola obsesivamente de ellos cada día, esa novedad. En suma: tus compañeros son los depositarios y los portadores de esos valores que son los únicos que te interesan. Incluso cuando no son más que variantes ligerísimas, casi imperceptibles, de los valores de los padres.

Hay momentos históricos —como el que estamos viviendo— en que sin embargo los muchachos creen saber también cuáles son los nuevos valores que viven, o bien creen saber cuál es el nuevo modo de vivir valores ya establecidos. En estos momentos la fuerza de intimidación y de chantaje de los jóvenes de la misma edad es aun más violenta. Añaden, dentro del esquema del conformismo asimilado del orden social paterno —como en los tiempos de las hordas—, una dosis de conformismo nueva: el de la revuelta y la oposición.

El caso de una sociedad explícitamente represiva o fascista no es pues el nuestro. Nosotros vivimos al menos nominalmente un período de democracia parlamentaria, de bienestar y de tolerancia. El «plus» que viven los muchachos no es pues un «plus» fascista, un «plus» de entrega a la autoridad, o, por lo menos, no es solamente eso: es un «plus» de desobediencia, de anarquía, o de entrega a la revolución obrera. En la época del fascismo, cuando yo era un adolescente, mis compañeros me daban diariamente lecciones no sólo de cómo se hace para ser viriles y vulgares, sino también para ser canallescamente fieles a la autoridad fascista. Hoy, tus compañeros te imparten a ti lecciones «represivas» no sólo de adhesión a la autoridad en su aspecto destructivo (fascista), sino también —y sobre todo, a decir verdad— de espíritu revolucionario, comunista o extraparlamentario.

Al mismo tiempo, todo el mundo te da diariamente una tremenda lección acerca de cómo comportarse y pensar en una sociedad consumista.

Como puedes ver, estamos en el foso de las serpientes. Los ejemplos son infinitos y siempre ambiguos. No es fácil ayudarte en tu

lucha de acomplejado y de débil contra todos los demás, fuertes en la medida en que son individualmente paladines de la mayoría. No obstante, yo trataré, justamente, de ayudarte, aunque el camino que te señalaré será más difícil. Naturalmente, deberemos detenernos bastante en este capítulo que contempla a los muchachos que son tus coetáneos, tratando de reordenar el lío en que se amontonan a tu alrededor, y del que tú, no obstante, infieres un modo de ser único y muy claro.

15 de mayo de 1975.

VIVEN, PERO TENDRÍAN QUE ESTAR MUERTOS

Te haré una pequeña lista de los tipos de coetáneos tuyos que te describiré en esta sección de nuestra «Pedagogía»: es una lista incompleta (pero si es necesario la actualizaremos cuando nos parezca oportuno). Primero te describiré a los muchachos que de un modo aproximado se pueden llamar «obedientes» (el hecho de que a veces se presenten como contestatarios, rebeldes, extremistas, etc., no tiene ninguna importancia, como tampoco la tienen sus cabellos largos, que a veces cristalizan en peinados ridículos y un poco asquerosos de iniciación total al conformismo). Luego te describiré a los chicos que de un modo aproximado se pueden llamar «desobedientes», o sea, a los pocos extremistas auténticos que sobreviven, a los inadaptados y a los desviantes; y, por último —muy raros—, a los «cultos».

La lista de los del primer grupo, por el que empezaremos, es más o menos la siguiente: los «destinados a estar muertos», los «deportistas», los «futuros ejecutivos», los «comunistas ortodoxos», los «reprimidos no neuróticos», los «gamberros», los «fascistas», los «católicos activistas» y, por último, los «simplemente mediocres»; naturalmente, para describirlos siempre tendré en cuenta las dos variantes italianas que siguen siendo fundamentales: los muchachos burgueses y los muchachos obreros, y los muchachos del Norte y los muchachos del Sur.

Me resulta muy difícil describirte a los del primer tipo del primer grupo, o sea, a los «destinados a estar muertos». Para ti se trata de una categoría normal, que al nacer ya has encontrado bien afianzada en el orden social, en el gran teatro de la existencia. Y, por tanto, no los has «realizado», o sea, no los has objetivado, no los has distanciado de ti, o contemplado. En cuanto a mí, se me presentan en cambio como una categoría nueva, aparecida de improviso en Italia desde hace una docena de años; y, por tanto, la he captado

como tal, objetivado, etc., aunque me resulta difícil describirla justamente porque nadie lo ha hecho nunca, y, por consiguiente, me faltan precedentes lingüísticos, o, mejor dicho, terminológicos.

¿Quiénes son esos «destinados a estar muertos»? Son los que hasta hace justamente una docena o una veintena de años (en Italia, y sobre todo en el Sur y entre las clases pobres) habrían muerto en la primerísima infancia, en ese período que se llama de «mortalidad infantil». Ha intervenido la ciencia (pero, a propósito de la «medicina», léete al menos las primeras páginas de *La convivialidad* de Ivan Illich), y les ha salvado de la muerte física. Son, pues, supervivientes, y en su vida hay algo de artificial, algo «contra natura». Sé muy bien que digo cosas terribles, y aparentemente incluso un poco reaccionarias. Pero sobre este punto ya te he recomendado vivamente varias veces que no te quedes asombrado, y menos aun escandalizado (como harán muchos lectores de nuestras lecciones). Encontrar algo «artificial», o «contra natura», en los que de niños han sido salvados de la muerte por la técnica médica habría tenido algo de atroz y de reaccionario en un mundo donde uno de los valores fundamentales fuera realmente la conservación de la especie, y en el que tal conservación se concretara, precisamente, en un predominio de los nacimientos sobre las muertes. Pero en un universo como el nuestro, en el que semejante valor fundamental se está invirtiendo (para que la humanidad se salve hay que evitar un predominio excesivo de los nacimientos sobre las muertes), las gratificaciones morales de otros tiempos ya no tienen sentido. Por tanto, no te escandalices: los hijos que nacen hoy ya no son hijos «benditos» *a priori*. El juicio entre bendición y maldición queda en suspenso. No obstante, son decididamente malditos los que nacen «de más».

¿Cuáles son los que nacen «de más»? Evidentemente, no es posible decirlo. Pero algo es cierto: un niño intuye en seguida —al cabo de sólo unos días de vida— si su venida al mundo ha sido verdaderamente deseada o no. Si intuye que no ha sido verdaderamente deseado, o, lo que es peor, si intuye que es indeseado, enferma. Las neurosis que causan las «regresiones» más terribles e incurables se deben justamente a este primer sentimiento de no ser acogido en el mundo con amor. Ahora, objetivamente, ningún hijo es ya acogido en el mundo con el amor de otro tiempo, cuando justamente era «bendito» por definición. Todo el mundo sabe —incluso aunque no se sea consciente de ello— que la destrucción de la humanidad depende de su aumento demográfico. Si todos los «hijos», pues, sienten esta falta de «bendición» en su nacimiento —lo que luego les vuelve tan tristes e infelices en toda su infancia y en su juventud—, los que además han sido «arrancados» a la muerte inocente de la infancia sienten aún con mayor violencia su culpabilidad por estar en el mundo, por pretender ser alimentados y cuidados.

Hubo una cierta ilusión hace algunos años —una de tantas ilusiones estúpidas de hace unos años— de que la «raza» humana —precisamente por medio de la ciencia médica y de una mejor nutrición— iba a mejorar: que los muchachos serían más fuertes, más altos, etc. Una breve ilusión. La nueva generación es infinitamente más débil, fea, triste, pálida y enfermiza que cuantas generaciones anteriores se recuerdan. Las causas de esto son muchas (y trataré de analizarlas todas en el curso de nuestras lecciones), y una de ellas es la presencia, entre los jóvenes, de los que hubieran debido morir. Que son muchos; en ciertos casos (el Sur y las clases pobres) el porcentaje es altísimo. Todos ellos están deprimidos o son agresivos, y siempre de un modo penoso o desagradable. Nada puede eliminar la sombra que proyecta sobre su vida una anormalidad desconocida.

22 de mayo de 1975.

SOMOS BELLOS, LUEGO DESFIGURÉMONOS

Si es justa mi hipótesis de que en la categoría de tus coetáneos «obedientes» hay lugar, por vez primera, para «los que estaban destinados a morir» —o sea, los salvados de la «mortalidad infantil» por la ciencia médica, que por tanto son «supervivientes»—, ¿cuál es su función pedagógica con respecto a ti? ¿Qué es lo que te enseñan simplemente al existir y manifestarse?

Su primera característica —te lo he dicho— es el sentimiento inconsciente de que su venida al mundo ha sido particularmente no deseada. El sentimiento inconsciente de ser «una carga» y estar «de más». Eso únicamente puede acrecentar inmensamente su ansia de normalidad, su adhesión total y sin reservas a la horda, su voluntad no sólo de no parecer diferentes sino de ser casi indiscernibles.

Por eso lo que te enseñan, antes que nada, es a vivir agresivamente el conformismo; algo que —como veremos— te enseñan casi todas las clases de tus coetáneos «obedientes». Y que analizaremos mejor siguiendo adelante con nuestro razonamiento. En cambio quisiera detenerme en tres puntos privilegiados de su enseñanza pragmática (y por eso tan fácilmente asimilable).

Te enseñan, en primer lugar, la renuncia; una renuncia que se ha vuelto absoluta, rutinaria y cotidiana por la falta de vitalidad, que en ellos es un dato de hecho real, físico, pero que en otros (como en ti) puede ser una tentación. Tenían que morir, o, mejor dicho: en otras circunstancias sociales sin duda habrían muerto. Instintivamente han de reducir al mínimo el esfuerzo por vivir, lo cual en términos sociales significa precisamente renuncia. Cierto que, como dice un amigo mío de Chia —un chico que recuerda los proverbios de los viejos—, «el mundo es de los valientes, pero lo disfrutan los acojonados». Es una de las mayores verdades que jamás hayan escuchado mis oídos. Pues bien: yo, como viejo burgués

reaccionario e idealista, o sea «valiente», sigo aborreciendo con todas mis fuerzas el espíritu de renuncia. Que además es ansia de integración y *qualunquismo*. No temas el ridículo: no renuncies a nada. Deja que los acojonados disfruten del mundo, y envidia como yo, muriéndote de ganas, durante toda la vida, su felicidad.

La segunda cosa que te enseñan los «destinados a estar muertos» es una cierta tendencia obligatoria a la infelicidad. Todos los jóvenes de hoy —tus coetáneos— sienten la culpa imperdonable de ser infelices. Por lo que parece, ya no quedan acojonados, como no sea en Nápoles o en Chia. Todos son valientes; y por tanto todos tienen su valiente rostro infeliz. Ser valiente es el primer mandamiento del poder del consumismo (en cuyo universo mental y de comportamiento, pobre Gennariello, has nacido tú): valientes, claro es, para ser felices (hedonismo del consumidor). El resultado es que toda la felicidad es completamente falsa: que se difunde cada vez más y más una inmediata infelicidad.

Has de saber en cambio, Gennariello, que en contra del sublime proverbio de Chia hay también una felicidad de los valientes. El proverbio de Chia dice en realidad que «el mundo es de los valientes» aludiendo decididamente a la posesión, al poder. Pero entonces hay que añadir que además de la posesión del mundo por parte de los amos existe una posesión del mundo por parte de los intelectuales, y que se trata de una posesión real; como lo es, por lo demás, la de los acojonados. Se trata solamente de un plano cultural distinto. Es la posesión cultural del mundo lo que da la felicidad.

No te dejes tentar por los campeones de la infelicidad: los de la cara de vinagre y la ignorante seriedad. Sé alegre.

La tercera cosa que te enseñan los «destinados a estar muertos» es la retórica de la fealdad. Me explicaré. Desde hace algunos años los jóvenes y los muchachos hacen cualquier cosa por parecer feos. Se peinan de un modo horrible. No se dan por satisfechos hasta haberse enmascarado o afeado completamente. Se avergüenzan de sus eventuales rizos, del rosado u oscuro esplendor de sus mejillas; se avergüenzan del brillo de sus ojos, debido justamente al candor de la juventud, y se avergüenzan de la belleza de su cuerpo. Quien sale ganando con toda esta locura son precisamente los feos, que se convierten en los campeones de la moda y del comportamiento. Los «destinados a estar muertos» no tienen ciertamente una juventud esplendorosa; por eso te enseñan a no tener esplendor. Tú, en cambio, resplandece, Gennariello.

Me he desatado un poco contra estos «destinados a estar muertos» corriendo el riesgo de parecer un poco abyecto y racista; o sea, parece que he creado una categoría de personas sólo para proponer su condena. No. Entre los «destinados a estar muertos» hay seres al

menos tan adorables como tú, tan manifiestamente destinado a la vida. Si he polemizado con particular violencia contra las enseñanzas que te imparten los «destinados a estar muertos» es porque he tomado esta categoría como símbolo de la media: una media que te enseña, precisamente, estas mismas cosas, y lo hace sin ese punto de desesperación que las corrige, las justifica y las vuelve humanas.

29 de mayo de 1975.

HOY LAS VÍRGENES YA NO LLORAN

Siempre recuerdo con íntimo y casi disolvente placer las mañanas de la escuela en que mis profesores, en vez de darnos clase, se dejaban arrebatar por no sé qué especie de pereza y de libertad y nos hablaban de otras cosas. Eran, al menos en el recuerdo, mañanas como las de ahora, de mayo o de junio, cuando el año escolar estaba por terminar. Lucía este sol detenido, inmenso y tibio; el sol de las poesías estivales de Sandro Penna...

Pues bien, Gennariello: hoy es precisamente una de tales mañanas en que los profesores no tienen ganas de dar clase y hablan de otra cosa.

Además, todos estamos «ante» las elecciones; la cosa resulta más que natural.

El razonamiento que hay que desarrollar es muy agrio, aunque en mi calidad de pedagogo no puedo por menos que contenerme. Helo aquí. Hace una decena de años, «ante» las elecciones, las vírgenes lloraban; hoy se secuestra a altos magistrados. El problema es el siguiente: ¿Qué nexo hay entre estos dos fenómenos? Creo que se trata, ante todo, de un nexo de *oposición* y de *inconmensurabilidad;* un universo en el que de algún modo cuenten las lágrimas de la imagen de una Virgen es *opuesto a* —e *inconmensurable con*— un universo en que tales lágrimas no cuentan absolutamente para nada. En medio se ha producido, justamente, el fin de un universo. Millones y millones de campesinos y también de obreros —en el Sur y en el Norte—, que en verdad desde una época mucho más larga que los dos mil años del catolicismo se conservaban iguales a sí mismos, han sido destruidos. Su «calidad de vida» ha cambiado radicalmente. Por una parte han emigrado en masa a países burgueses; por otra, han sido alcanzados por la civilización burguesa. Su naturaleza ha quedado abrogada por la voluntad de los productores de mercancías. Pero

de todo esto ya te he hablado otras veces, y aún te volveré a hablar a menudo. Falta examinar el nexo que une al menos mecánicamente los llantos de las vírgenes con los secuestros de magistrados[1].

Ese nexo es organizativo y pragmático. Y, como tal, enigmático. ¿Cómo se proyectaba y realizaba, en realidad, el llanto de una Virgen? ¿Acudía un párroco a Roma, se ponía de acuerdo con alguna alta personalidad vaticana, obtenía la debida conformidad, etc.? ¿O tal vez el mandado de alguna gran autoridad democristiana (el Fanfani, el Andreotti o el Scelba de aquellos años) descendía a algún pueblecito elegido, contactaba con su párroco, le daba las instrucciones debidas, etc.? ¿O bien el párroco lo hacía todo por su cuenta, interpretando los deseos tácitos de los de arriba que necesitaban ser reelegidos, posiblemente con mayoría absoluta? Lo cierto es que el enredo siempre daba resultado y jamás fue desenmascarado nadie.

En esto los secuestros de magistrados y los llantos de las vírgenes se parecen a la perfección; incluso son, en substancia, lo mismo.

Por otra parte, ciertamente, la trama de la primera organización (el llanto de la Virgen) —pese a que por ejemplo en Sicilia la mafia no debía ser extraña a ella— era mucho más sencilla que la trama de la segunda organización (el secuestro de magistrados): para esto último se necesita un aparato criminal inmensamente más refinado, y además se precisa la intervención al menos de la CIA (hasta hace poco a través del SID; ahora no se sabe). Además, mientras que antes bastaba con inducir a las almas a temer ingenuamente el juicio divino (las lágrimas de la Virgen eran anticomunistas), ahora es necesario crear en las almas dos tensiones, una anticomunista y otra antifascista. «Ante» estas elecciones, por lo que parece, estamos en una fase de tensión antifascista. Pero, pero, pero... Mientras que para los atentados de Brescia y de Bolonia se puede hablar decididamente de un «montaje» antifascista, organizado por los democristianos (ahora ya no muy católicos) en el poder, esta vez, a propósito de los NAP[2], no se puede hablar decididamente (o, mejor, no se quiere decididamente «hacer hablar») de fascistas. Por lo que parece, estamos ante una nueva maquinación demoníaca: matar dos pajáros de un tiro; o sea, dejar en el aire si se trata de rojos o de negros, creando así al mismo tiempo una tensión anticomunista y una tensión antifascista.

1. Pasolini escribe en la fase inicial de los años de la «estrategia de la tensión», y alude a los secuestros de los magistrados Sossi y Di Gennaro. Sossi —aunque Pasolini no podía saberlo al redactar el texto— fue secuestrado por las Brigadas Rojas, cuando éstas eran dirigidas por R. Curcio, y luego liberado. Otro secuestro fue reivindicado por los NAP (vid. la nota siguiente). Los asesinatos de magistrados sólo empezaron a producirse más tarde, después del asesinato del propio Pasolini [N.d.T.].

2. NAP, «Núcleos Armados Proletarios», gropúsculo napolitano muy ambiguo y cuyas características son aún oscuras. Fue una organización acaso fascista; en todo caso, fascista era el grupo preexistente NAR, Núcleos Armados Revolucionarios, también de Nápoles [N.d.T.].

Ciertamente, mucho depende de la figura del magistrado secuestrado. Entretanto hay que decir que resulta extraño el parecido entre Sossi y Di Gennaro, al menos en lo que concierne a características y rasgos externos. De todas maneras, aunque no conozco personalmente a Sossi, en cambio conozco muy bien a Di Gennaro. Fue el acusador público en un proceso contra mi película *La ricotta,* acusada (de modo fascista) de ultraje a la religión...

Pues bien: en mi memoria no hay nadie más reaccionario que el tal Di Gennaro. Su alegato contra mi película fue hasta tal punto contrarreformista y santurrón que, como te pueden atestiguar los numerosos intelectuales y periodistas que la escucharon, rozó lo guiñolesco y lo ridículo, por no decir obviamente lo vulgar. Fue la obra maestra verbal del clerical-fascismo de los años cincuenta (aunque el proceso tuvo lugar en 1963). Estaba pues al mismo nivel cultural que el clerical-fascismo que organizaba los llantos de las vírgenes. Lo que hay que preguntarse ahora es lo siguiente: ¿qué relación política hay entre este hombre de la vieja derecha —reaccionario y duro, pero también ambiguo (dado que el proceso a *La Ricotta* era un acto manifiestamente persecutorio, que implicaba al Vaticano y a toda la plana mayor del poder democristiano)— y quienes le han secuestrado? ¿Por qué le han elegido a él? ¿Qué lógica vincula al raptado con los raptores? Nunca sabré responder a estas preguntas más que en un terreno puramente ideal. Y esto es lo que intentaré hacer al proseguir hasta donde sea necesario esta digresión nuestra.

5 de junio de 1975.

CARTAS LUTERANAS

ABJURACIÓN DE LA *TRILOGÍA DE LA VIDA*

I

Creo, *ante todo,* que nunca y en ningún caso se debe temer ser instrumentalizado por el poder y su cultura. Hay que comportarse como si esa peligrosa eventualidad no existiera. Lo que cuenta, antes que nada, es la sinceridad y la necesidad de lo que hay que decir. No hay que traicionarlo bajo ningún concepto, y mucho menos callando diplomáticamente por prejuicio.

Pero también pienso, *a continuación,* que es necesario saber darse cuenta de hasta qué punto hemos sido instrumentalizados, eventualmente, por el poder integrador. Y en este caso, si resulta que la propia sinceridad o la necesidad han sido utilizadas y manipuladas, creo que además se debe tener el valor de abjurar de ellas.

Yo abjuro de la *Trilogía de la vida,* aunque no me arrepienta de haberla hecho. En realidad no puedo negar la sinceridad y la necesidad que me impulsaron a la representación de los cuerpos y de su símbolo culminante, el sexo.

Esa sinceridad y esa necesidad tienen varias justificaciones históricas e ideológicas.

Ante todo, se insertan en la lucha por la democratización de la «libertad de expresión» y por la liberación sexual, que fueron dos momentos fundamentales de la tensión progresista de los años cincuenta y sesenta.

En segundo lugar, en la primera fase de la crisis cultural y antropológica iniciada a finales de los sesenta —cuando empezaba a triunfar la irrealidad de la subcultura de los *mass media* y, por tanto, de la comunicación de masas—, el último baluarte de la realidad parecían ser los cuerpos «inocentes», con la arcaica, oscura y vital violencia de sus órganos sexuales.

Por último, la representación del erotismo, visto en un ámbito

humano recién superado por la historia, pero todavía presente físicamente (en Nápoles, en Oriente Medio), era algo que me fascinaba personalmente como autor y como ser humano individual.

Ahora, todo se ha vuelto del revés.

Primero: la lucha progresista por la democratización expresiva y por la liberación sexual ha sido brutalmente superada y trivializada por la decisión del poder consumista de imponer en este punto una tolerancia tan amplia como falsa.

Segundo: también la «realidad» de los cuerpos inocentes ha sido violada, manipulada y pisoteada por el poder consumista; es más: esa violencia sobre los cuerpos se ha convertido en el más macroscópico de los datos de la nueva época humana.

Tercero: las vidas sexuales privadas (como la mía) han sufrido tanto el trauma de la falsa tolerancia como el de la degradación de los cuerpos, y lo que en las fantasías sexuales era dolor y alegría se ha convertido en engaño suicida, en tedio informe.

II

Sin embargo, que no se les ocurra pensar a quienes criticaban con disgusto o desprecio mi *Trilogía de la vida* que mi abjuración conduce a sus «deberes».

Mi abjuración lleva a algo distinto. Me horroriza decirlo, y busco antes de decirlo, como es mi auténtico «deber», elementos que retrasen ese momento. Que son:

a) el insoslayable dato de hecho de que, aun si quisiera seguir realizando films como los de la *Trilogía de la vida,* no podría; porque he acabado odiando los cuerpos y los órganos sexuales. Naturalmente, me refiero a *estos* cuerpos y a *estos* órganos sexuales. Esto es, a los cuerpos de los nuevos jóvenes y muchachos italianos, a los órganos sexuales de los nuevos jóvenes y muchachos italianos. Se me objetará: «A decir verdad, en la *Trilogía de la vida* no representabas cuerpos y órganos sexuales de nuestro tiempo, sino los del pasado». Es cierto; pero durante algún tiempo pude hacerme ilusiones. El degradante presente quedaba compensado por la supervivencia objetiva del pasado o por la posibilidad, por consiguiente, de volver a evocarlo. Pero hoy la degeneración de los cuerpos y de los sexos ha cobrado efecto retroactivo. Si quienes *entonces* eran así y asá han podido convertirse *ahora* en esto y lo otro, eso significa que potencialmente ya lo eran; por tanto, también su modo de ser de *entonces* queda, desde el presente, desprovisto de valor. Si los jóvenes y los muchachos del subproletariado romano —que son, por otra parte, los que he proyectado en la antigua y resistente Nápoles y luego en

los países pobres del Tercer Mundo— son *ahora* inmundicia humana, eso quiere decir que también *entonces* lo eran potencialmente. Eran, pues, imbéciles constreñidos a ser adorables, míseros criminales obligados a ser golfillos simpáticos, bellacos ineptos obligados a parecer santamente inocentes, etcétera. El hundimiento del presente implica también el hundimiento del pasado. La vida es un montón de ruinas insignificantes e irónicas;

b) mientras ocurría todo esto, mis críticos, dolidos o despreciativos, tenían, como decía, estúpidos «deberes» que seguir imponiendo: eran «deberes» relativos a la lucha por el progreso, el mejoramiento, la liberalización, la tolerancia, el colectivismo, etcétera. No se daban cuenta de que la degeneración se ha producido justamente mediante una falsificación de sus valores. ¡Y ahora parecen estar muy contentos! Satisfechos de pensar que la sociedad italiana ha mejorado *indudablemente,* o sea, que se ha vuelto más democrática, más tolerante, más moderna, etc. No perciben la oleada de delitos que inunda Italia: dejan este fenómeno para las páginas de sucesos y le niegan todo valor. No se dan cuenta de que no hay solución de continuidad entre los que son técnicamente delincuentes y quienes no lo son; y que el modelo de insolencia, de falta de humanidad y de crueldad es el mismo para toda la masa de los jóvenes. No se dan cuenta de que en Italia hay incluso un toque de queda; de que la noche es desértica y siniestra, como en los siglos más negros del pasado; aunque como es natural ellos no lo viven pues se quedan en sus casas (tal vez regalándole modernidad a su propia consciencia con la ayuda del televisor). No se dan cuenta de que la televisión y lo que quizá es peor, la escuela obligatoria, han degradado a todos los jóvenes y muchachos a melindrosos, acomplejados y burguesuchos racistas de segunda fila; y consideran que esto no pasa de ser una coyuntura desagradable que sin duda se resolverá —como si una mutación antropológica fuera reversible—. No se dan cuenta de que la liberación sexual, en vez de dar soltura y felicidad a los jóvenes y a los muchachos, les ha vuelto infelices, cerrados y por consiguiente estúpidamente presuntuosos y agresivos; pero ni siquiera quieren ocuparse de todo esto porque los jóvenes y los muchachos les traen sin cuidado;

c) fuera de Italia, en los países «desarrollados» —especialmente en Francia—, la suerte está echada desde hace tiempo. Hace tiempo que antropológicamente el pueblo no existe. Para los burgueses franceses, el pueblo está constituido por marroquíes o griegos, por portugueses o tunecinos. Los cuales no pueden hacer otra cosa, los pobres, que asumir lo más deprisa posible el comportamiento de los burgueses franceses. Y esto es lo que piensan tanto los intelectuales de derechas como los intelectuales de izquierdas; y lo piensan de idéntica manera.

III

Pues bien: es hora ya de afrontar el problema: ¿a qué me lleva abjurar de la *Trilogía*?

Me lleva a la adaptación.

Estoy escribiendo estas páginas el 15 de junio de 1975, día de elecciones. Sé que aún en el caso —muy probable— de una victoria de las izquierdas una cosa será el valor nominal del voto y otra su valor real. Lo primero pondrá de manifiesto una unificación de Italia modernizada en sentido positivo; lo segundo demostrará que Italia —aparte, naturalmente, de los comunistas tradicionales— es ya en su conjunto un país despolitizado, un cuerpo muerto cuyos reflejos son meramente mecánicos. O sea, que lo que vive Italia no es más que un proceso de adaptación a su propia degradación, de la que intenta liberarse sólo nominalmente. *Tout va bien:* en el país no hay masas de jóvenes criminaloides o neuróticos, o conformistas hasta la locura y la más absoluta intolerancia; las noches son seguras y tranquilas, maravillosamente mediterráneas; los secuestros, los atracos, las asesinatos sumarios, los millones de desfalcos y de robos son sólo material para las páginas de sucesos de los diarios, etcétera. Todo el mundo se ha adaptado: bien al no querer darse cuenta de nada o por medio de la más indiferente desdramatización.

Pero debo admitir que tampoco haberse dado cuenta o haber dramatizado preserva realmente de la adaptación o la aceptación. Pues yo mismo me estoy adaptando a la degradación y estoy aceptando lo inaceptable. Maniobro para reordenar mi vida. Estoy olvidando cómo eran *antes* las cosas. Los amados rostros de ayer empiezan a amarillear. Ante mí —implacable, sin alternativas— el presente. Y readapto mi compromiso para una mayor inteligibilidad *(¿Salò?).*

15 de junio de 1975,
en *Il Corriere della Sera,* 9 de noviembre de 1975.

PANNELLA Y EL DISENSO

Querido Pannella[1]: tú estás en las barricadas y yo en mi casa de campo. Llevas, pues, ventaja respecto a mí. Pero temer esa ventaja sería un moralismo (y los dos aborrecemos por igual el moralismo). Además, sabes muy bien que te aprecio, y hasta qué punto estoy de tu parte.

¿En qué contexto te escribo? En el de una situación política nacional en que la victoria comunista en las últimas elecciones[2] no tiene otro significado real que haber acrecentado enormemente la reponsabilidad de los comunistas (y en seguida veremos por qué). Pues la derrota democristiana, en realidad, sólo sirve para que haya un único vencedor de estas elecciones: Fanfani. De hecho, en un país civilizado —donde el progreso hubiera sido algo más que mero desarrollo, esto es, mecánica e irreversible destrucción de valores—, el descenso democristiano debería haber sido del 10 o el 20 por ciento de los votos y no sólo del 2 por ciento. Haber limitado el descenso al 2 por ciento es un éxito: un éxito de Fanfani. De ahí que siga siendo tan fuerte y que la izquierda (?) democristiana se mueva y amenace en el vacío. Además, seguro que en un par de años recuperarán los votos de los fascistas, porque está claro que el hombre de derechas que es Fanfani hará que siga la tensión antifascista. Al final todo volverá a ser como antes; al menos en apariencia, ya que en realidad todo habrá cambiado de un modo radical y definitivo: *pues los votos católicos serán por fin democristianos.* O sea: votos

1. Marco Pannella, principal dirigente del Partido Radical [N.d.T.].
2. Pasolini se refiere a las elecciones regionales de junio de 1975, cuyos resultados porcentuales fueron los siguientes: DC: 35,3%; PCI: 33,4%; PSI: 12%; MSI: 6,4%. El PCI obtuvo mayorías relativas en el Piamonte, Liguria, Emilia Romagna, Umbria, Las Marcas y el Lazio [N.d.T.].

garantizados y gestionados no ya por la Iglesia Católica sino directamente por el Poder Económico. En realidad no hay duda de que el mundo campesino ha terminado. Y el eventual redimensionamiento de la agricultura no va a restablecer a buen seguro los «valores» religiosos, que —afortunada y desdichadamente— ya se han perdido para siempre. Por eso he dicho «ya no católicos sino democristianos». La democracia cristiana es una nulidad ideológica mafiosa; al perder la referencia de la Iglesia, es capaz de moldearse a sí misma, como cera maloliente, con las formas necesarias para una referencia más directa al Poder Económico real, o sea, al nuevo modo de producción (determinado por las cantidades enormes y por lo superfluo) y a su ideología hedonista implícita (que es exactamente lo contrario de la religión).

Con arcaico cinismo de católicos arcaicos, los hombres de poder democristianos, imperturbables y ya conscientes de lo ocurrido, aceptan y asimilan el cinismo de la nueva revolución capitalista (la primera gran revolución de derechas auténtica); y esto les vuelve completamente nuevos y modernos, los más nuevos y modernos de todos.

Esta revolución capitalista, desde el punto de vista antropológico —o sea, en lo relativo a la fundación de una nueva «cultura»—, necesita hombres libres de ataduras con el pasado (el pasado de ahorro y moralismo); quiere que esos hombres vivan —desde el punto de vista de la calidad de vida, del comportamiento y de los valores— en un estado, por decirlo de algún modo, de imponderabilidad: eso les permite privilegiar el consumo y la satisfacción de sus exigencias hedonistas como único acto existencial posible.

Naturalmente —por una de esas contradicciones curiosas y escandalosas que en realidad hacen la historia—, es justamente esta reducción del hombre a autómata —a menudo desagradable y ridículo por la pérdida substancial de su propia dignidad (es decir: de la dignidad que mal que bien tradicionalmente tenía)—, es precisamente, repito, esta reducción degradante lo que implica la exigencia de un avance en el sentido de la desmixtificación, de la democratización e incluso del progreso. Pero lo he repetido ya mil veces: se trata de una desmixtificación, de una democratización y de un progreso puramente *enfáticos*. De nombres, no de cosas. Lo cual significa cosas que todavía carecen de nombre.

Los hombres de poder democristianos y todos los demás poderosos se enorgullecen de esta desmixtificación, de esta democratización y de este progreso en curso: que «va de la mano» de un desarrollo en realidad monstruoso y destructor.

También los comunistas deben creer —o fingir que creen hasta llegar a creerlo realmente, con injustificado optimismo— en el énfasis de la desmixtificación, de la democratización y del progreso, unidos a la mejora objetiva del modo de vida de los trabajadores. Por

eso decía que ha aumentado enormemente su responsabilidad. Lo que esperan quienes han votado por primera vez al PCI, determinando su gran victoria, es ante todo algo de tipo práctico y económico («¡Comunistas, ayudadnos a poner un poco de orden y de moralidad en el desarrollo!»), pero es también una expectativa antropológica, por decirlo así, por lo demás inconsciente («¡Comunistas, ayudadnos a saber qué tipo de *hombres* somos!»). Esta segunda expectativa no podrá dejar de obligar a los comunistas a observar críticamente, con la lucidez nada diplomática del análisis, lo que son existencialmente los hombres: hasta qué punto su manera de ser ha sido determinada por esa «primera gran revolución de derechas auténtica» en que consiste el nuevo modo de producción.

¿Cómo oponerse a este nuevo modo de producción? ¿Qué actitud adoptar respecto de las industrias terciarias y de los bienes superfluos?

Sea como fuere, lo que ha pasado es lo que ha pasado y lo que hay es lo que hay. Y eso irreversiblemente. Hay que *adaptarse* de algún modo a eso que llamamos realidad para poder ajustar cuentas con ella. Esa realidad tiene rasgos fácilmente identificables, porque su violencia es la de una fúnebre vitalidad que se propaga por todas partes: pérdida de antiguos valores (con independencia de cómo se los juzgue); aburguesamiento total y totalizador; se compensa la aceptación del consumo con la excusa de una ostentosa y enfática ansia democrática; se compensa el conformismo más degradado y delirante que recordar se pueda con el pretexto de una ostentosa y enfática exigencia de tolerancia.

Pues bien, querido Pannella: hay gente como nosotros que sigue obrando por el impulso «inerte» de unas necesidades civiles de las que se tiene consciencia desde hace diez años; o sea, que lucha por una sincera inquietud democrática y en nombre de una tolerancia real. Hace diez años, sin embargo, los significados de la palabra «obediencia» y de la palabra «desobediencia» eran profundamente distintos. La palabra «obediencia» todavía suscitaba aquel horrible sentimiento que arrastraba consigo por siglos de contrarreforma, de clericalismo, de moralismo pequeño burgués y de fascismo; mientras que la palabra «desobediencia» significaba aún el maravilloso sentimiento que incitaba a rebelarse contra todo eso.

A todo eso, no obstante, contrariamente a la lógica que nosotros llamamos histórica, no lo ha quitado de enmedio la rebelión de los «desobedientes» sino una nueva voluntad de los «obedientes» (insisto: la primera gran revolución de derechas auténtica).

Contrarreforma, clericalismo, moralismo pequeño burgués y fascismo son «residuos» que suponen una molestia sobre todo para el nuevo poder. ¿Acaso luchamos contra esos «residuos»? ¿Son sus normas las que «desobedecemos»?

Advierte que la característica más clara de «la primera gran revolución de derechas auténtica» es su carácter destructor: su primera exigencia es desembarazarse de un universo «moral» que le impide la expansión.

Observemos, por ejemplo, la criminalidad italiana. No es un análisis marginal. No se trata de un universo particularista que se pueda dejar para la página de sucesos. La criminalidad italiana es un fenómeno inmenso y primario de las nuevas condiciones de vida en Italia. No sólo los criminales en sentido propio son auténticamente una «masa», sino que —y esto es más grave— la masa juvenil italiana *tout court* (con la excepción de pequeñas *élites* y genéricamente de los jóvenes *inscritos* en el PCI) está formada ya por criminaloides: o sea, por esos centenares de miles, o millones, de jóvenes que sufren la pérdida de los valores de una «cultura» y aún no han encontrado en su entorno los valores de una «cultura nueva» (como nosotros la entendemos), o bien que aceptan, con descaro y violencia, por una parte los valores de la «cultura del consumo» (que nosotros rechazamos) y por otra los valores de un progresismo meramente verbal.

Pues bien: para todos estos jóvenes es válida la figura o el «modelo» del «desobediente». Nadie se considera «obediente». En realidad, semánticamente, las palabras han vuelto su sentido del revés, intercambiándoselo: de acuerdo con la ideología «destructora» del nuevo modo de producción, quien se cree «desobediente» (y se exhibe como tal) es en realidad «obediente»; y en cambio quien disiente de esa ideología destructora —y es «obediente» por creer en los valores que el nuevo capitalismo quiere destruir— resulta ser, por tanto, «desobediente» en realidad.

Los jóvenes del sesenta y ocho ya suministraron un modelo de «desobediencia» (falta de respeto, burla, desprecio por la piedad, vandalismo ideológico «somatizado») que ahora sólo vale en realidad para los delincuentes comunes, que componen una auténtica masa, y para las masas de esos criminales en potencia que, como decía, siempre son gentes que han sufrido hace poco una pérdida de valores (cf., las tropas *proletarias* de las SS alemanas).

La «destrucción» es en definitiva el signo dominante de este modelo de falsa «desobediencia» en que consiste ahora la «obediencia» de siempre.

Te escribo por esto. Debes poner al día semánticamente el lenguaje que usas. A tu «desobediencia» no debes llamarla así, sino «obediencia», o, si lo prefieres, «nueva obediencia», y presentarte a ti mismo como modelo de esa «nueva obediencia». No debes... ¿No debes? Discúlpame; a este «deber» y «no deber» has de darles un sentido exclusivamente pasional y solidario... Y, para que se me entienda mejor, daré un rodeo con dos «ejemplos» actuales.

Durante estas últimas semanas, la «masa criminaloide» italiana

ha producido dos «casos» que tomar en consideración, como suele hacerse, de forma inconsciente y despreocupada.

El primero es un «caso de desobediencia»: el del sargento Sotgiu (protesta por las condiciones de vida de los suboficiales). El segundo es un «caso de obediencia»: el del policía Rizzo (suicidio a causa de la fuga del detenido que le había sido confiado, y en quien él había confiado a su vez).

El primer caso ha gozado de la máxima popularidad: ha sido «reconocido» por todos; ha sido «aceptado» por todos, «aprobado» por todos. Incluido el Ejército. ¿Se trata pues de un caso de «desobediencia»? Personalmente el sargento Sotgiu me resulta muy simpático: declaro aquí mi simpatía y (aunque no la necesite para nada) mi solidaridad. Pero tengo algo que objetar: ha fundamentado su protesta en la afirmación de que también los «sargentos de aviación» y, supongo, los sargentos y militares de carrera en general, son «seres humanos como los demás», y aquí hay una petición de principio. Los llamados «demás» ¿son en realidad «seres humanos»? La mutación antropológica en curso ¿acaso no está convirtiéndoles en «subhombres»?

Todavía más «humano» que Sotgiu era sin duda el policía Rizzo. Pero su sentido del deber, su confianza en los demás «como seres humanos» y en suma su «obediencia» no han obtenido aceptación alguna. En ningún momento se le ha presentado como un valor ejemplar o, mejor, como la «forma universal» de un valor. Está claro que la «obediencia» no goza de la menor popularidad, ni siquiera como idea. Pero si hay alguien que ha desobedecido de veras a cuanto hoy es la realidad tal como la quiere el poder, es precisamente el policía Rizzo. Se ha opuesto a esa realidad en nombre de todo lo que ésta ha destruido brutalmente. Porque es la «destrucción», repito, el signo dominante del nuevo poder.

En conclusión: la Italia de hoy está tan destruida como la Italia de 1945. En verdad, incluso, la destrucción es aún más grave, pues no estamos entre escombros, por desgarradores que sean, de casas y monumentos, sino entre «escombros de valores»; de «valores» humanistas y, lo más importante, populares.

Igual que en 1945, los hombres de poder italianos —no sólo por lo mucho que han destruido sino sobre todo por lo abyecto de sus fines y por la estúpida inconsciencia con que han actuado— serían dignos de un nuevo Piazzale Loreto[3]. Que por cierto —afortunada y desgraciadamente— no se dará otra vez. Pero está claro que lo que

3. En Piazzale Loreto, en Milán, fueron ejecutados Mussolini y otros jefes fascistas en 1945. En la misma plaza, el 9 de agosto de 1944, los alemanes aliados de Mussolini habían fusilado a quince personas exponiendo sus cadáveres al sol y a la curiosidad pública en represalia por una acción guerrillera [N.d.T.].

hoy es preciso determinar y vivir es una «obediencia a leyes futuras y mejores» —semejante a la que, después de Piazzale Loreto, nació de la Resistencia— y la consiguiente voluntad de «reconstrucción». Fundamentar la posibilidad de una «obediencia» así y de una «voluntad de reconstrucción» semejante es la nueva gran tarea histórica auténtica del PCI. Pero también es la tuya; también la de los radicales; también la de cada intelectual en particular, y la de cada hombre solo y bueno.

Il Corriere della Sera, 18 de julio de 1975.

LA DROGA: UNA AUTÉNTICA TRAGEDIA ITALIANA

Para el que no se droga, quien se droga es alguien «diferente». Y como tal todos le niegan su humanidad, ya sea a través del odio racista que siempre suscitan los «diferentes», ya a través de la eventual comprensión o piedad. En las relaciones con el «diferente» intolerancia o tolerancia son lo mismo

Hay que decir, con todo, que mientras los intolerantes creen que la diferencia de los diferentes carece de explicación, y por tanto sólo merece odio, los tolerantes a menudo se preguntan, más o menos sinceramente, por las razones de esa «diferencia».

Ahora bien: tanto mi lector como yo somos «tolerantes»: eso está fuera de duda. Por eso planteo la cuestión siguiente: «¿por qué razón se drogan esos "diferentes" que son los drogadictos?».

Hay, indiscutiblemente, una explicación que se refiere a los individuos: la psicológica. Si hablo con —y analizo a— un drogadicto particular, sin moralismo ni sentimentalismo, ni complicidad, inmediatamente tengo una vida concreta que examinar: con su infancia, con sus padres, con sus males, etc. De ahí que ese poco de saber psicoanalítico de que puede disponer todo intelectual baste para obtener algún diagnóstico; pero el diagnóstico, no obstante, es siempre el mismo: deseo de muerte. Semejante «fin» individual —a menudo incluso consciente— arroja una luz retrospectiva y desde abajo sobre toda la individualidad analizada, que de este modo se vuelve profundamente coherente: un todo único basado en sí mismo. La «diferencia» siempre es inaccesible.

Pero si la relación con el drogadicto particular no tiene salidas, si es inconexa por decirlo así —y el exceso de concreción de un «caso» humano es como siempre evasivo respecto de la historia—, por el contrario la relación con la masa de los drogadictos, o, mejor, con el fenómeno de la droga, puede convertirse en discursiva, puede ser racionalizada e historizada.

En lo que respecta a mi personal y bastante escasa experiencia, lo que creo saber en torno al fenómeno de la droga es el dato siguiente: la droga es siempre un sucedáneo. Y precisamente un sucedáneo de la cultura. Dicha así, la cosa es ciertamente demasiado lineal, simple e incluso genérica. Pero las complicaciones que concretan aparecen cuando se examinan las cosas de cerca. A un nivel medio —referente a «muchos»— la droga viene a llenar un vacío causado precisamente por el deseo de muerte, y que es por tanto un vacío de cultura. Para amar la cultura se necesita una fuerte vitalidad. Porque la cultura —en sentido específico, o mejor, clasista— es una posesión, y nada precisa de más encarnizada y loca energía que el deseo de posesión. Quien no tiene esa energía en dosis siquiera mínima, renuncia. Y puesto que casi siempre, a causa de sus traumas y de su sensibilidad, se trata de un individuo destinado a la cultura específica, de la élite, he aquí que se abre en torno a él ese vacío cultural, por otra parte desesperadamente querido por él (para poder morir); un vacío que llena con el sucedáneo de la droga. El efecto de la droga, además, mimetiza el saber racional a través de una experiencia aberrante, por decirlo así, pero que de algún modo se homologa con él.

También a un nivel más alto se produce algo parecido: hay literatos y artistas que se drogan. ¿Por qué lo hacen? También, creo yo, para llenar un vacío: pero esta vez no se trata simplemente de un vacío de cultura, sino de un vacío de necesidad y de imaginación. La droga sirve en este caso para sustituir la gracia por la desesperación, el estilo por la manera. No juzgo. Me limito a decir. Hay épocas en que los mayores artistas son precisamente desesperados manieristas.

Seguramente el lector habrá notado que hasta aquí he hablado del fenómeno de la droga en los mismos términos en que hubiera podido hacerlo hace diez o veinte años, por no decir hace un siglo.

Pues me he referido a un conjunto de individuos que, con sus buenas razones, han querido perderse, hacer «la gran negación»[1] renunciando al usufructo grande y consolador de los valores vigentes de una cultura y a las lisonjas de ese proceso objetivo en que consiste ésta en el caso individual y concreto. En realidad he hablado de la cultura en sentido específico, de élite; de clase.

Pero la palabra «cultura» no alude sólo a la cultura específica de élite y de clase: alude también, y ante todo (según el uso específico que de ella hacen los etnólogos, los antropólogos y los mejores sociólogos), al saber y al modo de ser de un país en su conjunto, o sea, al carácter histórico de un pueblo, con la infinita serie de normas, frecuentemente no escritas y a menudo incluso inconscientes,

1. *il "gran rifiuto":* de un verso de Dante que alude a la renuncia al papado de Celestino V (*Divina Commedia*, Inf., III,60) [N.d.T.].

que determinan su visión de la realidad y regulan su comportamiento.

Pues bien: hay períodos históricos en que no queda espacio para la droga; o mejor: en que ese espacio sólo consiste en el vacío cultural «interior» de individuos particulares, que con ese vacío han decidido anticipar su propia muerte y acelerarla con el sucedáneo cultural de la droga. Uno de los períodos históricos en que no ha habido espacio para la droga ha sido por ejemplo el período histórico que hemos superado desde hace poco y al parecer felizmente; en realidad se trataba de un período de represión clerical-fascista (los veinte años de fascismo y los treinta años democristianos). Durante ese período, de hecho (hablo de Italia; soy aún, para mi vergüenza, italianista y dialectólogo), persistía en la clase dominada —o sea, prácticamente, en un país que no había hecho ninguna revolución, en que la clase dominante era numéricamente una oligarquía (el Vaticano, las grandes industrias del Norte y poco más), y las capas medias no eran sino grandes masas plebeyas de un nivel económico poco más alto que el de los trabajadores—; persistía, digo, en todo el pueblo italiano campesino y paleoindustrial, una cultura —o, mejor, un conjunto de culturas particularistas— en la que los valores y los modelos eran solidísimos, y la «tradición», exclusiva.

«Reprimir» a semejante pueblo, por parte de los poderes clerical-fascistas que se han sucedido, consistía en dar un sentido oficial (y por tanto estúpido, alienado) a los valores reales de esa tradición popular; y en imponerlo mediante la fuerza policial.

En semejante situación histórica el fenómeno de la droga sólo podía ser un fenómeno estrictamente burgués: pues la droga únicamente podía ser el sucedáneo de una cultura específica, de élite, clasista. El pueblo no entraba en eso. Su «cultura» no estaba en discusión ni en crisis: era lo que había sido durante siglos, por no decir milenios (toda tradición popular es en realidad transnacional).

Es cierto que también hoy, si voy por Piazza Navona y me encuentro con un drogadicto que callejea con aire mohíno y vagamente siniestro, advierto en él los rasgos de la infelicidad y del rechazo pequeñoburgués; y maldigo la misteriosa circunstancia que le ha llevado a él, como ser individual, a fumar hachís en vez de leer un libro. No obstante, el encuentro de Piazza Navona, pese a ser ritual, por decirlo así, por el contrario no es típico. Es infinitamente más típico encontrar un drogadicto en un bar de Piazza Cinquecento o del Quarticciolo[2].

¿Qué quiero decir con esto? Quiero decir que el fenómeno de la droga ha cambiado radicalmente de carácter respecto de lo que era hace diez o veinte años. Esto es: se ha convertido en un fenómeno

2. Lugares romanos más plebeyos que Piazza Navona [N.d.T.].

que afecta a las masas y que comprende por tanto a todas las clases sociales (pese a que su «modelo» siga siendo pequeñoburgués, o tal vez el que proporciona la 'contestación').

Por lo tanto hoy vivimos en un período histórico en el que el «espacio» (o el «vacío») para la droga ha aumentado enormemente. ¿Por qué? Porque la cultura en sentido antropológico, «total», en Italia se ha destruido o se halla en vías de destrucción. Por consiguiente sus valores y sus modelos tradicionales (empleo aquí esta palabra en su mejor sentido) o ya no cuentan o bien empiezan a dejar de contar. Por ejemplo: los dos valores «Dios» y «familia», que son dos valores estúpidos y alienados cuando hablan en su nombre los curas o los moralistas (acaso uniformados), pero que en cambio son dos valores *tout court* cuando se instituye en su nombre toda una vida popular —quizá por debajo del nivel de lo que nosotros llamamos historia—, hoy ya no cuentan nada; ya no se puede hablar en su nombre a ningún joven, y menos a un joven drogadicto. La pérdida del prestigio «infundado» de todos los valores de una cultura entera no puede dejar de producir una especie de «mutación» antropológica, no puede dejar de causar una crisis «total». Todas las clases sociales se ven implicadas en ella, y la pérdida de los valores se refiere a todos, aunque los más golpeados sean los jóvenes de las clases pobres precisamente porque ellos vivían una «cultura» mucho más segura y absoluta que la vivida por los jóvenes de las clases dominantes.

Veo que en *L'Unità* (20 de julio de 1975) se tiende a «limitar» el fenómeno de la droga, con una preocupación en el fondo desdramatizadora, o se culpabiliza de él —según un esquema demasiado clásico— a la sociedad. En realidad el fenómeno de la droga es un fenómeno dentro del fenómeno, y lo que importa es este segundo fenómeno mucho más amplio, que en cambio es una tragedia histórica enorme y auténtica. Se trata, insisto, de la pérdida de los valores de toda una cultura; valores que, sin embargo, no han sido sustituidos por los de una cultura nueva (a menos que tengamos que «adaptarnos», como por lo demás sería trágicamente correcto, a considerar «cultura» el consumismo).

El gran fenómeno de la pérdida no resarcida de valores —que incluye el fenómeno extremista de masas de la droga— se refiere pues a *todos* los jóvenes de nuestro país (exceptuados de momento, como ya he tenido ocasión de decir, los que han hecho la única elección cultural elemental posible: los jóvenes inscritos en el PCI). Los jóvenes italianos en su conjunto constituyen una plaga social tal vez ya incurable: son o infelices o criminales (o criminaloides), o extremistas o conformistas, y todo en una medida hasta ahora desconocida. Puesto que los drogadictos se sitúan por decirlo así en la vanguardia de esta irrevocable determinación de los jóvenes de vivir

un vacío y una pérdida, y de colocarse en situación de ser inaccesibles, o sea, de no aceptar ya nada en cuyo nombre se les pueda hablar (salvo que se trate de temas subculturales), por esta razón, digo, no soy en absoluto blando con los jóvenes que se drogan. Tiendo en cambio a sentir hacia ellos una antipatía apriorista y fuerte. Por una parte está su chantajista presunción de realizar un acto subcultural que mitifican; por otra, mi incapacidad personal para aceptar la fuga, la renuncia, la falta de disponibilidad.

Por eso cuando Pannella realizó su gesto de «desobediencia» en favor de la despenalización de la droga blanda me vinieron a la mente al menos otros diez motivos por los que realizar un gesto similar, naturalmente desbordando a Pannella por la izquierda. Tarde o temprano diré cuáles son estos motivos. Pero debo decir mientras tanto que he comprendido, no obstante, que la lucha por la despenalización de la droga (en lo que a mí respecta, incluso la dura) es un acto central y no marginal de una lucha por la tolerancia real. ¿Por qué?

Casi todos mis colegas intelectuales se declaran convencidos de que, de algún modo, Italia ha mejorado. En realidad Italia es un lugar horrible; basta irse unos días al extranjero y volver después para comprobarlo. He captado la medida de la sima en que se debaten, como gusanos, los italianos incluso al volver de Barcelona (ciudad por otra parte que da una angustia que quita el aliento: el pasado es irrespirable). Y hablo sobre todo de la Italia de los jóvenes. Por consiguiente, si hay alguno que, percibiéndolo inconscientemente, acaso, y acaso a través de mitificaciones subculturales, quiere morir, ¿cómo puede impedirle hacerlo una sociedad que le ofrece un espectáculo tan trágico y tan repugnante de sí misma?

Il Corriere della Sera, 24 de julio de 1975.

FUERA DE PALACIO

El lector me perdonará que parta «periodísticamente» de una situación existencial. Me resultaría difícil prescindir de ella.

Estoy en unos baños de Ostia, entre el turno de trabajo de la mañana y el de la tarde. A mi alrededor, la multitud de los bañistas, en un silencio semejante al del estruendo y al revés. Bañarse excita.

En cuanto a mí, ocupado en recuperarme del insano vacío del estudio de doblaje, tengo en la mano *L'Expresso.* Lo he leído casi entero, como si fuera un libro.

Miro la multitud y me pregunto: «¿Dónde está esa revolución antropológica de la que tanto escribo para tanta gente avezada en el arte de ignorar?». Y me respondo: «Héla aquí». En realidad el gentío a mi alrededor, en vez de ser la multitud plebeya y dialectal de hace diez años, absolutamente popular, es una multitud ínfimo-burguesa, que sabe que lo es y quiere serlo.

Hace diez años yo amaba a esta muchedumbre; hoy me disgusta. Y me disgustan sobre todo los jóvenes (con un dolor y una participación que al final vuelven vano el disgusto): esos jóvenes imbéciles y presuntuosos, convencidos de estar hartos de todo lo que les ofrece la nueva sociedad; e incluso de ser, en esto, modelos casi venerables.

Y yo estoy aquí, solo, inerme, arrojado en medio de esta multitud, irremediablemente mezclado con ella, con su vida, que muestra como en un laboratorio toda su «condición». Nada me resguarda; nada me defiende. Yo mismo elegí esta situación existencial hace muchos años, en la época anterior a ésta, y ahora me encuentro aquí por inercia: porque las pasiones carecen de solución y de alternativas. Por otra parte, ¿dónde vivir físicamente?

Como decía, tengo en las manos *L'Expresso*. Lo miro y saco de él una impresión sintética: «¡Qué distinta de mí es esta gente que escribe cosas que me interesan a mí! Pero ¿dónde está? ¿Dónde

vive?» Y una idea inesperada, una iluminación, pone ante mí las palabras anticipadoras y, creo, claras: «Vive en Palacio».

No hay página, línea o palabra en todo *L'Expresso* (ni probablemente en todo *Panorama* o en todo *Il Mondo,* en todos los diarios y semanarios que carecen de páginas de sucesos) que no se refiera única y exclusivamente a lo que ocurre «dentro de Palacio». Sólo lo que pasa «dentro de Palacio» parece digno de interés y de atención; lo demás es minucia, hormigueo de gente, cosas informes, de segunda categoría...

Y, como es natural, de cuanto ocurre «dentro de Palacio» lo que importa realmente es la vida de los más poderosos, de los que están en la cúspide. Ser «serios» significa, al parecer, ocuparse de ellos. De sus intrigas, de sus alianzas, de sus conjuras, de sus fortunas y, por último, *también* de su modo de interpretar la realidad que hay «fuera de Palacio»; esa realidad enojosa de la que en último término depende todo, a pesar de que sea tan poco elegante y justamente tan poco «serio» ocuparse de ella.

En los últimos dos o tres años esta concentración del interés en la cúspide y en los personajes de la cúspide se ha vuelto exclusiva hasta convertirse en una obsesión. Nunca se había llegado a ese extremo. Los intelectuales italianos siempre han sido cortesanos, siempre han vivido «dentro de Palacio». Pero también han sido populistas, neorrealistas y hasta revolucionarios extremistas, lo cual les había creado la obligación de ocuparse de la «gente». Ahora, si se ocupan de la «gente» es siempre a través de las estadísticas de *Doxa* o *Pragma* (si no recuerdo mal). Por ejemplo: es indecoroso ocuparse de las amas de casa; nombrarlas a lo sumo suscita una sonrisa; las amas de casa, por lo que parece, sólo pueden ser personajes cómicos. Y en realidad *L'Expresso* se ocupa de las amas de casa —esos animales enigmáticos, lejanos, perdidos en las profundidades de la vida cotidiana— porque una estadística de *Doxa* o de *Pragma* ha puesto en claro que su voto ha sido muy importante para la victoria comunista en las últimas elecciones. Esto ha hecho temblar el Palacio, causando terremotos en las jerarquías del poder.

Las amas de casa viven en la página de sucesos; Fanfani o Zaccagnini, en la historia. Pero entre las primeras y los segundos se abre un vacío inmenso, una «diacronía» que probablemente es la anticipación del Apocalipsis.

¿A qué se debe este vacío, esta diacronía? ¿Por qué la crónica de sucesos, que fue tan importante de 1945 en adelante, está ahora encerrada en un compartimento estanco, relegada a un gueto mental? ¿Por qué se la analiza, se la explota, se la manipula, es cierto, de todas las maneras imaginables sugeridas por las normas del consumo, pero sin vincularla con la «historia seria», esto es, sin volverla significativa?

¿Por qué robos, secuestros, delincuencia juvenil, toques de que-

da auténticos, hurtos, ejecuciones capitales u homicidios gratuitos, se «excluyen» concretamente de la lógica y nunca se los relaciona unos con otros? Dos muchachos de diecisiete años, en Ladispoli (lugar de veraneo de la mala vida) han herido mortalmente a balazos a un chico de su edad por negarse a cederles las bujías de la moto, que iban bien para la suya, y *Paese Sera* titula el suelto sobre este suceso como *Absurdo en Ladispoli.*

Absurdo quizá en 1965. Hoy es normal. El suelto se hubiera debido titular *Normalidad en Ladispoli.* ¿Por qué este anacronismo de *Paese Sera*? ¿Acaso los periodistas de *Paese Sera* no saben que la *excepción* es encontrar en los suburbios de Roma un chico de diecisiete años *sin* revólver? ¿Por qué ningún diario ha hablado de un tiroteo con ametralladora, a causa de un Porsche robado, hace dos o tres noches en Tormarancio? ¿Por qué ningún diario ha hablado de los tiros en las piernas disparados a un «jovenzuelo que hace culturismo» por un chico de quince años que le gritó: «la próxima vez te disparo en la boca»? Quiero decir: ¿por qué la prensa elimina y silencia millares de delitos como éstos (los robos y raterías ni se cuentan) que se producen cada noche en las grandes ciudades, entresacando de tales crímenes sólo los que por decencia no se pueden silenciar? ¿Por qué, además, se desdramatizan, manipulándolos para presentarlos a la opinión pública?

Pero no quiero cargar las tintas y pasar por una persona de orden. Quede claro que la «mala vida» me interesa sólo en la medida en que sus representantes han experimentado una mutación respecto de los de hace diez años. Y esto no es un episodio. Forma parte de un todo único: de una revolución antropológica única que incluye también la mutación de las amas de casa...

La verdadera pregunta es: ¿por qué esta diacronía entre la crónica de sucesos y el universo mental de quienes se ocupan de problemas políticos y sociales? ¿Y por qué esta «compartimentación de los fenómenos» en el interior de la crónica de sucesos?

Lo que ocurre «fuera de Palacio» es cualitativamente, o sea, históricamente, distinto de lo que ocurre «dentro de Palacio»; es infinitamente más nuevo, espantosamente más avanzado.

He aquí por qué los poderosos que se mueven «dentro de Palacio», y también quienes les describen —permaneciendo también ellos, lógicamente, «dentro de Palacio» para poder hacerlo—, se mueven como atroces, ridículos y caricaturescos idolos funerarios. En tanto que poderosos ya están muertos, pues lo que las «daba» su poder —o sea, un determinado modo de ser del pueblo italiano— ya no existe; su vivir es, pues, un espasmo guiñolesco.

Al salir «fuera de Palacio» se vuelve a caer en otro «dentro»: en el interior de la cárcel del consumismo. Y los personajes principales de esta cárcel son los jóvenes.

Resulta extraño: es cierto que los poderosos han sido dejados atrás por la realidad llevando encima, como una máscara ridícula, su poder clerical-fascista; pero también los hombres de la oposición han sido rebasados por la realidad arrastrando, como una máscara ridícula, su progresismo y su tolerancia.

Una nueva forma de poder económico (o sea, el *alma* nueva y real —si Moro lo permite— de la democracia cristiana, que ya no es un partido clerical porque la Iglesia ya no existe) ha realizado mediante el desarrollo una forma ficticia de progreso y de tolerancia. Los jóvenes que han nacido y se han formado en este período de falso progresismo y de falsa tolerancia están pagando esta falsedad (el cinismo del nuevo poder que lo ha destruido todo) del modo más atroz. Hélos aquí, a mi alrededor, con una ironía imbécil en los ojos, un aire estúpidamente satisfecho, un vandalismo ofensivo y afásico —cuando no un dolor y una timidez casi de colegialas—, con que viven la intolerancia real de estos años de tolerancia...

En el mismo número de *L'Expresso* al que me refería antes, Moravia reseña una película que habla de un padre como es debido que tiene un hijo insolente, criminal, etc., y concluye —en absoluta coherencia consigo mismo— que un padre así, ante una dificultad así, no puede hacer otra cosa que «tratar de comprender al hijo»; no hacer una tragedia ni matarlo o matarse, sino tratar de comprenderle. Y cuando le haya comprendido, me pregunto yo, ¿qué?; después de realizar ese magnífico acto de liberalismo moral, ¿qué? Ciertamente, el comprender de que habla Moravia es un comprender racional, o sea, occidental, e implica por tanto la consiguiente necesidad de actuar. Admitamos que el padre —tras haberse puesto en el estado de ánimo de un entomólogo que estudia su insecto— consigue finalmente comprender al hijo, y descubre que es un imbécil, un presuntuoso, un inseguro, un agresivo, un vanidoso, un criminaloide —o bien un sensible desesperado—: ¿qué tendría que hacer? ¿Contentarse con haberle comprendido? Pero contentarse con comprenderle implica imparcialidad e indiferencia. Es el obrar lo que cualifica. Y un padre que ama actúa. Está destinado a quedar muerto en el polvo como el abandonado Layo: no hay otra posibilidad. Por lo tanto, comprender es lo de menos. Y actuar no puede consistir en otra cosa que en agredir al hijo, justamente para poder quedar, al fin, muerto en el polvo. Yo miro a los hijos, trato de comprenderles y finalmente actúo; actúo diciéndoles lo que creo que es la verdad a su respecto. «Vosotros vivís en la página de sucesos, que es la verdadera historia porque —pese a no estar definida, ni ser aceptada, y sin que se hable de ella— está infinitamente por delante de nuestra historia acostumbrada; porque la realidad está en los sucesos de «fuera de Palacio» y no en sus interpretaciones parciales o, peor aun, en su eliminación. Pero esta página de sucesos quiere que estéis trastor-

nados y en crisis de valores, porque el poder, creado a fin de cuentas por nosotros, ha destruido toda cultura anterior para crear una cultura propia, hecha de pura producción y consumo y, por consiguiente, de falsa felicidad. La privación de valores os ha arrojado a un vacío que os ha hecho perder la orientación y os ha degradado como seres humanos. Vuestra «masa» es una «masa» de criminaloides *a quienes ya no se puede hablar en nombre de nada.* Vuestras pocas élites cultas —socialistas, o radicales, o católicas avanzadas— quedan ahogadas de una parte por el conformismo y de otra por la desesperación. Los únicos que todavía se baten por una cultura y en nombre de una cultura, en tanto que se trata de una cultura «diferente», proyectada hacia el futuro, y por tanto más allá, desde el principio, de las culturas perdidas (la de clase, burguesa, y la arcaica, del pueblo), son los jóvenes comunistas. Sin embargo, ¿durante cuánto tiempo podrán seguir defendiendo su dignidad?

Il Corriere della Sera, 1.° de agosto de 1975.

ARGUMENTO PARA UN FILM SOBRE UN POLICÍA

Todo el mundo lo ha leido distraídamente. Hace alrededor de un mes se suicidó un policía porque el detenido que le había sido confiado huyó aprovechándose de la confianza que el policía había depositado en él.

Un amigo de ese policía, investigando por su cuenta en horas libres, y tras prolongada vigilancia, ha logrado capturar al evadido. La sombra del muchacho suicida, al menos en la fantasía de su amigo y al menos en parte, ha sido aplacada.

En otro lugar (*Il Corriere della Sera,* 18 de julio de 1975) he señalado que este episodio es un episodio de obediencia. Obediencia a una serie de normas, y por tanto de valores, que definen una cultura ya desaparecida (casi totalmente, aunque desde hace pocos años). Esas normas y esos valores eran tradicionales. Pertenecían de veras a un universo popular que a través de ellos había creado un modo de ser propio que funcionaba desde hacía siglos. Al mismo tiempo, no obstante, esas normas y esos valores, asumidos por el poder, eran enajenados y vueltos a imponer mediante la represión policial, de carácter clerical-fascista (no se trata de una operación incoherente, pues de hecho tales normas y valores, incluso en la realidad de la vida popular, con su peso autónomo, eran de carácter religioso y paternalista).

Ahora, repito, esas normas y esos valores se han venido abajo porque ha sido destruida la cultura que los expresaba y que se expresaba a través de ellos. Se conservan «cristalizados» en el ala reaccionaria y superviviente del poder clerical-fascista. Pero en realidad ya nadie cree en ellos, ni siquiera los curas y los generales.

No obstante, con su fuerza y su hechizo, desde el pasado reciente, esos valores poderosos y fascinantes todavía nos incumben: unas veces como fantasma popular positivo y otras como horrible

fantasma clerical-fascista. Creemos aún, entre otras cosas, que esas normas y esos valores regulan nuestra vida (nuestras ideas sobre la realidad y nuestro comportamiento).

El policía suicida, Vincenzo Rizzi, todavía creía realmente en ellos. Procedía de una familia del Sur pobre y honrada en la que había asimilado esas normas y esos valores con su inocencia natural, y luego había sido educado autoritariamente en ellos en la escuela de la Policía. Una Policía que, como es natural, tiene que fingir que tales normas y valores todavía están vigentes. Pues de otro modo ¿en nombre de qué podría hablarles a sus alumnos?

Así pues, Vincenzo Rizzi era un muchacho «obediente». Algo altamente original en un mundo de «desobediencia». De «desobediencia retórica» (la creada y manipulada por el poder como autocontradicción y sobre todo como garantía de modernidad, absolutamente necesaria para el consumo) y de «desobediencia real» (la de los grupos revolucionarios ya desaparecidos y la de una masa de criminales enorme).

Yo considero desacreditada, pues, la palabra «desobediencia», y creo en cambio que hay que revalorizar la palabra «obediencia». Por consiguiente la historia del policía Vincenzo Rizzi se presenta ante mí como una historia ejemplar y conmovedora.

Pero ¿puede un hombre, un muchacho, conservar intacta en su interior, casi cristalizada, toda una «cultura», esto es, todo un sistema de valores? ¿Es eso posible cuando se habla de una cultura —se entiende— en sentido antropológico, de un sistema de valores capaces de determinar el modo de ser hasta en el menor detalle físico?

¿Puede «mutar» todo el mundo y al mismo tiempo permanecer «inmutado» sólo dentro de una persona o en determinados grupos concretos de personas (como mucho, policías o militares, los únicos que visiblemente conservan aún cierta gracia italiana antigua)?

No, no es posible. Pero entonces, ¿de qué manera había quedado «contaminado» el policía Vincenzo Rizzi por esa «falsa desobediencia» que es en realidad la «verdadera obediencia» a las reglas impuestas por el nuevo poder?

El joven Cosimo Marra, o sea, el policía amigo de Vincenzo Rizzi, y su vengador, al conceder alguna entrevista (no me consta que a diarios importantes, o sea, a los diarios de Palacio, sino a diarios más humildes, que viven sistemáticamente de la página de sucesos), ha sido cauto, como es natural, en lo referente a la conducta de su amigo. No ha querido opinar, por delicadeza o por diplomacia. Marra, a mi modo de ver, carece de la inocencia emocional y de la imaginación que tenía Rizzi: en él hay ya cierta consciencia carrerista pequeño-burguesa que tiende a ponerle del lado de los superiores. No es casual que se esté preparando para ser admitido en un curso de suboficiales. Se diría que el valor promordial para él

es el Orden, que es lo único en cuyo nombre aún podría alzarse una voz reaccionaria (caídos «Dios», la «Familia», etc., y quizá, por lo que hace al mundo popular, también el «Honor»). En el rostro de Marra (quien escribe es un director de cine) se puede leer —al menos en la única fotografía que he podido ver— ese vago rencor y esa hostilidad que deforman fatalmente los rasgos de quien se considera defensor del Orden. Pero es joven, un muchacho poco más que adolescente. Su afortunada acción de vengador le define con más fuerza que la que tiene o tendrá realmente.

De sus palabras se infiere muy indirectamente, casi en fragmentos oníricos, lo que fueron las últimas horas de Vincenzo Rizzi.

En este punto —a propósito de esas últimas horas— no se puede dejar de hacer un análisis (aunque sea onírico también) del detenido, huido y capturado de nuevo. No pertenece a la mala vida nueva. Forma parte de la vieja. Sabe «hablar», ciertamente, el dialecto antiguo, la jerga olvidada. Probablemente es ocurrente, nada antipático o violento, y conoce bien el viejo código de la mala vida, tan parecido por lo demás a cualquier otro código de toda cultura popular.

Hablo de este detenido también a partir de una fotografía, de una única fotografía. Se me muestra pues a través de un lenguaje somático, un lenguaje de la presencia física, un lenguaje de connotaciones...

Pero por encima de su catadura antigua, arcaica incluso, de joven de mala vida, se filtra sin embargo algo nuevo, como fango o excrementos de la mala vida nueva. Su peinado es muy sofisticado, lleno de trenzas siniestras y vagamente impúdicas; en sus ojos se ha estancado un brillo burlón de persona de posibles, y a la vez de una determinación remansada (cuyo arquetipo estaba mucho más loco y era mucho más noble); la vestimenta sigue, de manera terrorista ya *naturaliter,* la moda (la moda de los más jóvenes que él: los «renacuajos» afásicos y taimados como víboras).

Pues bien: Pietro Merletti es un personaje del mundo antropológico pre-consumista en proceso de degeneración. Igual que, *mutatis mutandis,* el joven vengador Cosimo Marra (siempre conjeturando a partir de las fotografías y de los pocos indicios reales que se atisban entre líneas a partir de lo que dicen). El detenido huido y el amigo vengador, los dos personajes hermanados por su relación con el muchacho suicida, están mucho más cerca de nosotros, son mucho más actuales y reconocibles.

Hay que subrayar que, hasta poco antes de matarse, Vincenzo Rizzi no era menos amigo de Pietro Merletti que de Cosimo Marra. Podía llegar a entenderse con ambos por las razones dichas, o sea, por la común pertenencia a una cultura popular preconsumista (campesina y subproletaria) superviviente. Que Pietro Merletti por una parte y Cosimo Marra por otra estuvieran en parte «contamina-

dos» por el mundo moderno constituía tal vez, para el ingenuo Vincenzo Rizzi, un motivo de fascinación adicional.

En realidad, ¿por qué pudo engañarle Pietro Merletti? Por la misma razón por la que Cosimo Marra ha podido vengarle. Es decir, por el conocimiento de lo que realmente tiene valor en un mundo preconsumista: el honor, la confianza, la amistad, el homoerotismo, la virilidad, la dignidad. Pietro Merletti pudo traicionar a Vincenzo Rizzi en nombre de todo esto, y en nombre de todo esto Cosimo Marra ha podido vengarle.

Pues durante aquellas últimas horas de la vida de Vincenzo Rizzi —tal como se presentan a retazos en las palabras de Cosimo Marra—, lo que desempeñó un papel decisivo fueron los valores en que Vincenzo Rizzi creía (honor, confianza, amistad, homoerotismo, virilidad y dignidad) y que Pietro Merletti conocía y que por tanto podía explotar.

En el relato de Marra fulgura una modesta cena, que Vincenzo Rizzi y su detenido compartieron en no se sabe qué fonda de Centocelle, cuya sola imagen encoge el corazón. Aquellos *spaghetti* y aquellos tragos de vino peleón deben haberle parecido a Vincenzo Rizzi, en los últimos momentos de su vida, una intolerable concesión a los bajos instintos, una culpable orgía...

Pero no son los valores aludidos lo único que determina la relación entre el polícía y el detenido: también está el sexo. Y por tanto un nuevo personaje, una mujer. Se llama Calicchia. Si no me equivoco, era la propietaria de la mentada fonducha de Centocelle. No sé nada de ella; ni siquiera tengo ante mí una fotografía. Para imaginarla debo inventármela de pies a cabeza. Y nuestra imaginación es siempre convencional. Pero no importa: el papel de la tal Calicchia es simbólico e ideológico. Y eso implica una cierta abstracción convencional. En realidad no es *una* mujer —como lo hubiera sido en un film neorrealista y por tanto en la realidad que un film neorrealista pretendía reflejar—, sino que es *la* mujer. Por lo demás, supongo que también ella, como su amigo Pietro Merletti, es un personaje de la cultura preconsumista en vías de adaptación y por consiguiente de degeneración: degradada, pues, por la imitación de las chicas más jóvenes.

La sociedad preconsumista necesitaba hombres fuertes y por tanto castos. La sociedad consumista necesita en cambio hombres débiles, y por tanto lujuriosos. El mito de la mujer encerrada y aislada (cuya obligación de ser casta implicaba la castidad del hombre) ha sido sustituido por el mito de la mujer abierta y accesible, siempre disponible. El triunfo de la amistad entre varones y de la erección ha sido sustituido por el triunfo de la pareja y de la impotencia. Los varones jóvenes están traumatizados por la obligación que les impone la permisividad: o sea, la obligación de hacer el amor continua y libremente. Al mismo tiempo están traumatizados porque su «cetro»

decepciona a las mujeres, que antes no lo conocían y lo mitificaban aceptándolo servilmente. Por otro lado, la educación o iniciación a la convivencia, que antes se daba en un ámbito platónicamente homosexual, es ahora heterosexual desde la primerísima pubertad, a través de acoplamientos precoces. Pero la mujer aún no está en situación —dada la herencia milenaria— de hacer una aportación pedagógica libre: tiende todavía a la codificación, que hoy sólo puede ser una codificación más conformista que nunca en el sentido querido por el poder burgués: una codificación que ocupe el lugar de las reglas populares a las que obedecía la antigua auto-educación entre hombres o entre mujeres (cuyo más elevado arquetipo sigue siendo la democracia ateniense). El consumismo, pues, ha humillado definitivamente a la mujer al convertirla en un mito terrorista. Los jóvenes varones que van por la calle casi religiosamente, con una mano de aire protector sobre el hombro de la mujer o tomándola románticamente de la mano, hacen reir o te encogen el corazón. Nada hay más insincero que una relación parecida a la que realiza en concreto la pareja consumista.

Si hace diez años, para escapar, el detenido Pietro Merletti le hubiera dicho a su guardián Vincenzo Rizzi que necesitaba pasar un par de horas con su mujer, el guardián Vincenzo Rizzi habría considerado absolutamente falsa tal necesidad (e incluso, a decir verdad, una idea así ni siquiera hubiera podido pasar por la cabeza del detenido o del guardián). La castidad formaba parte del destino del varón. La mujer era un sueño, y los sueños están por llegar o se espera a que lleguen. El coito ya llegaría en su momento.

Hoy, en cambio, cuando el detenido ha manifestado su necesidad de hacer el amor con su mujer *hic et nunc* ha logrado hacer mella inmediatamente en el corazón de su amigo guardián. Le ha embaucado con un mito de la era del consumo. Le ha dominado con un terrorismo al que el inocente Vincenzo Rizzi ha cedido de todo corazón. Pues en su cultura antigua la mujer era *verdaderamente* un mito, y él no podía saber que la realización de ese mito, en la cultura del mundo del consumo, es cínica y falsa: es conformismo brutal y no libertad. Al no ver solución de continuidad entre las dos culturas, Vincenzo Rizzi ha creído que la realización de un sueño tan dífícilmente realizable en su vieja cultura es milagrosamente realizable en la cultura del mundo moderno. De modo que, al hacer de Calicchia no *una* mujer (que espera a que su amigo cumpla la pena en la cárcel), sino *la* mujer (que debe estar lista allí, dispuesta, inmediatamente disponible, por decisión colectiva, universal), el consumismo, al derribar una sola de las reglas inviolables, ha derribado todas las demás reglas de un sistema de valores, incluso los represivos, que Vincenzo Rizzi tan inocentemente y con tanto encanto vivía.

Naturalmente, si hiciera una película sobre todo esto sería inevitable que acabara con la propuesta de una medalla de oro para el «obediente» Vincenzo Rizzi. No tendría dudas al respecto. Había mil razones por las que un muchacho podía sentir el deber de morir en 1945, e incluso en 1965: hacerlo, por tanto, le era más fácil. Que un muchacho lo haya hecho hoy es casi increíble. A la espera de una «nueva obediencia», me parece justo conmoverme y admirar la «forma» de la obediencia.

Il Mondo, 7 de agosto de 1975.

HABRÍA QUE PROCESAR A LOS JERARCAS DEMOCRISTIANOS

Querido Ghirelli: creo que durante mucho tiempo quedará impresa en mi memoria la primera página de *Il Giorno* del 21 de julio de 1975. Era una página especial incluso desde el punto de vista tipográfico: simétrica y cuadrangular como el bloque de texto de un manifiesto, con una única imagen en el centro también completamente regular formada por los recuadros unidos de cuatro fotografías de cuatro hombres de poder democristianos. Cuatro: el número de Sade. En realidad parecían las fotografías de cuatro ajusticiados, escogidas entre las mejores por sus familiares para ponerlas en sus lápidas. Pero no se trataba en absoluto de un acontecimiento fúnebre, sino de un relanzamiento, de una resurrección. Esas fotografías en el centro de la monolítica página de *Il Giorno* en realidad parecían querer decirle al aturdido lector que ahí estaba la auténtica realidad física y humana de los cuatro hombres de poder democristianos. Que la broma había terminado. Que las radiantes sonrisas de quien detenta el poder ya no desfiguraban sus caras. Ni las desfiguraba ya la picaresca conciliadora. Que la pesadilla se había desvanecido con la clara luz de la mañana. Y helos ahí, en su autenticidad. Serios, dignos, sin guiños, sin sonrisa burlona, sin demagogia, sin la fealdad de la culpa, sin la vergüenza del servilismo, sin la ignorancia provinciana. Se habían vuelto a poner el chaleco, y el futuro de las personas serias les besaba en la frente.

Sería injusto, no obstante, si no añadiera que *Il Giorno* no ha sido el único que en este momento ha asumido el papel de tranquilizar a la nación y de ungir la solución del cuadrumvirato (y luego la del «respetable» Zaccagnini[1]) con el carisma del apaciguamiento ge-

1. Benigno Zaccagnini, sucesor de Fanfani en 1975 como secretario de la DC. Antiguo partisano [N. d. T.].

neral. También *Il Corriere della Sera,* por ejemplo, ha manifestado el mismo sentimiento de alivio. Y la prensa italiana en general: incluida la prensa burguesa situada en la más despectiva oposición.

De eso se infiere que todo el mundo político italiano estaba y sigue estando substancialmente dispuesto a aceptar la continuidad del poder democristiano: a aceptarlo bien con «sobrenatural» confianza disfrazada de seriedad profesional, bien con desdeñosa satisfacción.

Pero cuando se sepa, o, mejor, cuando se diga toda la verdad del poder de estos años también quedará clara la demencia de los comentaristas políticos italianos y de las élites cultas de Italia. Y, por consiguiente, su complicidad.

Por lo demás, esa «verdad del poder» es ya sabida, pero es sabida como es sabida la «realidad del País»: se conoce a través de una interpretación que «compartimenta los fenómenos» y por medio de la decisión irrevocable, en la consciencia de todos, de no relacionarlos entre sí.

Dejar de practicar la «compartimentación de los fenómenos», y devolverles así su lógica al formar un todo único, significaría romper —peligrosamente, es cierto— una continuidad. Pero no nos adelantemos...

Tú, querido Ghirelli, te has aprestado a dirigir desde hace unas semanas una revista político-cultural. Una empresa de este tipo nunca ha sido tan difícil como en estos años porque nunca ha sido tan grande la distancia entre el poder (al que en un artículo he llamado «el Palacio») y el País. Se trata (decía) de una auténtica diacronía histórica según la cual en Palacio se reacciona a estímulos que ya no tienen causas reales en el País. La mecánica de las decisiones políticas de Palacio está como enloquecida: obedece a unas reglas cuya «alma» (Moro) ha muerto.

Pero, como apuntaba, hay algo más. Los fenómenos (enloquecidos y corruptos) de Palacio se producen en compartimentos estancos; se diría que cada uno de ellos está dentro de la infranqueable área de poder de uno de los miembros de la mafia oligárquica que, venida de las profundidades del más ignorante provincianismo, gobierna Italia desde hace décadas.

Cada uno de estos hombres de poder asume sus propias responsabilidades (pero hasta ahora sin responder por ellas); y gracias a esta separación de las responsabilidades se salva el poder en su conjunto. De lo que es culpable Andreotti no es culpable Fanfani; de lo que ha sido culpable Gronchi no ha sido culpable Segni[2]; y así sucesivamente y viceversa. Hasta ahora nadie ha tenido el valor de abarcar el Conjunto en una mirada única.

2. Giovanni Gronchi fue presidente de la República Italiana de 1955 a 1962, siendo sucedido en ese año por Antonio Segni, dirigente de la DC opuesto a cualquier coalición con partidos de izquierda [N.d.T].

Al mismo tiempo, fuera de Palacio, un País de cincuenta millones de habitantes está experimentando la mutación cultural más profunda de su historia (coincidiendo con su primera unificación real): una mutación que, por ahora, lo degrada y lo echa a perder. Pero también aquí nuestras consciencias de observadores se han manchado, como decía, con la falta imperdonable de haber «separado los fenómenos» de esa degradación y empeoramiento: de no habernos atrevido nunca a abarcar el Conjunto en una sola mirada.

Te pondré dos ejemplos menores pero característicos.

I) A propósito de la «separación de los fenómenos» de Palacio, he aquí una anécdota divertida. Tras la famosa noche en que fue reducido, por otra parte injustamente, a chivo expiatorio, Fanfani despotricó contra un ingrato protegido suyo, uno de esos (no recuerdo su nombre) de lo que vulgarmente se llama el «pesebre» del poder. Ese hombre (según Fanfani) se había venido prosternando desde hacía tiempo ante el poderoso secretario de la DC para obtener no sé qué cargo ministerial; le había adulado del modo más obsceno («poniendo la chaqueta a mis pies», dice literalmente Fanfani). En resumen: Fanfani le dio a su adulador el cargo tan ardientemente deseado. Sabemos así cómo se asigna en Italia un cargo público a nivel de gobierno. Ahora bien: si sucede todo esto, eso significa o bien que el régimen parlamentario no funciona (y entonces los extraparlamentarios tienen razón) o bien que es necesario hacerlo funcionar... Sin embargo, una vez más, no nos adelantemos. Incluso los observadores mejor informados, al no perder la compostura ante la impúdica confesión de Fanfani (tal vez por exceso de aristocrático desprecio), se han convertido a su vez en cómplices suyos; y lo que es peor: han seguido sin querer tomar en consideración esta generosa donación de cargos públicos como una de las tantas piezas que forman un mosaico. No han querido ver el mosaico.

II) A propósito de la «separación de los fenómenos» del País, me viene a la memoria, entre muchas, una noticia que apareció hace algún tiempo en los diarios a propósito de un congreso sobre la delincuencia de menores en Italia. Los datos sobre delincuencia juvenil que resumía el informe periodístico eran terroríficos: como para revolucionar por completo la idea que en Italia se tiene del «menor». También en este caso ocurrió lo mismo: en nuestra consciencia la «delincuencia juvenil» no es más que una de las piezas (o más bien la fórmula de una de las piezas) que componen el mosaico de la realidad italiana. Que no se puede mirar en su conjunto sin quedarse de piedra.

Por consiguiente, en lo que respecta a un observador o a un lugar de observación como es una revista (por ejemplo la que tú

diriges): *a*) lo que ocurre en Palacio y lo que ocurre en el País son dos realidades separadas, cuyas coincidencias son sólo mecánicas o formales, ya que cada realidad va por su lado; *b*) en estas dos realidades distintas la misma diacronía que las separa se repite en los fenómenos que tienen lugar en su interior.

La causa principal de esa separación entre el Palacio y el País, y de la consiguiente compartimentación de los fenómenos en el interior de Palacio y en el interior del País, consiste en la radical mutación del «modo de producción» (cantidades enormes, transnacionalidad, función hedonista); el nuevo poder real que ha nacido de ahí se ha deshecho de los hombres que hasta ese momento habían servido al viejo poder clerical-fascista, convirtiéndolos en solitarios bufones de Palacio, y se ha precipitado sobre el País para consumar «por anticipado» sus genocidios.

Me dirás: «Esta carta tuya me parece un poco torpe y repetitiva. *Quandoquidem et Cato dormitat*?» Y tienes razón, pero con esto termino la primera parte, laboriosa, de la presente carta. Y paso a la conclusión, que pese a ser perfectamente lógica resulta también perturbadora.

En el mecanismo que te he descrito (Palacio, País, Nuevo Poder), también intervienen otras fuerzas, el PSI y el PCI, que estarían al margen de esa mecánica. Y tendrían que estarlo precisamente porque su interpretación de la realidad debería ser cultural y no pragmática: al politizarlo todo se debería ver el conjunto; y por tanto el principio, el lugar por donde se podría, justamente, volver a empezar.

¿Por qué, pues, tanto el PSI como el PCI aplazan cualquier forma de interpretación, por tímida que sea, del Conjunto, adaptándose también ellos a la primera regla a que se atienen *todos* los observadores políticos italianos, de cualquier clase y partido, esto es, la regla de intervenir sólo de fenómeno en fenómeno?

Las hipótesis son dos:

I) El PSI y el PCI ya no tienen una interpretación cultural de la realidad, y se han identificado ya, en la práctica y con sentido común, con la DC: han aceptado el Desarrollo, con todo lo que (en mi opinión falsamente) conlleva de democrático, de tolerante y de progresista. En esta hipótesis ciertamente tienen sentido las enloquecidas presiones, que vienen ya de todas partes, para que la DC «aprenda» algo del PCI, en particular de su relación real con las masas. Y, efectivamente, en ese caso el PCI tendría algo que enseñarle a la DC; algo indiscutiblemente fundamental: la honradez.

II) El PSI y el PCI, por el contrario, conservan todavía su visión ya clásica de interpretación «alternativa» de la realidad, *pero no la usan*. Y no la usan porque si lo hicieran tendrían que recurrir, lógicamente, a soluciones extremas.

¿Cuáles serían esas soluciones extremas? ¿Acaso las de los extremistas?

En absoluto; eso no tendría nada que ver con el método, muy consolidado a estas alturas, del PSI y especialmente del PCI: esas soluciones extremas se mantendrían dentro del marco de la Constitución y del parlamentarismo; consistirían incluso —siguiendo si acaso un estilo de carácter radical— en la exaltación de la Constitución y del sistema parlamentario.

En conclusión: lo primero que deberían hacer el PSI y el PCI (si esta hipótesis es correcta) es llevar ante un tribunal a los democristianos que han gobernado Italia durante estos treinta años (especialmente durante los diez últimos). Me refiero en concreto a un proceso penal, ante un tribunal. Andreotti, Fanfani, Rumor[3] y al menos una docena más de hombres de poder democristianos (quizá incluyendo por corrección a algún presidente de la República) deberían ser llevados, como Nixon, al banquillo de los acusados. O mejor no, no como Nixon, por guardar las debidas proporciones: como Papadopulos. Visto, entre otras cosas, que Ford ha salvado a Nixon del verdadero proceso. Al banquillo de los acusados como Papadopulos. Y acusados allí de una cantidad inmensa de crímenes, que yo enuncio sólo en términos morales (confiando en la posibilidad de que tarde o temprano se reúna un «tribunal Russell» por fin comprometido, y no conformista y triunfalista como de costumbre): deshonestidad; desprecio por los ciudadanos; defraudación de fondos públicos; cohecho con las gentes del petróleo, con los industriales, con los banqueros; connivencia con la mafia; alta traición en favor de una potencia extranjera; colaboración con la CIA; uso ilegal de entes como el SID[4]; responsabilidad por los atentados de Milán, Brescia y Bolonia[5] (al menos por su culpable incapa-

3. Giulio Andreotti: dirigente del centro-derecha democristiano; ministro de defensa durante casi siete años; presidente del gobierno italiano en siete ocasiones. Actualmente —cuando se prepara la edición española de este libro— procesado.

Amintore Fanfani: responsable de la formación del primer gobierno de centro-izquierda en 1962. Seis veces presidente del gobierno.

Mariano Rumor: uno de los líderes «doroteos» de la DC. La corriente dorotea era reticente al pacto con la izquierda y muy sensible a los intereses empresariales y eclesiásticos; hegemónica en la DC de 1958 a 1968. Rumor fue acusado de percibir una comisión ilegal de la Lockheed en una investigación del Senado estadounidense, pero la comisión parlamentaria italiana que tenía que decidir su procesamiento empató a diez votos, denegándolo el voto de su presidente, el democristiano Mino Martinazzoli [N.d.T.].

4. *Vid.* p. 29, nota 1.

5. Se alude a tres atentados con explosivos: la bomba que estalló el 12 de diciembre de 1969 en la Banca Nazionale dell' Agricoltura, en Piazza Fontana, de Milán, que se cobró a dieciséis víctimas mortales y ochenta y ocho heridos; una segunda bomba (reivindicada por el grupo neofascista «Ordine Nero») explotó el 28 de mayo de 1974 durante una manifestación antifascista en Piazza della Loggia de Brescia, con 8 muertos y 101 heridos; la bomba colocada por los fascistas de «Ordine Nero» el 4 de agosto de 1974 en el tren *Italicus* causó doce muertos y cuarenta y ocho heridos [N.d.T.].

cidad para castigar a los ejecutores); destrucción paisajística y urbanística de Italia; responsabilidad por la degradación antropológica de los italianos (responsabilidad, ésta, agravada por su total inconsciencia); responsabilidad por la situación espantosa, como suele decirse, de las escuelas, de los hospitales y de toda obra pública básica; responsabilidad por el abandono «salvaje» del campo; responsabilidad por la explosión «salvaje» de la cultura de masas y de los *mass-media;* responsabilidad por la estupidez delictiva de la televisión; responsabilidad por la decadencia de la Iglesia; y, por último, además de todo lo anterior, quizá, reparto borbónico de cargos públicos a aduladores.

Sin un proceso penal así es inútil esperar que haya algo que hacer por nuestro País. Está claro además que la respetabilidad de algunos democristianos (Moro, Zaccagnini) o la moralidad de los comunistas no sirven para nada.

Il Mondo, 28 de agosto de 1975.

EL PROCESO

Pues bien: deshonestidad; desprecio por los ciudadanos; defraudación de fondos públicos; cohecho con las gentes del petróleo, con los industriales, con los banqueros; connivencia con la mafia; alta traición en favor de una potencia extranjera; colaboración con la CIA; uso ilegal de entes como el SID; responsabilidad por los atentados de Milán, Brescia y Bolonia (al menos por su culpable incapacidad para castigar a los ejecutores); destrucción paisajística y urbanística de Italia; responsabilidad por la degradación antropológica de los italianos (responsabilidad, ésta, agravada por su total inconsciencia); responsabilidad por la espantosa situación, como suele decirse, de las escuelas, de los hospitales y de toda obra pública básica; responsabilidad por el abandono «salvaje» del campo; responsabilidad por la explosión «salvaje» de la cultura de masas y de los *mass-media;* responsabilidad por la estupidez delictiva de la televisión; responsabilidad por la decadencia de la Iglesia; y, por último, además de todo lo anterior, quizá, reparto borbónico de cargos públicos a aduladores.

He aquí el listado (cf. *Il Mondo*), el listado «moral» de los crímenes cometidos por quienes han gobernado Italia durante los últimos treinta años, y sobre todo durante los diez últimos: crímenes que deberían arrastrar hasta el banquillo de los acusados por lo menos a una docena de hombres de poder democristianos en un proceso penal común, similar, para ser exactos, al celebrado contra Papadopulos y los demás coroneles[1].

¿Por qué repito siempre «sobre todo durante los últimos diez años»? Porque ha sido precisamente en los diez últimos años cuando

1. Se alude a los coroneles griegos que usurparon el gobierno mediante un golpe de estado que siguió el plan previsto por la OTAN para una eventual situación de guerra impopular en Grecia [N.d.T.].

un modo de gobernar no sólo típico sino diría que natural de toda la historia italiana, de la unificación en adelante, se ha configurado como un crimen o como una serie de crímenes.

No hago de esto, pues, un problema de moralidad: la culpabilidad de los hombres de poder democristianos que hay que llevar al banquillo de los acusados no radica en su inmoralidad (que la hay), sino en un error de interpretación política a la hora de juzgarse a sí mismos y de juzgar al poder a cuyo servicio se habían puesto; un error de interpretación política que precisamente ha tenido consecuencias desastrosas para la vida de nuestro país.

Estoy solo, en el campo: en una soledad real, elegida como un bien. Aquí no tengo nada que perder (y por eso puedo decirlo todo), pero tampoco tengo nada que ganar (y por eso puedo decirlo todo con mayor razón). Interprétese como se quiera esta sed mía de soledad, quizá hasta el punto de recordar las suposiciones de Elías Canetti (la soledad es la condición típica de los tiranos); pero rogaría que no se ataran demasiados cabos a partir de una observación retórica a la que, llegado a este punto, considero necesario recurrir.

Que la imagen de Andreotti o Fanfani y de Gava[2] o Restivo esposados entre carabineros sea una imagen metafórica. Que su proceso sea una metáfora. Que lo sea para hacer cómico además de sublime (¡como todo monólogo!) mi razonamiento; para hacerlo, sobre todo, mucho más claro didácticamente.

¿Qué es lo que semejante Proceso pondría de manifiesto ante la conciencia de los ciudadanos italianos (además, se sobreentiende, de la fundamentación de los delitos más arriba enunciados en términos éticos ya que no jurídicos)?

Ante los ciudadanos italianos se pondría de manifiesto algo esencial para su existencia, a saber: que los hombres de poder democristianos que nos han gobernado durante los últimos diez años no han comprendido que había quedado históricamente agotada la forma de poder a la que habían servido servilmente durante los veinte años anteriores (sacando de eso, por lo demás, todo el provecho posible), y que la nueva forma de poder ya no sabía (ni sabe) qué hacer con ellos.

Esta verdad «milenarista» es pues esencial para comprender (más allá del Proceso y de sus condenas penales) que ha acabado la época, milenaria precisamente, de un «determinado» poder, y que ha empezado la época de un poder «distinto».

2. M. Gava: dirigente de la DC de gran influyencia en Nápoles durante el decenio de los doroteos y uno de los principales responsables del clientelismo meridional durante esta época (junto a Giovanni Gioia y Salvo Lima en Palermo, Antonio Drago en Catania, Ciriaco de Mita en Avelino y Nino Gulotti en Messina), gracias a la gestión del negocio de la construcción, de los nuevos polos de desarrollo industrial subvencionados por la Cassa per il Mezzogiorno, de los recursos derivados de los entes locales y de fondos distribuidos por el gobierno [N.d.T.].

Pero sólo un Proceso podría dar a esta afirmación abstracta los rasgos de una verdad histórica irrefutable, capaz de suscitar una nueva voluntad política en el país.

Una vez condenados nuestros hombres de poder democristianos (al fusilamiento, a presidio o a una multa de una lira, con lo que a fin de cuentas se contentaría cualquier ciudadano), se desvanecería cualquier confusión debida a una falsa y artificial *continuidad* del poder democristiano. La dramática interrupción de esa *continuidad* pondría en claro para todo el mundo *no sólo* que un grupo de corruptos, de ineptos y de incapaces ha sido quitado democráticamente de enmedio *sino sobre todo* (repito) que ha acabado una época y a partir de eso debe empezar otra.

Si en cambio esos hombres de poder permanecen en sus cargos —quizá intercambiándoselos por enésima vez—, o sea, si la DC y con ella por tanto el país optan por la *continuidad,* más o menos teatralizada, nunca quedará claro, por ejemplo, que los italianos son hoy laicos al menos en la misma medida en que eran católicos hasta ayer, o que los valores del desarrollo económico han disuelto todos los valores posibles de las economías anteriores (junto a los específicamente ideológicos y religiosos), o, incluso, que el nuevo poder necesita un nuevo tipo de hombre.

Ahora (o al menos así se lo parece a un intelectual aislado en medio de un bosque) los observadores políticos italianos insisten en optar culpablemente, en el fondo, por la *continuidad* democristiana; y por ahora también los comunistas. Los observadores burgueses señalan sectorialmente, en el campo económico (¡y no en el de la economía política!), las posibles soluciones para lo que ellos llaman crisis; los observadores comunistas —además de ofrecer igual indicación, aunque como es natural más radical, y dando incluso por buenas las intenciones de los democristianos llamados a la *continuidad*— lamentan la persistencia del anticomunismo.

Pero, ¿qué sentido tiene pretender o esperar algo de los democristianos? ¿O siquiera pedirles algo a ellos?

No se puede no ya gobernar, sino ni tan siquiera administrar, sin principios. Y el partido democristiano jamás ha tenido principios. Ha identificado los principios, brutalmente, con los principios morales y religiosos de la Iglesia gracias a la cual detentaba el poder. Una masa ignorante (y lo digo con el mayor amor por esa masa) y una oligarquía de vulgares demagogos de apetito insaciable no pueden constituir un partido con un alma. Eso lo hemos sabido siempre, y también lo hemos dicho siempre; pero no lo sabíamos ni lo decíamos hasta las últimas consecuencias por una razón muy sencilla: porque la Iglesia católica era una realidad y porque la mayoría de los italianos eran católicos. Y, aunque inarticulado, éste era un argumento que podía ocultar verdades *mejores* que las repugnantes

que hacían suyas los hombres de poder democristianos: por ejemplo, la cultura (en sentido antropológico) religiosa de las masas populares, o una posible Iglesia reevangelizada, etcétera.

Pero ahora este argumento histórico se ha venido abajo porque se ha desmoronado su realidad. Esa «nulidad ideológico-mafiosa» que es la DC con su interclasismo clásico ya no se basa en nada (como no sea en las ruinas de un mundo que se deshace rápidamente).

Si todo esto es cierto, las palabras de Zaccagnini y demás «gentilhombres de la *continuidad*» no son más que palabras, y en este caso *palabras hipócritas.*

Volvamos pues a nuestro Proceso (metafórico); pero esta vez en relación con la política del PCI (o de un PSI hipotéticamente renovado por una «revolución cultural») y en función de ella, que es la única que importa. Si en vez de fingir contentarse con las *palabras* de los «gentilhombres de la *continuidad*», los comunistas y los socialistas decidieran romper esa *continuidad* promoviendo un Proceso penal contra Andreotti y Fanfani, Gava y Restivo, etcétera, ¿qué pondrían en claro de una vez para siempre ante su propia conciencia? Una serie de hechos triviales que llevan a un hecho esencial.

Primer hecho trivial: se pondría de manifiesto, en toda su extensión y profundidad, pero también en su completo y definitivo anacronismo, el marco clerical-fascista en que ha podido funcionar el malgobierno democristiano por medio de una serie de delitos clásicos. Delitos, consiguientemente, no delictivos, por ser consustanciales a la realidad del país, y por tanto (como los mussolinianos) perpetrados en el fondo en su ámbito y con su consentimiento. Durante los primeros veinte años del régimen democristiano se ha gobernado a un pueblo históricamente incapaz de disentir: exactamente igual que durante el ventenio fascista, igual que en el siglo XIX pontificio o borbónico, e incluso igual que en los siglos feudales.

Segundo hecho trivial: la calificación de «antifascista» (con la que insisten en honrarse incluso destacados hombres de la izquierda, que en esto no se distinguen en nada de los democristianos) se convierte en un sinónimo absurdo, o hasta ridículo, de antiborbónico o antifeudal...

Tercer hecho trivial: un país que ya no es clerical-fascista y un pueblo que ya no es religioso no pueden dejar de hacer pesar su propia realidad sobre «el Palacio», anulando sus códigos y convirtiendo las maniobras de los poderosos en automatismos enloquecidos (de los que también son cómplices los opositores).

Hecho esencial: lo que por el contrario pondría en claro el Proceso —de modo fulgurante y definitivo— es en qué contexto deja de ser clerical-fascista gobernar, y *que no haberlo entendido es precisamente el auténtico crimen político de los democristianos.* El Proceso pondría en claro —de modo fulgurante y definitivo— que

gobernar y administrar bien ya no significa gobernar y administrar bien en relación al viejo poder, sino en relación al *nuevo poder.*

Por ejemplo: los bienes superfluos en cantidades enormes; he aquí algo completamente nuevo en toda la historia italiana, hecha de puro pan y miseria. Haber gobernado mal significa pues no haber sabido hacer que los bienes superfluos fueran un hecho positivo (como objetivamente debería ser); sino, por el contrario, haber dejado que fueran un hecho corruptor, de salvaje destrucción de valores morales, de empeoramiento antropológico, ecológico y civil.

Otro ejemplo: la democratización que se deriva del consumo extremadamente amplio de bienes (incluidos ¿por qué no? los bienes superfluos); he aquí otra gran novedad. Pues bien: haber gobernado mal significa no haber hecho que esa democratización fuera algo real y vivo, sino que, por el contrario, fuera un horrible achatamiento o una descentralización puramente retórica (gestionada en general por progresistas ilusos).

Un ejemplo más: la tolerancia, que el nuevo poder ha concedido graciosamente en su propio interés, es también una gran novedad. Haber gobernado mal —una vez más— consiste en no haber hecho de esa tolerancia una conquista, sino en haberla transformado en la peor intolerancia real que se haya visto jamás (o sea, la tolerancia de una mayoría, que se ha hecho inmensa a partir de su nueva «cualidad» de «masa», que en realidad sólo tolera las infracciones que le resultan cómodas a ella misma).

Por consiguiente, en mi afán didáctico, insisto: gobernar bien o administrar bien ya no tiene nada que ver con gobernar bien o administrar bien en relación al mal gobierno o a la mala administración clerical-fascista (y por tanto democristiana). La moralidad política ya no consiste en compararse con la inmoralidad clerical-fascista y acaso en vencerla, cosa que los democristianos, en calidad de cristianos, siempre han dicho de boquilla que querían hacer. Por tanto, si los comunistas —en las administraciones regionales, provinciales y municipales— se limitaran a atenerse a una moralidad política así *no serían más que los auténticos democristianos.*

Pero —y ésta es la cuestión— aun en el caso de transformar los bienes superfluos, la democratización consumista y la falsa tolerancia en algo avanzado, vivo y real —incluso en ese caso—, *los comunistas no serían más que los auténticos democristianos.* ¿Por qué? Porque bienes superfluos, democratización consumista y tolerancia son fenómenos característicos del nuevo poder (el nuevo modo de producción), y ese nuevo poder (ese nuevo modo de producción) es capitalista.

Bolonia es en realidad un ejemplo de cómo los democristianos hubieran debido administrar una ciudad.

Pero es aquí donde se llega al «envés» del presente escrito (que la presencia de un Proceso vuelve manifiestamente novelesco...).

El «envés» consiste en lo siguiente: la *continuidad* democristiana, que en realidad desean todos sin distinción —enredando la terrible «crisis» que todos sin distinción aceptan y escenifican— en realidad *no es posible*.

De hecho los democristianos, para poder gobernar siquiera en el flujo hipócrita de esa *continuidad*, a estas alturas tienen que intentar identificar y analizar, siquiera en el plano puramente práctico (sólo son capaces de eso), la «novedad del poder»; una «novedad del poder» que si ellos la identificaran y la analizaran inevitablemente acabaría liquidándoles.

De igual modo los comunistas —en el caso de que aceptasen tal *continuidad* sin un Proceso— sólo podrían hacer morali, pero no política. Pues también ellos, al identificar mediante un sincero y profundo análisis político esa «novedad del poder» que los democristianos no quieren ni pueden identificar, acabarían anulados como comunistas por esa novedad (se verían reducidos, justamente, a sustitutos de los democristianos).

¿Puedo ahora intentar hacer una previsión, carente por supuesto de buen gusto?

Primero: es inevitable que el vacío de poder democristiano sea colmado por el poder comunista, y esto más allá del «compromiso histórico». Este «compromiso» era aceptable y concebible sólo y exclusivamente con la masa de trabajadores católicos. Pero esos trabajadores católicos ya no existen (como no sea «nominalmente», o en los últimos reductos de la Italia humilde). Además, es inevitable que si el poder comunista llena el vacío de poder democristiano, inicialmente sólo pueda hacerlo como «ersatz», pero acabe asumiéndolo efectivamente como «poder comunista».

Segundo: la desaparición de las masas de trabajadores católicos, y especialmente como es natural de los campesinos, transforma completamente el sentido de la Iglesia, que hasta hace diez años todavía podía proporcionar a los democristianos los principios morales y espirituales adecuados para el «buen gobierno» (da risa decirlo). Ahora la Iglesia no es más que una potencia financiera y por tanto una potencia extranjera.

Tercero: en Italia no hay cobre, ni está la ITT[3]. Pero en Italia hay importantísimas bases de misiles. Las multinacionales se han ido, pero ¿para siempre? ¿Y la CIA?

Cuarto: el desmantelamiento natural de la *continuidad* democristiana —arrollada por la repercusión sobre Palacio de una nueva realidad del país— se resolverá probablemente con la formación de un pequeño partido católico socialista (ya no de carácter

3. Alusión a Chile (donde sí hay cobre y estaba la ITT) y al entonces reciente golpe de estado contra el gobierno de Unidad Popular de Salvador Allende [N.d.T.].

campesino, sino urbano) y un gran partido teológico: un Tecnofascismo, financiado pues por dos potencias extranjeras, y en situación de hallar, en las enormes masas «imponderables» de jóvenes que viven un mundo sin valores, una poderosa tropa psicológicamente neonazi.

Y llegados a este punto podemos, creo que con justificada ansiedad, «salir de la metáfora» y dar una connotación concreta y real a nuestro Proceso de fábula. La imagen de los hombres de poder democristianos esposados entre carabineros es una imagen sobre la que hay que reflexionar seriamente.

Pero ¿he de hacerlo yo solo en medio de un bosque de encinas? Esta vez no acepto ser ignorado, humillado, abandonado a mi monólogo como dice Carlo Bo. Haré pues un llamamiento nominal, aunque sea limitado y algo sectario. Para decir si hay materia para un auténtico Proceso a los hombres de poder democristianos, y cómo formalizarlo jurídicamente, quisiera que interviniese Vittore Branca. Para discutirlo, quisiera que contribuyesen Leo Valiani (tal vez para rehabilitarse de una discusión más bien vacua sobre el viejo fascismo); Claudio Petruccioli (uno de cuyos editoriales en *L'Unità* he tomado como «muestra» de la actitud actual de los comunistas); Italo Zanetti (de cuya revista he extraído casi todas las informaciones sobre las que he basado este escrito mío); Giorgio Bocca (que así podría emplearse a fondo en una batalla difícil y dejar de caer obtusamente en la trampa de las provocaciones que él mismo extrapola), y Alberto Moravia (que siempre tiene algo inteligente que decir, sobre todo cuando se libera de las sugerencias del Eclesiastés).

Querido Director,

Al final de mi artículo «El Proceso» publicado en *Il Corriere* de ayer, 24 de agosto, he incurrido en dos *lapsus* graves: he escrito Vittore Branca en vez de Giuseppe Branca, e Italo Zanetti en vez de Livio Zanetti. Evidentemente, como al final del artículo he pretendido bromear un poco cuando en realidad me temblaban las manos, he sido castigado justamente por mi Censor. Aunque no muy severamente, porque en cuanto a los Branca, creo que habrá quedado claro para todos que me refería al Branca jurista, al grande y angélico jurista; y, por lo que hace a Zanetti, la única atroz duda posible es que haya cometido una consubstanciación inconsciente, completamente ilógica, ¡con Italo Pietra!

Suyo

Pier Paolo Pasolini

Il Corriere della Sera, 24 de agosto de 1975.

RÉPLICAS

Leo Valiani (*Il Corriere della Sera* del 28 de agosto).

En toda la historia de la humanidad creo que a pocos hombres les ha tocado vivir en pocos años (seis o siete) cambios más radicales que los que han vivido los italianos adultos desde finales de los años sesenta hasta hoy. A mí, por ejemplo, me ha tocado ver cómo la más simpática juventud de Italia se convertía en la más odiosa. Y esto no tiene nada de impreciso, incierto o gradual. No: la transformación ha sido un hundimiento total y absoluto. Estoy pensando en la juventud proletaria y subproletaria romana. Pero creo que se puede decir lo mismo de toda la juventud italiana. Dejo a quien la quiera la posibilidad de señalar excepciones. Yo mismo —aparte de las excepciones obvias de grupos o de individuos, o bien las excepciones ideológicas sostenidas por la segura realidad de los hechos, como la excepción de todos los jóvenes inscritos, pero inscritos de veras, en el PCI— me atrevería a decir, por ejemplo, que el conjunto de la juventud proletaria y subproletaria de Nápoles es la excepción de la regla (y añadiría también la juventud de otros reductos de provincias que han quedado resguardadas del desarrollo, como por ejemplo el Alto Lazio, donde la bondad, el respeto y la dignidad sobreviven aún).

Pero la regla relativa a la masa, es decir, a los millones de jóvenes italianos, es la regla de la degradación. Y en Roma, concretamente, lo es de un modo intolerable. Mirad las caras de los dos hermanos Carlino (que asesinaron a un automovilista por una discusión de tráfico, destrozándole y partiéndole la cabeza sobre el asfalto). No veréis los horribles, pálidos, desfigurados y babeantes rostros de dos asesinos: veréis las caras de toda la juventud popular romana. En Torpignattara —donde nacieron y vivieron—, la mayoría de los jóvenes son ya como ellos.

Hay que añadir —lo sé: con la más tremenda falta de piedad— que esta mayoría de jóvenes, ciertamente, ha votado al PCI. Por consiguiente: ¿puede seguir viviendo y actuando un hombre adulto que ha padecido (salvajemente) un cambio semejante?

Para hacerlo se necesita tener la energía de «readaptarse», lo que resulta igualmente degradante si cualquier «readaptación» consiste en pactar con el mal; y, además, se necesita tener el valor de abandonar —del bagaje de ideas propio— justamente las ideas clave, las más seguras y las más consoladoras.

Es posible que, como intelectual, mi caso sea algo particular, arrojado como un bribón fuera de Palacio —por mi propia voluntad—, por las calles (de Torpignattara). Pero no creo que se pueda justificar la figura de un intelectual que hoy siga juzgando el mundo tal cual es según los patrones de ayer, y que, por tanto, no esté obligado a «readaptarse» y a revisar por completo su saber.

Hace ya mucho que condensé mis polémicas sobre el antifascismo. Nadie ha respondido jamás a estas polémicas mías como no fuera de un modo racista, esto es, sacando consecuencias a partir de mi persona. Lo que yo digo no merece otra cosa que ironías, burlas y acusaciones: yo no soy una persona seria.

Pero ¿y Mister Huly Long y Mister Geoffrey Barraclough? El primero ha dicho la siguiente frase: «El fascismo puede resurgir de nuevo si se presenta como antifascismo», y el segundo la ha citado y aprobado (cf. *L' Europeo* del 29 de agosto).

Pues bien: todo apunta a que Mister Huly Long y Mister Geoffrey Barraclough, dos ilustres economistas americanos, son personas serias. Incluso Valiani puede tenerlos en cuenta.

La óptica del mundo ha cambiado completamente; la realidad, por decirlo así, ha «dado la vuelta». La pobreza ya no es la pobreza de antes del Consumismo. Aunque volviera cierta pobreza —típica en los regímenes dictatoriales—, esa pobreza sólo sería bienestar frustrado, fracasado. Esto al menos en Europa, en Italia. La pobreza chilena tal vez es aún la clásica. Pero a un eventual Pinochet italiano ni siquiera se le ocurriría pensar en restablecer la pobreza de otros tiempos por medio de un régimen neo-represivo: únicamente se propondría proteger el «desarrollo» tal como lo quieren los amos (y eso aún es posible). Hedonismo y falsa tolerancia seguramente se conservarían en gran medida. También el espíritu laico que va ligado al consumo. Los votos de los campesinos y de los pequeño-burgueses que el 15 de junio optaron todavía —masivamente en el fondo— por la DC son votos «numéricos», sin calidad (que desde el punto de vista de los católicos sólo puede ser «buena calidad» católica), pues ya están irremisiblemente contaminados por el laicismo consumista. Y la cuestión es lamentablemente simétrica de lo que decía antes a propósito de los votos comunistas de la juventud subproletaria ro-

mana: también son votos numéricos, pero de pésima calidad. En realidad los dos hermanos Carlino son dos típicos jóvenes «nuevos» que viven la pérdida de valores, y que, a la espera de valores nuevos, se han endurecido con una ferocidad propia de SS.

Cuando Leo Valiani desdeña y condena con dignas palabras lo que yo digo del antifascismo como sinónimo de anti-borbónico o anti-feudal (puesto que el burdo y «pobre» fascismo mussoliniano ya no existe, como tampoco existe la Italia que lo consintió), hace algo que está de más: una profesión de fe en un valor que no se halla en circulación. Valiani es, precisamente, el italiano adulto que no sabe readaptarse; que no sabe cambiar —en el bagaje de ideas propias— las ideas clave, las más seguras y las más consoladoras. Todo esto, por lo demás, es humano y comprensible; es una manera de seguir viviendo.

Pero cuando Leo Valiani habla de la alternativa «laica» —entre DC y PCI—, incurriendo de paso en una extraña equivocación al suponerme una aversión simétrica hacia la DC y hacia el PCI, cuando está muy claro que yo sería feliz si el PCI accediera al poder aunque fuera parcialmente, comete, como historiador, un auténtico error histórico. El laicismo al que se refiere Valiani es una forma cultural de la mejor burguesía (una desesperante minoría a la que yo, por lo demás, también pertenezco) que el pueblo no sólo jamás ha compartido sino que ni siquiera ha sospechado nunca que existiera. Cuando el viejo fascismo se hizo con el poder en la Italia pobre, el pueblo vivía únicamente su *propia* cultura arcaica, aunque ésta fuera, en tanto que campesina, acomodaticia. Respecto de la subcultura de los fascistas y respecto de la cultura de los antifascistas laicos, el pueblo permanecía completamente ignorante de ellas: mucho más de la mitad de la población campesina era incluso literalmente analfabeta. Ahora el Consumismo ha sacado a Italia de su pobreza, premiándola con un bienestar (ruin) y con una cierta cultura no-popular (humillante: obtenida por medio de la imitación de la pequeña burguesía, de una estúpida enseñanza obligatoria y de una televisión delictiva). De ello ha nacido el «laicismo consumista», que, al absorber el viejo laicismo «noble» a que se refiere Valiani, lo ha vuelto trivial.

Por último, debo decir que la intervención de Valiani me ha dejado completamente desilusionado, pues aquello por lo que le pedía que interviniese era el eventual proceso penal contra una docena o una veintena de hombres de poder democristianos que han reducido la Italia de 1975 a condiciones tal vez peores que las de 1945. Valiani ha evitado hablar de esto. Lo cual, como es natural, me molesta.

Luigi Firpo (*La Stampa* del 31 de agosto).

Es muy dudoso que hoy se pueda ser un buen «historiador» sin conocer a fondo —como ciencias *propias*— la etnología, la historia de las religiones y, sobre todo, la antropología cultural. Pero Firpo ni siquiera se plantea esta cuestión. No obstante...

Es cierto que Firpo habla de «la elegancia» de la respuesta de Valiani, pero nada hay más ofensivo que hablar de «la elegancia» de alguien (pues así nos situamos en el ambiente adecuado para la frivolidad).

Es cierto que Firpo se erige en portavoz de los bienpensantes y se presenta a sí mismo como una persona bienpensante al polemizar conmigo; sin embargo no ha leído, como hubiera sido su deber, mi libro (*Scritti corsari*), donde ya se daban muchas de las respuestas a sus objeciones.

Es cierto que Firpo dice que algunas de mis acusaciones (o cargos) contra los hombres de poder democristianos responsables de un mal gobierno llevado hasta límites delictivos son demasiado genéricas, fingiendo ignorar que he formulado a posta acusaciones precisamente genéricas (es decir, morales y no jurídicas).

Es cierto que Firpo finge caer en la trampa de una de mis paradojas (esos hombres de poder democristianos, decía, también han sido responsables «de la decadencia de la Iglesia»; responsabilidad que, con ironía manifiesta, he incluido en la lista situándome en el punto de vista de los democristianos mismos: para indicar el «colmo» de su inconsciencia).

Es cierto que Firpo fundamenta subrepticiamente mi «reaccionarismo» precisamente a partir de este cargo (la decadencia de la Iglesia), empleando argumentos sobre la decadencia de la Iglesia que parecen copiados al pie de la letra de mis *Scritti corsari,* que él (bastante poco honradamente) no ha leído.

Es cierto que Firpo, desdramatizando maliciosamente mi furor anticonsumista, afirma que es preferible la lectura (actual, por parte del pueblo alfabetizado) de «semanarios envilecedores, escandalosos y pornográficos» que la lectura *d'antan* de las aleluyas y de las estampitas. Revela así toda la vulgaridad de la clase intelectual italiana. En realidad tales semanarios no son más que aleluyas. Pero el mito que hay detrás de la irrealidad de esos semanarios es ciertamente más innoble que el mito que había detrás de la irrealidad de las vidas de santos. Además, sólo un laicismo y un progresismo de pacotilla pueden inducir a pensar que la escuela media obligatoria tal como es *hic et nunc* en Italia no constituye un crimen.

Es cierto que Firpo iguala a Italia, por la difusión de la «cultura de masas» y de los *mass media,* con los demás países europeos, sin tener en cuenta (me remito de nuevo, *passim* y obsesivamente, a los

Scritti corsari) que los demás países europeos llegaron preparados a la aculturación consumista de masas al haber pasado por otras tres grandes aculturaciones anteriores: la monárquica-estatal, la de la revolución burguesa y la de la primera revolución industrial. Lo que hace de Italia un caso único (al que se parecerán posiblemente los países aún subdesarrollados hoy).

Es cierto que Firpo tiende a absolver a los hombres de poder democristianos de la responsabilidad de no haber frenado, identificado o, por lo menos, intuído, la explosión «salvaje» de esa nueva forma de cultura —es decir, de poder—, como si se tratase de una catástrofe natural; mientras que es precisamente aquí donde radica su principal culpa, y es precisamente ahí donde hay que buscar la causa principal de la actual destrucción de Italia.

No obstante —a pesar de todo— en substancia la intervención de Firpo no puede dejar de considerarse como la de un testigo de cargo, aunque débil, para el eventual Proceso. Proceso que, de acuerdo, estoy dispuesto a contemplar incluso como más próximo al de Nixon que al de Papadopulos —visto que Firpo, perplejo, se empeña en puntualizar que los «imputados» todavía están en el poder—. ¡Diablos! Es cierto; aún están en el poder.

Il Corriere della Sera, 9 de septiembre de 1975.

«SU ENTREVISTA CONFIRMA QUE ES NECESARIO EL PROCESO»

Señor Presidente[1]: he leído con gran emoción el resumen, aunque sea fragmentario y con digresiones, de sus charlas de agosto. En ellas se expresaba usted con la ansiedad y el sentimiento de impotencia de un ciudadano italiano cualquiera, cuya visión de las cosas sólo puede ser parcial. Eso daba nobleza «democrática» a sus palabras. Le convertía a usted en «uno de nosotros». Y éste es el motivo por el que le escribo esta carta.

Quisiera detenerme en dos puntos. Y más adelante en un tercero.

El primer punto tiene que ver con la frase (polémica respecto de algunos grandes países europeos) en la que usted presenta a Italia como un país considerado injustamente como de «Segunda División». «No puede haber países de Primera División y países de Segunda División», dice usted. Es cierto: no pueden y ni siquiera deben existir. Pero los hay. La realidad es que Italia es un país de Segunda División: eso se desprende inequívocamente de sus propias palabras. Que son palabras prudentes aunque sinceras. Yo, que puedo permitirme no ser prudente, le diré incluso que Italia es algo mucho peor que un país de Segunda División. La expresión futbolística no es más que un eufemismo. Italia —y no sólo la Italia de Palacio y del poder— es un país ridículo y siniestro: sus hombres de poder son máscaras cómicas vagamente manchadas de sangre: «mestizajes» de Molière y el Gran Guiñol. Pero los ciudadanos italianos no les van a la zaga. Los he visto: los he visto como muchedumbre en agosto. Eran la imagen del más desfachatado frenesí. Ponían tal empeño en divertirse a toda costa que parecían en «éxtasis»; resultaba difícil no considerarlos aborrecibles o, en cualquier caso, culpablemente inconscientes. Especialmente los jóvenes. To-

1. El Presidente de la República era a la sazón el democristiano Giovanni Leone [N.d.T.].

das esas parejas imbéciles, cogidas siempre de la mano, con aire de mutua y romántica protección e inspirada seguridad en el futuro.

Han sido engañados, burlados. Un vuelco imprevisto y violento (por lo que hace a Italia) del modo de producción ha destruido sus anteriores valores «particulares» y «reales», cambiando su modo de ser y su comportamiento; y los nuevos valores puramente pragmáticos y existenciales del «bienestar» les han despojado de toda su dignidad. Pero no ha bastado con eso: después de convertirlos en monstruos (marionetas manejadas por una mano «nueva», y por tanto como enloquecidas), resulta que el bienestar, causante de su monstruosidad, desciende, mientras que el baile de las marionetas continúa.

El segundo punto se refiere a su frase «es necesario trazar una imagen de nuestro porvenir para que nuestro país pueda depositar su confianza en ella». Ahora bien: su discurso «democráticamente» gris y deliberadamente aideológico —la charla «civil» de un ciudadano cualquiera— no prevé la politización de la expresión (exquisitamente moral) «imagen de nuestro porvenir». Ahora bien: la principal cualidad de cualquier ciencia consiste en ser profética. Cualquier intervención científica, sobre cualquier problema, no es otra cosa que una previsión del futuro. La política es, en concreto, la ciencia que nos puede dar una «imagen de nuestro porvenir». Y por ser más precisos la economía política. O sea, en concreto, el examen del nuevo modo de producción (nuevo, se entiende, en Italia, país que jamás había experimentado ningún proceso de unificación, ni a través de la revolución burguesa ni a través de la revolución industrial). Un nuevo modo de producción *que no es sólo producción de mercancías sino también producción de humanidad*, según dicta justamente la ley elemental de la economía política.

¿Cree usted que la democracia cristiana se halla políticamente en condiciones de hacer una previsión de este tipo, al margen del puro pragmatismo (católico y por tanto cínico) al que se ha entregado exclusivamente hasta ahora? ¿Lo cree realmente?

Y henos aquí en el tercer punto. Usted, tal vez sólo eufemísticamente (¡milagros del lenguaje de los políticos!), dibuja un cuadro apocalíptico de Italia: según sus palabras, nada funciona; y no sólo prácticamente sino tampoco, por decirlo así, espiritualmente.

Esta desesperada y degradante situación de nuestro país será pues, lógicamente, efecto de alguna causa. A menos que Sade tenga razón —y acaso la tiene de verdad— al decir, fulminante, que «las causas tal vez les son inútiles a los efectos». Pero aunque Sade pueda ser una tentación para mí, como literato, ciertamente no puede serlo para un político. Habrá que indagar racionalmente las causas de ese efecto que es la desesperada y degradante situación de nuestro país, que usted tan justamente describe y lamenta.

¿Cuáles son esas causas?

Hay una primera causa que en realidad resume todas las demás causas posibles, y es la absoluta y total falta de cualquier ideología que no sea de carácter moral, espiritual y religioso —y por tanto verbal— en su partido, la democracia cristiana.

Siento una gran pena (hermana del desprecio) cuando algún político democristiano (incluso respetable, ¿por qué no?; el último ha sido Zaccagnini) trata de hacer como Anteo, que recuperaba sus fuerzas cayendo a tierra, y se remonta a la tradición ideológica (?) democristiana desempolvando con veneración a De Gasperi[2]. Sin embargo De Gasperi políticamente no era nadie.

Sin sombra alguna de pensamiento político, la democracia cristiana ha gobernado según los modelos pragmáticos —y por tanto obviamente miméticos, genéricos e inertes— del capitalismo occidental: lo ha hecho mezclando diabólicamente esos modelos con los modelos espirituales de la Iglesia. Y esto durante los primeros veinte años del régimen.

En los últimos diez años, el «nuevo modo de producción» ha destruido el marco antropológico clerical-fascista del País que había alrededor de la democracia cristiana, creando uno (falsamente) laico y (falsamente) tolerante.

Sin sombra alguna de pensamiento político, la democracia cristiana ni siquiera se ha dado cuenta de ello, y ha seguido gobernando como si el modo de producción fuera aún el de los tiempos de Giolitti o de Mussolini. Esto es lo que ha provocado el desastre actual.

Los bienes superfluos se pueden permitir, y distribuir, asumiendo como contexto digamos que espiritual el Hedonismo y el Placer, únicamente a condición de que estén asegurados los bienes necesarios: viviendas, escuelas, hospitales y todos los demás servicios públicos (cosas éstas que los países de Primera División previeron en la primera revolución industrial, de modo que de alguna manera llegaran preparados a la segunda, bastante más importante desde la perspectiva «milenarista»).

Pero la democracia cristiana no es una «señal» abstracta; no es el destino.

Más que cualquier otro partido —precisamente por su mero pragmatismo o, si se prefiere, por su mero moralismo— la democracia cristiana *es* lo que son sus hombres.

Llegados a este punto, señor Presidente, ya no puedo dirigirme directamente a usted. Usted ni siquiera puede oir estas palabras, pues atentarían contra su forzosa imparcialidad. No deseo arrastrarle a una desagradable polémica, y por tanto le propongo que considere esta última parte de mi carta como un simple apéndice.

Muchas veces me he preguntado: ¿de dónde nace en un hombre

2. Primer dirigente de la DC y presidente de la República de 1945 a 1953 [N.d.T.].

la vocación de gobernar? ¿Cómo clasificar esa vocación, qué es lo que la impulsa? ¿Se parece acaso a la de representar, a la de inventar, a la de escribir, a la de jugar al fútbol, etc.? No he conseguido obtener una respuesta. La vocación de gobernar sigue siendo, en sí misma, un enigma. Al menos en lo que respecta a mi experiencia práctica e histórica en Italia. Sin embargo, gobernar es un fenómeno estrechamente ligado, o incluso incorporado, a otro: el de detentar el poder. En mi opinión, pues, la pura y simple vocación de gobernar, al menos en Italia, no existe; en realidad cualquier vocación presupone una cualidad, un talento sin el cual simplemente no existiría: sin él sería una mera veleidad, que se desvanece inmediatamente tan pronto como entra en contacto con la realidad. En cambio, una vocación que en Italia existe sin duda es la vocación de detentar el poder. Algo que, lamentablemente, se puede concebir y realizar por todas las ventajas que se derivan de detentar el poder (manejar mucho dinero; clientelas; sicarios). Por tanto, según parece, en Italia gobernar no sería más que una obligación molesta y desagradable que ha de asumir quien quiere detentar el poder.

¿Son suposiciones? Tal vez. Pero no importa. De todos modos, no alteran substancialmente mi razonamiento. Al contrario: digamos incluso que quienes nos han gobernado durante los últimos diez años en Italia en absoluto han considerado que gobernar sea una fastidiosa obligación necesaria para detentar el poder, sino que, por el contrario, nos han gobernado por una pura y desinteresada vocación de gobernar.

Gobernar implica no obstante unas responsabilidades, incluso cuando se trate de algo puro y desinteresado y por tanto le dé a quien gobierna satisfacciones meramente espirituales.

Si quien gobierna lo hace bien, es justo que sea recompensado con tales satisfacciones (incluso puedo llegar a admitir que si quien gobierna, gobierna bien, no hay que impacientarse si se da también alguna pequeña satisfacción material, o sea, si roba). Pero si quien gobierna lo hace mal, debe saber afrontar o aceptar afrontar la responsabilidad que ha asumido.

Si además su mal gobierno llega al extremo del delito —como ha sucedido con Nixon y, a un nivel brutal, con Papadopulos— me parece justo que una verdadera democracia deba llegar aunque sólo sea formalmente a las últimas consecuencias, es decir, al proceso. Idea, ésta, que ya he reiterado en varias ocasiones (*Il Mondo* del 28 de agosto de 1975 e *Il Corriere della Sera* del 24 de agosto de 1975).

Señor Presidente: de sus conversaciones de agosto resulta extremadamente claro que, en el plano de los hechos (y usted mismo parece aludir a ello), la Italia de 1975 es muy parecida a la Italia de 1945. Está destruida y hay que reconstuirla. Al no haber en política efectos sin causas, los culpables de entonces fueron trágicamente al

encuentro de su destino; pagaron trágicamente su responabilidad. Y, como dice Panagulis al comentar el proceso de Atenas, eso ocurrió en el momento justo; hubiera sido una desgracia que sucediese más tarde. Yo no pido ahora tragedias, ni me importan los castigos. Pero creo que no se puede trazar una consciencia política de la «imagen de nuestro porvenir» si antes no se consolida una consciencia política escandalizada y sin ningún tipo de conformismo acerca lo que ha sido el pasado reciente. Y sólo procesando a los responsables puede llegar Italia a procesarse a sí misma, y hallar su identidad.

Il Mondo, 11 de septiembre 1975.

TAMBIÉN HAY QUE PROCESAR A DONAT CATTIN

Donat Cattin[1] ha concedido una breve entrevista a Piero Ottone[2] (en *Il Mondo* del 18 de septiembre). Piero Ottone la ha publicado sin comentarios ni acotaciones: una simple serie de preguntas y respuestas. Suele suceder a menudo que en las «preguntas» del entrevistador se incluya algún comentario, bastante legible: Ottone incluso ha evitado esto. Queda pues —en la página de *Il Mondo*—, el razonamiento puro y duro de Donat Cattin. Quiero subrayar inmediatamente lo «revelador» de este texto. Palabra por palabra, mis ojos se iban abriendo en realidad a algo. Seguramente un hombre que recibe una despiadada carta anónima informándole de la traición de su mujer debe experimentar un sentimiento similar: también él, justamente, ve revelarse *palabra por palabra* —incalificable y oscura en un primer momento, aunque ya irreparable— la verdad.

Si mi particular «historia de ciudadano escandalizado» le interesara al lector, diría que este texto de Donat Cattin es, en esa historia, la segunda piedra miliar. La primera había sido un texto muy parecido a éste: una breve conversación —una brusca llamada telefónica— publicado en *L'Espresso* del 10 de marzo de 1974, en una página casi idéntica tipográficamente a ésta de *Il Mondo*. En ella Andreotti amenazaba a Fanfani con revelaciones a propósito del «asunto Montesi»[3] para vengarse de una amenaza de revelaciones

1. Dirigente de la izquierda democristiana, a la sazón ministro de industria [N.d.T.].

2. Prestigioso director del *Corriere della sera* y responsable directo de la colaboración de Pasolini en el diario [N.d.T.].

3. Referencia a la aparición del cadáver de la joven Wilma Montesi en una playa de Torvajanica en la primavera de 1953. Pese a que la investigación policial concluyó que la muerte fue debida a un baño inoportuno, al año siguiente surgió la hipótesis de un homicidio perpetrado durante una orgía entre personajes conocidos, uno de los cuales, Ugo Montagna, erá amigo de algunas personalidades democristianas y del propio jefe de la policía. El asunto se cerró con la dimisión del ministro de exteriores Attilio Piccioni, cuyo hijo Piero estaba al parecer involucrado en el caso [N.d.T.].

análoga por parte de Fanfani a propósito de la financiación de los partidos.

Sé muy bien que no se necesita gran cosa para acusar y tal vez arrestar en la sala, durante un proceso, a un pobre diablo como testigo reticente. Pues bien: en aquel marzo de 1974 Fanfani hizo saber públicamente sin el menor escrúpulo que sabía algo en torno a la financiación de los partidos; y a su vez Andreotti hizo saber públicamente, con idéntica falta de escrúpulos, que sabía algo sobre el «asunto Montesi». ¿Y la Magistratura? (me preguntaba yo escandalizado como un niño). ¿Ningún magistrado sintió la curiosidad de escuchar, en atención a dos delitos tan importantes, a dos testigos tan autorizados?

Todavía sigo turbado al hacerme esta pregunta.

El texto de estos días debido a Donat Cattin, a través de la objetiva mediación de Piero Ottone, no es tan grave. Pero Donat Cattin siempre se había presentado como un democristiano de izquierda (como suele decirse algo insensatamente); y yo, crédulo en cuestiones de práctica política, acaso por comodidad, me había quedado con esta cristalización de la figura pública de Donat Cattin. El que se escandaliza (escribí en otra ocasión) cae siempre en la banalidad; pero, añado ahora, también está siempre mal informado.

¿Qué me ha revelado —escandalizándome— el texto de Donat Cattin?

Después de algún que otro rodeo —en ese italiano presumiblemente grabado del que basta leer dos líneas para que se dispare el «clic» de un afligido Spitzer[4]— vengo a saber que Donat Cattin —que es en la actualidad ministro de Industria— posee la «documentación sobre los abusos y los enredos en torno a Gioia Tauro»; que ha pasado esta documentación a un semanario; y que este semanario no la ha publicado «porque están implicados los socialistas».

Me pregunto: ¿acaso vivir una deformación profesional objetivamente enorme, como la que se deriva de detentar el poder y de gobernar, le ha hecho perder a Donat Cattin *el sentido de la realidad* hasta el punto de prescindir por completo —como sucede en los extravíos totales— de la menor prudencia?

En la realidad, si un ministro tiene una «documentación sobre los abusos y los enredos en torno a Gioia Tauro» no le pasa esa documentación a un semanario: la traslada a un Procurador de la República.

En la realidad, si en tales «abusos y enredos» (que no pertenecen claramente solo al orden de la moral sino también, y en primera instancia, al orden penal) están implicados los socialistas, un minis-

4. Alusión a L. Spitzer, autor de *Romanische Stil- und Literaturstudien* (Marburgo, 1931). La alusión es un guiño para anunciar que se dispara el resorte del análisis textual [N.d.T.].

tro no alude a ellos vaga y oscuramente, sino que los señala abiertamente con nombres y apellidos, pues sabe que los ciudadanos tienen derecho a ello.

En la realidad, si en los delitos de los contratistas y allegados de Gioia Tauro también están implicados democristianos (cfr. un impresionante artículo de Roberto Fabiani, en *Panorama* del 18 de septiembre de 1975), un ministro, con mayor razón, los señala abiertamente con nombres y apellidos, pues callar el delito deja de ser una cuestión (me parece que se dice así) de discreción y se convierte en complicidad.

Además está lo más «escandaloso» de todo, lo más desesperante, lo más desalentador... Lo que cierra todas las posibilidades para el futuro por afectar a los principios, a los fundamentos mismos de la Democracia Cristiana.

Sobre los principios y los fundamentos de la Democracia Cristiana, Donat Cattin desempolva fórmulas atroces que parecían olvidadas para siempre (o al menos que se habían vuelto ficticias).

Donat Cattin habla de Estado liberal y cultura occidental (*sic!*); sin embargo, desafío a Donat Cattin a que me demuestre públicamente que Estado liberal y cultura occidental no son, en el caso de Italia, dos *flatus vocis,* absolutamente intraducibles en términos de política y mucho menos en términos de economía política.

«Somos un partido social-cristiano», añade inmediatamente después Donat Cattin para quien no dé crédito a sus ojos. ¿Qué quiere decir «social-cristiano» políticamente? «Cristiano» no es una palabra política, y «social» es puro verbalismo político (que en sí mismo no significa nada: «socialismo», «socialdemocracia», «nacionalsocialismo», «movimiento social», etc.). Pero admitamos, por reducción al absurdo, que cierta moralidad pueda ser traducible de algún modo en términos políticos; pues bien: en ese caso, ser «social-cristianos» significaría ser buenos. Es decir: tomar decisiones políticas en beneficio de los «hermanos». Pero creo que son muy pocos los ciudadanos italianos (ante la espera urgente de un mínimo de reformas reales y ante la inmediata de los nuevos contratos) que no se sienten ofendidos al ser considerados «hermanos» de un hombre de poder democristiano (de alguno que esté al menos un escaloncito por encima de un pobre párroco o del alcalde de un pueblo de seis mil habitantes)

En cuanto a la vuelta a la «inspiración ideal» y a De Gasperi, a medida que leía me parecía estar soñando. Nada más alucinante que la «comprobación» en concreto de algo que se había previsto y descrito como norma o como posibilidad. Yo decía exactamente (en *Il Mondo* del 11 de septiembre): «Siento una gran pena (hermana del desprecio) cuando algún político democristiano [...] trata de hacer como Anteo, que recuperaba sus fuerzas cayendo a tierra, y se remonta a la tradición ideológica (?) democristiana, desempolvando

con veneración a De Gasperi. Sin embargo De Gasperi políticamente no era nadie».

Y lo que son las cosas: ahora veo que Donat Cattin sigue al pie de la letra lo que dije, con un automatismo casi de pesadilla. ¡Los «principios ideales»! ¡La gran sombra de De Gaperi! ¿Nos gobierna *his fretus* Donat Cattin? Pero la cosa no acaba aquí. Apelando a los «principios ideales» y a la «fraternidad», Donat Cattin se compromete (con la boca pequeña) a buscar de nuevo «el contacto con las masas de la nueva sociedad industrial» (¿qué significa esto? ¿qué «contacto»?) y especialmente a «favorecer el nacimiento y el crecimiento de nuevos empresarios privados», «como Rovelli», precisa el ministro; porque «se necesita sangre nueva (*sic*), gente que sepa crear a partir de la nada» (¿de la «nada ideológica mafiosa», como, si puedo citarme una vez más, he llamado otras veces a la Democracia Cristiana?)

Viene luego una brutal toma de posición contra los sindicatos —y los jueces— a propósito del derecho de las empresas a despedir, cuando no tengan trabajo, a los obreros; y un ataque violento contra el «absentismo» de los trabajadores (hasta el punto de sugerir que «se confíe el control médico de las ausencias a los consejos de fábrica»). Recuerdo haber oído bastante a menudo la palabra «absentismo» cuando era vanguardista[5] a los catorce años. Desde entonces no la había vuelto a oir más.

Pero ahora llegamos al punto que a mí, y creo que a todos, me preocupa más.

Tras los famosos años de De Gasperi, el inspirador de la nada, llegaron, según Donat Cattin, «los áridos años del oportunismo, del poder como fin en sí mismo». Precisamente (y *porque*) mientras el «modo de producción» cambiaba, y cambiaba con él a todo el país. La sed de poder de los jefes democristianos sólo se explica de veras por su pérdida de poder real, debida a la sustitución de la Italia pobre y clerical-fascista por una Italia opulenta, aunque sea sórdidamente, y laica, aunque sea estólidamente. Entre las dos Italias hay un momento de vacío político —o sea de consciencia de lo que estaba pasando—, y es en este vacío político cuando los hombres de poder democristianos han perdido la cabeza (en el ejercicio de un poder vaciado de realidad pero no de estupidez y de prepotencia por el nuevo «modo de producción»), llevando a Italia a lo que no podía ser peor.

Donat Cattin lo sabe. Tal vez también le suena que —junto al proceso a los mafiosos democristianos, que él sabe implicados en los «abusos y enredos» de Gioia Tauro, y en otros infinitos «abusos y enredos»— en realidad habría que abrir un Proceso —no por delitos

5. «Vanguardista»: aquí en el sentido de miembro de la organización juvenil fascista [N.d.T.].

comunes, o no sólo por delitos comunes, sino por delitos políticos— contra el grupo de los hombres de poder democristianos mayormente responsables, durante estos últimos diez años, de la ruina del país.

Él lo sabe, y está de acuerdo. De hecho en la entrevista que estamos analizando aquí escribe: «Mire: yo propondría enviar a la ONU una buena delegación, compuesta por jefes y notables de la DC, sin visado de vuelta...».

¿Por qué esta condena al exilio, o al confinamiento, sin un proceso? ¿Por qué esta imitación sólo del lado peor, brutal y fascista, del Estado liberal y de la cultura occidental, que en su lado mejor prevé e incluye la destitución de Nixon y su procesamiento, al menos instruido ya que no celebrado? ¿Por qué —contra los jefes y notables democristianos— esta condena «vandálica», o sea moralmente no cristiana y políticamente no democrática, que, claro está, sólo es concebible en el *foso de los reptiles* y no *en la realidad*?.

Tal vez he sido violento —lo admito— con el ministro de Industria; tal vez hasta me he excedido; y tal vez esos datos formales de su discurso que me han hecho hablar de «vulgaridad» y «vandalismo» no son más que las cosas desagradables que surgen, bastante a menudo, de las bocas de hombres «escandalizados» (me incluyo en primer lugar). Cuando se tiene ronquera se «desafina». Donat Cattin puede, no obstante, retomar con más calma esta parte final —por lo demás valiente— de su discurso, si se distancia de ese ambiente del poder que deforma fatídicamente el lenguaje y el comportamiento de quienes se mueven en él.

Il Corriere della Sera, 19 de septiembre de 1975.

¿POR QUÉ EL PROCESO?

Queridos colegas de *La Stampa:* en un editorial del 14 de septiembre habéis escrito «el Proceso, ¿y luego qué?». Bien: si cuentan los próximos diez años de nuestra vida (es decir, si son historia), *luego* algo se sabrá. Si, por el contrario, cuentan los próximos diez mil años (es decir, la vida del mundo), *luego* todo es pleonástico y vano.

Yo, personalmente, tiendo a dar una importancia infinitamente mayor a los próximos diez mil años que a los próximos diez; y si me intereso por los próximos diez es por pura filosofía de la virtud.

¿Qué es necesario saber, o mejor dicho, qué es lo que los ciudadanos quieren saber para que los próximos diez años de su vida no les sean sustraídos (como ha ocurrido con los diez últimos)?

Repetiré una vez más la letanía, tal vez a costa de hacer, con respecto a la virtud, un mero ejercicio académico.

Los ciudadanos italianos quieren saber conscientemente por qué en estos diez años de denominado bienestar se ha gastado en todo salvo en los servicios públicos de primera necesidad: hospitales, escuelas, asilos, hospicios, espacios verdes, bienes naturales, es decir, culturales.

Los ciudadanos italianos quieren saber conscientemente por qué en estos diez años de denominada tolerancia se ha hecho aún más profunda la división entre la Italia septentrional y la Italia meridional, convirtiendo cada vez más a los meridionales en ciudadanos de segunda.

Los ciudadanos italianos quieren saber conscientemente por qué en estos diez años de denominada civilización tecnológica se han realizado desastres inmobiliarios, urbanísticos, paisajísticos y ecológicos tan salvajes, abandonando el campo a sí mismo, siempre salvajemente.

Los ciudadanos italianos quieren saber conscientemente por qué en estos diez años de denominado progreso la «masa» se ha depauperado y degradado tanto desde el punto de vista humano.

Los ciudadanos italianos quieren saber conscientemente por qué en estos diez años de denominado laicismo el único discurso laico ha sido ese discurso sucio de la televisión (que se ha unido a la escuela en una obra quizá irreversible de deseducación de la gente).

Los ciudadanos italianos quieren saber conscientemente por qué en estos diez años de denominada democratización (resulta casi cómico decirlo: ninguna «cultura» ha sido más unificadora que la «cultura» de estos diez años) las descentralizaciones únicamente han servido como cobertura cínica de las maniobras de un viejo subgobierno clerical-fascista convertido en meramente mafioso.

He dicho y repetido la palabra «por qué»: los italianos no quieren saber conscientemente que estos fenómenos existen objetivamente ni cuáles sean sus posibles remedios, sino que, ante todo, quieren saber *por qué* existen.

Vosotros decís, queridos colegas de *La Stampa*, que de hacer saber estas cosas a los italianos se encarga el juego democrático, o sea, las críticas que los partidos se dirigen mutuamente —incluso violentamente— y, en especial, las críticas que todos los partidos dirigen a la Democracia Cristiana. No. No es así. Y precisamente por las razones que vosotros mismos (contradiciéndoos) sostenéis: es decir, por la razón de que, cada cual en diferente medida y de diferente modo, *todos* los políticos y *todos* los partidos comparten con la Democracia Cristiana la ceguera y la responsabilidad.

Así pues, ante todo, los *otros* partidos no pueden dirigir críticas objetivas y convincentes a la Democracia Cristiana desde el momento en que tampoco ellos han comprendido ciertos problemas o, peor todavía, también ellos han compartido ciertas decisiones.

Además, sobre toda la vida democrática italiana se cierne la sospecha de complicidad por una parte y de ignorancia por otra, por lo cual nace —casi por sí mismo— un pacto natural con el poder: una tácita diplomacia del silencio.

Un inventario, por sumario que sea, aunque en la medida de lo posible *completo y razonado* de los fenómenos, es decir de las culpas, no se ha hecho jamás. Quizás se considera insostenible hacerlo.

Porque, a las acusaciones que he inventariado aquí, siempre a propósito de lo que los italianos quieren saber *conscientemente*, hay mucho que añadir.

Los italianos quieren saber conscientemente cuál ha sido el verdadero papel del SIFAR[1].

1. SIFAR: el servicio secreto al que se atribuyeron los principales actos de terrorismo de Estado [N.d.T.].

Los italianos quieren saber conscientemente cuál ha sido el verdadero papel del SID.

Los italianos quieren saber conscientemente cuál ha sido el verdadero papel de la CIA.

Los italianos quieren saber conscientemente hasta qué punto la Mafia ha participado en las decisiones del gobierno de Roma o ha colaborado con él.

Los italianos quieren saber conscientemente cuál ha sido la realidad de los llamados «golpes» fascistas.

Los italianos quieren saber conscientemente de qué cerebros y en qué lugares surgió el proyecto de la «estrategia de la tensión» (primero anticomunista y luego antifascista, indistintamente).

Los italianos quieren saber conscientemente quién creó el caso Valpreda[2].

Los italianos quieren saber conscientemente quiénes son los ejecutores materiales y los mandantes, nacionales, de los atentados de Milán, Brescia y Bolonia.

Pero los italianos —y éste es el nudo de la cuestión— quieren saber todas estas cosas *juntas*: y *junto con* los demás delitos potenciales con cuyo inventario he empezado. Mientras no sepamos todas estas cosas *juntas* —y mientras la lógica que las conecta y las une en un todo único se abandone a la sola fantasía de los moralistas— la consciencia política de los italianos no podrá producir nueva consciencia. Es decir, Italia no podrá ser gobernada.

El Proceso Penal del que hablo tiene (en mi fantasía de moralista) la figura, el sentido y el valor de una Síntesis. La exclusión y el proceso (instruido —decía— aunque no celebrado) de Nixon debería significar algo para vosotros, que creéis en *este* juego democrático. Si en América se hubiese desarrollado contra Nixon el juego democrático, tal como vosotros parecéis concebirlo, Nixon aún estaría allí y América no sabría lo que sabe sobre sí misma; o, al menos, no habría tenido la confirmación, por formal que sea (y es importante), de la bondad de eso que considera bueno: la democracia misma.

Pero si (como me parece evidente, con irremediable mortificación) la opinión pública italiana —que también vosotros representáis— no quiere saber —o se contenta con sospechar—, el juego democrático no es formal: es falso.

Además, si la voluntad consciente de saber de los ciudadanos italianos no tiene la fuerza de obligar al poder a autocriticarse y a

2. Pietro Valpreda fue uno de los anarquistas a los que la policía atribuyó (sin pruebas fehacientes) el atentado del 12 de noviembre de 1969 en la Banca dell'Agricoltura de la Piazza Fontana de Milán, en el que perecieron 16 personas. Valpreda estuvo tres años en prisión en espera de juicio y sólo fue declarado inocente en la tardía fecha de 1985 [N.d.T.].

desenmascararse —aunque sólo fuera según el modelo americano— esto significa que el nuestro es un país muy pobre; más aún: digamos, incluso, un país miserable.

Hay cosas, además (y en este punto sigo más que nunca en el puro espíritu de la Stoa), que los ciudadanos italianos quieren saber, aunque sin haber formulado con la suficiente claridad su voluntad de saber: eso se demuestra donde el juego democrático, precisamente, es falso; donde todos juegan con el poder; donde la ceguera de los políticos está hoy más consolidada.

Los italianos quieren saber también, por tanto, qué es con precisión la «condición humana» —política y social— en la que, casi como por una catástrofe natural, han sido forzados a vivir: primero por las ilusiones nefastas y degradantes del bienestar, y luego por las ilusiones frustantes, no del retorno a la pobreza, ¡no!, sino del recorte del bienestar.

Los italianos quieren saber también qué es, qué límites tiene, qué futuro prevé, la «nueva cultura» —en sentido antropológico— en la que viven como en un sueño: una cultura niveladora, degradante, vulgar (especialmente en la última generación).

Los italianos quieren saber también qué es, y cómo se define verdaderamente, el «nuevo tipo de poder» en el que esa cultura se ha producido: pues el poder clerical-fascista está en decadencia y hoy sólo obliga ya a «luchas retardadas» (la condena a muerte de los antifranquistas, las relaciones entre la vieja generación mafiosa y la nueva en el sur, etcétera).

Los italianos quieren saber también, sobre todo, qué es y cómo se define el «nuevo modo de producción» (del que ha nacido ese «nuevo poder» y, por consiguiente, esa «nueva cultura»); y si por casualidad ese «nuevo modo de producción» —introduciendo un nuevo tipo de mercancías y *por tanto* un nuevo tipo de humanidad— no producirá por vez primera en la historia «relaciones sociales inmodificables», es decir, sustraídas y negadas, de una vez para siempre, a cualquier forma posible de «alteridad».

Sin saber qué es este «nuevo modo de producción», este «nuevo poder» y esta «nueva cultura» no se puede gobernar; no se pueden tomar decisiones políticas (salvo las que sólo sirven para aguantar hasta el día siguiente, como hace Moro).

Los hombres de poder democristianos que nos han gobernado en estos últimos diez años ni siquiera han sabido plantearse el problema de este «nuevo modo de producción» y de esta «nueva cultura», salvo en los meandros de su Casa de locos, y siguen creyendo que sirven al poder establecido, clerical-fascista. Esto les ha llevado a desequilibrios trágicos que han reducido nuestro país a un estado tal que muchas veces he comparado con las ruinas de 1945.

Éste es el auténtico crimen político del que son culpables los

poderosos democristianos, por el que merecerían ser llevados a la sala de un tribunal y procesados.

No digo con esto que otros políticos se hayan planteado los problemas que no se han planteado los sacristanes en el poder o que, a diferencia de ellos, hayan sabido resolverlos. También los comunistas, por ejemplo, han confundido el nivel de vida del obrero con su vida, y el desarrollo con el progreso. Pero los errores cometidos por los comunistas —si los han cometido— han sido errores teóricos. No estaban en el gobierno; no detentaban el poder. Ellos no *robaban* a los italianos. Los que asumían las responsabilidades son los que deben pagar, queridos colegas de *La Stampa*, y estoy convencido de que estáis completamente de acuerdo conmigo.

Una última observación que, por otra parte, me parece capital.

La investigación judicial sobre los «golpes» (Tamburino, Vitalone,...), el sumario sobre la muerte de Pinelli, el proceso Valpreda, el proceso Freda y Ventura, los varios procesos sobre los delitos neofascistas, ¿por qué no avanzan lo más mínimo? ¿Por qué está todo inmóvil como en un cementerio? Es espantosamente claro. Porque todas estas investigaciones y procesos, una vez llevados a cabo, *sólo conducirían al Proceso del que estoy hablando.* Así pues, en el centro y en el fondo de todo esto está el problema de la Judicatura y de sus opciones políticas.

Pero mientras que todos nosotros, queridos colegas de *La Stampa*, tenemos el valor de hablar contra los políticos, porque en el fondo los políticos son cínicos, disponibles, pacientes, pícaros, grandes encajadores y tienen cierto *fair play*, aunque sea provinciano y grosero, a propósito de los Magistrados, en cambio, todos permanecemos callados; cívica y seriamente callados. ¿Por qué? Ésta es la última atrocidad que hay que decir: *porque tenemos miedo.*

Il Corriere della Sera, 28 de septiembre de 1975.

MI *ACCATTONE* EN TELEVISIÓN DESPUÉS DEL GENOCIDIO

Accattone puede ser visto también, en el laboratorio, como el extracto de un modo de vida, es decir, de una cultura. Visto así, puede ser un fenómeno interesante para un investigador, pero es un fenómeno trágico para quien está directamente implicado: por ejemplo para mí, que soy su autor.

Cuando apareció *Accattone*, aunque estuviésemos en los inicios de eso que se solía llamar «*boom*» (palabra que ya nos hace sonreir, como «*belle époque*» o «estilo aerodinámico»), estábamos en una era distinta.

Una era represiva. En realidad, a lo largo de los años cincuenta, no cambió nada de lo que había caracterizado a Italia en los años cuarenta o incluso antes. La continuidad entre el Régimen fascista y el Régimen democristiano era todavía perfecta. En *Accattone* resultan impresionantes dos aspectos de esta continuidad: el primero, la segregación del subproletariado en una marginalidad en la que todo era distinto; el segundo, la despiadada, criminaloide e indiscutible violencia de la policía.

Acerca de este segundo punto nos entendemos todos de inmediato; es inútil gastar palabras. De hecho, en parte la policía sigue siendo así: basta ir a Madrid o a Barcelona para volver a ver a nuestros viejos conocidos en todo su escuálido esplendor.

Acerca del primer punto, sin embargo, se podría escribir mucho: porque en 1961, cuando se estrenó *Accattone*, ningún burgués sabía exactamente qué era y cómo vivía el subproletariado urbano, y en especial, el romano; y en 1975, año en que *Accattone* se emite por televisión, ningún burgués sabe exactamente todavía qué fue *aquel* subproletariado y qué es el subproletariado *hoy*. Me encuentro con el deber de explicar y de discutir al mismo tiempo. Todos los

burgueses son, en realidad, racistas; lo son siempre, en cualquier lugar y cualquiera que sea el partido al que pertenezcan.

En 1961 *Accattone* desencadenó fenómenos explícitos de «racismo» por primera vez en Italia. Entre ellos una feroz «persecución» contra mí y contra el pobre —subproletario— Franco Citti. Pero hoy, en 1975, las cosas no son tan distintas. El «racismo» siempre aparece explícitamente en cualquier confrontación o choque directo con el subproletariado; surge de ese sopor y de esa potencialidad que, por lo demás, determinan, tanto más rígidamente cuanto más inconscientemente, la idea de la existencia y la existencia del burgués.

En 1961, los burgueses veían en el subproletariado el mal, exactamente igual que los racistas americanos lo veían en el universo negro. Y por lo demás entonces los subproletarios eran «negros» a todos los efectos. Su «cultura» —una «cultura particularista» en el marco de una cultura más vasta, a su vez «particularista», como era la cultura campesina meridional— daba a los subproletarios romanos no sólo unos originales «rasgos» psicológicos sino también unos «rasgos» físicos originales. Creaba verdaderamente una «raza». El espectador de hoy puede comprobarlo viendo los personajes de *Accattone*. Ninguno de los cuales —lo repito por enésima vez— era actor: cada cual era realmente cada cual. Su realidad se representaba a través de su realidad. Aquellos «cuerpos» eran así tanto en la vida como en la pantalla.

Su «cultura», tan profundamente diferente que creaba incluso una «raza», proporcionaba al subproletariado romano una moral y una filosofía de clase «dominada» que la clase «dominante» se contentaba con «dominar» policialmente, sin preocuparse de evangelizarla, es decir, de obligarla a asumir su propia ideología (en este caso un repugnante catolicismo puramente formal).

Abandonada durante siglos a sí misma, es decir, a su propia inmovilidad, aquella cultura había elaborado valores y modelos de comportamiento absolutos. Como en todas las culturas populares, los «hijos» recreaban a los «padres»: ocupaban su lugar, repitiéndolo (lo que constituye el sentido de las «castas», que nosotros, racistamente y con tanto racionalismo «eurocéntrico» y menospreciativo, nos complacemos en condenar). Así pues, ninguna revolución interna en aquella cultura. La tradición era la vida misma. Valores y modelos pasaban inmutables de padres a hijos. Y, sin embargo, había una continua regeneración. Basta observar su lengua (que ahora ya no existe): se inventaba continuamente, aunque los modelos léxicos y gramaticales fuesen siempre los mismos. En el cinturón de barrios periféricos, que constituía la metrópolis plebeya, no había un solo instante de la jornada en el que no se oyese en las calles o en los descampados una «invención» lingüística. Señal de que se trataba de una «cultura» viva.

Todo esto está fielmente representado en *Accattone* (y se ve, sobre todo, si se lee *Accattone* de determinada manera, excluyendo la presencia de mi esteticismo fúnebre). Entre 1961 y 1975 algo esencial cambió: se produjo el genocidio. Se destruyó culturalmente una población. Y se trata precisamente de uno de esos genocidios culturales que precedieron a los genocidios físicos de Hitler. Si yo hubiese hecho un largo viaje y hubiese regresado al cabo de unos años, al dar una vuelta por la «grandiosa metrópolis plebeya» habría tenido la impresión de que todos sus habitantes habían sido deportados y exterminados, sustituidos, en las calles y en los descampados, por pálidos, feroces e infelices fantasmas. Como las SS de Hitler. Los jóvenes —vaciados de sus valores y de sus modelos como si de su sangre se tratara— se han convertido en copias espectrales de otro modo de ser y de concebir la existencia: el pequeño burgués.

Si hoy quisiera rodar de nuevo *Accattone* ya no podría hacerlo. No encontraría ya ni un solo joven cuyo «cuerpo» se pareciese ni siquiera vagamente al de los jóvenes que se representaron a sí mismos en *Accattone*. No encontraría ya ni un solo joven que supiera decir, con aquella voz, aquellas frases. No sólo les faltaría el espíritu y la mentalidad para poder decirlas sino que ni siquiera las comprenderían. Deberían hacer como las señoras milanesas que a finales de los años cincuenta leían *Ragazzi di vita* o *Una vita violenta*, a saber: consultar el glosario. Y, finalmente, ha cambiado incluso la pronunciación. (Los italianos nunca han sido fonólogos; es de suponer, por tanto, que este punto quedará envuelto por un espeso y definitivo misterio.)

Los personajes de *Accattone* eran todos ladrones, o chulos, o carteristas o gente que vivía al día; se trataba, en definitiva, de una película sobre la mala vida. Naturalmente, a su alrededor estaba también el mundo de la gente del arrabal, implicada tal vez por complicidad en la mala vida, pero que, en definitiva, trabajaba normalmente (por un salario miserable, como Sabino, el hermano de Accattone). Pero como autor y como ciudadano italiano, en la película yo no expresaba ningún juicio negativo sobre los personajes de la mala vida: todos sus defectos me parecían defectos humanos, perdonables, además de estar del todo justificados socialmente. Eran, como dije, los defectos de unos hombres que obedecen a una escala de valores absolutamente «propia», y «diferente» de la burguesa.

En substancia, son personajes enormemente simpáticos; es difícil imaginar gente tan simpática (más allá de los sentimentalismos burgueses) como la del mundo de *Accattone*, es decir, de la cultura subproletaria y proletaria de Roma hasta hace unos diez años. El genocidio ha borrado para siempre esos personajes de la faz de la tierra. En su lugar están esos «sustitutos» suyos que, como ya tuve

ocasión de señalar, son, por el contrario, los personajes más odiosos del mundo.

Por esto dije que *Accattone*, visto como repertorio sociológico, sólo puede ser un fenómeno trágico.

¿Necesita el lector una demostración de lo que digo? Bien; si no frecuenta (está claro) los arrabales de Roma, que lea la página de sucesos de los periódicos. Los «delincuentes» no son monstruos. Son producto de un ambiente criminaloide, como también eran producto de un ambiente criminaloide los delincuentes de *Accattone*; pero ¡cuánta diferencia entre estos dos ambientes!

Sería un imbécil si generalizase; mi perplejidad es sólo formal. Ciertamente, más de la mitad de los jóvenes que viven en los arrabales de Roma, o, en definitiva, dentro del mundo subproletario y proletario, son honrados desde el punto de vista del código penal. Son incluso buenos chicos. Pero ya no son simpáticos. Son tristes, neuróticos, indecisos, llenos de ansiedad pequeño burguesa; se avergüenzan de ser proletarios; intentan parecerse a los «pijos», a los «hijos de papá». Sí: estamos asistiendo al desquite y al triunfo de los «hijos de papá»: son ellos quienes encarnan hoy el modelo a seguir.

Que el lector compare personajes como los neofascistas del barrio residencial de Parioli, que han cometido una horrenda masacre en una villa del Circeo, y personajes como los del arrabal de Torpignattara, que han matado a un automovilista aplastándole la cabeza contra el asfalto: en dos niveles sociales diferentes estos personajes son idénticos; sin embargo, los «modelos» son los primeros, esos hijos de papá que desde muy antiguo —durante siglos— habían sido objeto de burla y de desprecio por parte de los muchachos del arrabal, que les consideraban inútiles y mojigatos. Antes estaban orgullosos de ser lo que eran; orgullosos de su «cultura», que les daba sus gestos, su mímica, sus palabras, su comportamiento, su saber y sus criterios para juzgar.

Ahora la prensa echa las culpas sobre los jóvenes de Parioli (privilegiándoles, por lo demás, con su interés). Aunque los neofascistas de Parioli no hayan vencido, a pesar de todo quienes han vencido son los pariolinos. Al mismo tiempo, la prensa levanta acta (con años de retraso) de que «la mala vida romana ha empeorado». Pero la prensa es cómplice de los políticos, y los políticos están fuera de la realidad.

Al mismo tiempo, un periodista «moderado» de un gran periódico burgués y un dirigente importante del PCI, al polemizar conmigo en tonos distintos, han incurrido en el mismo desatino. Es decir: para ambos los «defectos» que yo representaba en mis obras narrativas y cinematográficas de hace quince años les parecen representados «negativamente», atribuyéndome a mí una actitud de condena evidente y natural que, en realidad, es la suya.

Son tan inconscientemente racistas que ni por asomo les entra en la cabeza la sospecha de que yo podía ver aquellos «defectos» como partes de un «bien», o, al menos, de una realidad cultural que era la que era, pero que era vida y tenía derecho a vivir. Y ambos han tomado luego como una triste muestra de coherencia mi posición, por el contrario explícita y violentamente negativa, contra los muchachos de los arrabales de hoy. Al negarse a ver algo real en mi radical cambio de opinión sobre el subproletariado (que para mí implica una tragedia personal), se niegan a admitir, en lo substancial, una realidad que afecta a todo el país; o sea: la radical transformación *objetiva* del mundo de las clases dominadas. No admiten, pues, que el «genocidio» es un hecho consumado. No pueden dejar de creer en el progreso: *tout va bien.*

Además, quienes me reprochan mi visión catastrófica en la medida en que es una visión total (aunque sólo desde el punto de vista antropológico) de lo que hoy es Italia, se burlan compasivamente de mí porque no tengo en cuenta que el materialismo consumista y la criminalidad son fenómenos que se extienden por todo el mundo capitalista, y no sólo en Italia. Viles, deshonestos y necios: ¿será posible que no les entre ni por asomo en la cabeza que en los demás países donde se extiende esta plaga hay algunas compensaciones que restablecen de algún modo el equilibrio?

En Nueva York, en París o en Londres hay delincuentes feroces y peligrosos (casi todos, ¡oh!, de color o casi): pero los hospitales, las escuelas, los sanatorios, los manicomios, los museos y los cines de arte y ensayo, funcionan perfectamente. La unidad, la aculturación, la centralización se han producido de un modo muy distinto. De sus genocidios fue testigo Marx hace más de un siglo. Que tales genocidios se produzcan hoy en Italia, cambia substancialmente su significación histórica. Accattone y sus amigos fueron silenciosamente al encuentro de la deportación y de la solución final, tal vez riéndose de sus alguaciles. Pero, ¿y nosotros, testigos burgueses?

Il Corriere della Sera, 8 de octubre de 1975.

¿CÓMO SON LAS PERSONAS SERIAS?

Las personas serias son, ante todo, inmorales.

Por ejemplo, Luigi Firpo (*La Stampa*, 28 de septiembre de 1975), polemizando conmigo, usó inmoralmente argumentos superados por mí en los *Escritos corsarios*, haciéndonos volver atrás —en una repetición inútil y humillante— a mí, a él mismo y, sobre todo, al lector. Se lo hice notar. ¿Cómo reaccionó? Realizando otros dos actos inmorales. Primero, ratificó su derecho a discutir sobre mí sin conocer lo que yo escribo. (Es posible hacer eso, pero a condición de no atacar al adversario definiéndole como «pueril», «neurótico», «sabihondo», «inculto», etcétera; si se quiere atacar con una violencia tan moralista hay que tener la conciencia tranquila en lo tocante a la documentación.)

En segundo lugar, para defenderse de la culpa de haberme atacado sin haberse documentado como debía, estigmatiza mi autocita de los *Escritos corsarios* llegando a la bajeza de decir que él no puede leer los veinte mil libros que aparecen anualmente en Italia. Pero si una «persona no seria» hubiese querido atacar a Firpo tratándole de reaccionario habría leído, al menos, el último libro suyo que tratara precisamente del tema de la polémica en curso. Firpo me habría exigido esto. Pero que yo se le exija a él es el enésimo signo de mi indignidad.

En segundo lugar, las personas serias son extremistas.

Pues Firpo me supera por la izquierda. Es como si yo dijera: «Salvemos lo que se pueda salvar del Parque del Circeo», y él me respondiese: «¡No! Hay que convertir toda Italia en un solo Parque, y salvarlo entero». Así, está claro, el Circeo se ve despectivamente arrojado a su sectorialidad y, puesto que hay que hacerlo todo, no se hace nada. En realidad, quienes piensan sinceramente que toda Ita-

lia debería ser un solo Parque que habría que salvar son las personas «no serias», los quijotes, los proteccionistas radicales, quienes, *precisamente por esto*, luchan también por lo que es parcial, particularista y, tal vez, utópico.

Al desbordarme por la izquierda Firpo cae pues en el extremismo puramente obstruccionista. En particular, sale al paso de mi anticonsumismo (reducido, por lo demás, a su significación corriente, incluso banal) diciendo que sólo una hipotética dictadura austera del «Bien» podría salvarnos de la degradación hedonista. Puesto que esto es inconcebible, conformémonos pues con el talante de los pobres santos que nos han gobernado en las últimas décadas.

En tercer lugar, las personas serias son unos gamberros.

Yo hablo de un proceso contra los hombres de poder democristianos que nos han gobernado en las últimas décadas. Incluso he hecho repetidamente una lista de sus delitos, que incluso lingüísticamente era de carácter moral. Firpo desprecia esa lista. Le parece que el Proceso incluso podría ser justo (¡muchas gracias!) pero, a pesar de todo, utópico, y tal vez pueril. De este modo evita discutir los «delitos». Mientras tanto, no hay nada en el mundo que permita prever alguna mejora por parte de quienes nos gobiernan. Repito: nada en el mundo. Firpo, pues, les hace el juego a la perfección. La política clientelar sigue adelante. Quien desborda por la izquierda para proteger al poder...

En cuarto lugar, las personas serias son falsamente prácticas.

Firpo, en realidad, canta un himno único e ininterrumpido a esa atroz desviación de la mente humana que es el sentido común. El sentido común dice, ante todo, que es preciso tener los pies en el suelo y dejarse de monsergas. Pero Firpo debe decir: ¿cuántos de los que estaban en contra de echar a Nixon y procesarlo apelaron prudentemente al pragmatismo?

En quinto lugar, las personas serias son falsamente idealistas.

Firpo debe decir: ¿cuántos de los que habrían preferido silenciar el escándalo Watergate dejaron de invocar el bien del país, los ideales del orden y las exigencias de los más altos intereses?

Silencio. Silencio no sólo por parte de Firpo sino de todos cuantos podrían hablar. Giorgio Galli (en *Panorama*, 2 de octubre de 1975), que de serio tiene algo más que la pechera del frac, se convierte en portavoz de ese silencio, diciéndome civilizadamente que el proceso sería inútil. Pero ¿fue útil o inútil procesar a Nixon? Por otra parte, en la hipótesis, por lo demás utópica, de que todos los procesos «parados» (Valpreda, Pinelli, golpe Borghese, crímenes y bombas negras) se llevaran hasta el fin por un poder judicial independiente y por encima del poder político, se llegaría fatalmente (como ya tuve ocasión de señalar) al Proceso del que hablo yo. Y quizá se llegue a ello. Pero se llegará demasiado tarde. Mientras

tanto se habrán producido «otras jugadas». Y entonces —y sólo entonces— ese Proceso será inútil.

En sexto lugar, las personas serias son obtusas.

Firpo no se ha dado cuenta, en realidad, de que cuando sostengo como acusación principal contra los hombres de poder democristianos (y, se sobreentiende, sus cómplices de otros partidos) no haber entendido cuál era el nuevo poder real al que servían no formulo una acusación puramente cultural, pues quien tiene en sus manos el poder no puede cometer errores culturales: *sólo puede cometer errores políticos*. Y cuando tales errores políticos se producen en un contexto criminal (SIFAR, SID, CIA, atentados, clientelismo, corrupción), quien los comete debe pagar por ellos.

En séptimo lugar, las personas serias son aduladoras.

En el fragmento de Firpo hay un pasaje sobre Berlinguer que le deja a uno boquiabierto, herido por algo que es al mismo tiempo cómico y repugnante: «Cuando veo el rostro de Berlinguer, tan juvenil y, sin embargo, tan marcado, tan profundamente triste, de una tristeza que no es sólo esa tristeza antigua y cerrada de su Cerdeña, pienso que esto le aflige especialmente...».

Está claro: sólo la voluntad del PCI podría llevar al banquillo de los acusados a los sacristanes en el poder y a sus lacayos. Pero la prudencia en política exterior de ese País dentro del País que es el PCI no debe confundirse con la prudencia de un intelectual que, por el contrario, tiene la posibilidad (el derecho y el deber) de hablar francamente, haciendo oídos sordos a cualquier cautela diplomática. No hay adulación de la prudencia del «líder» de un partido que pueda justificar la propia.

En octavo lugar, las personas serias son racistas.

Aunque se intente moderar, la antipatía de Firpo hacia el subproletariado romano es incontenible; y presenta exactamente los rasgos convencionales que hace apenas una docena de años llevaban a los propietarios de muchos locales turineses a escribir «Prohibida la entrada a los *terroni*[1]». La imagen que tiene Firpo del «pobre» romano es perfectamente hagiográfica (en sentido, por supuesto, negativo): es ese que (a Firpo y a «muchos») «nunca les fue simpático»; es ese que tiene una «jeta patibularia»; es ese de «ejemplo poco edificante»; ese que tiene «raíces de cinismo, violencia, y avidez tan profundas que se remontan al paganismo latente en el mundo campesino, a la arrogancia romano-papal, que en seguida echa mano del cuchillo y acostumbra a insultar incluso a los muertos, es decir, una de las mezclas más graves de materialismo, sensualidad e indolencia de

1. *Terrone* (plural *terroni*) es un apelativo despectivo con el que en el norte de Italia se designa a los inmigrantes meridionales. Sus equivalentes serían *charnego* (en Cataluña) y *maketo* (en el País Vasco) [N.d.T.].

nuestra historia». Eso bastaría para enviarle a un campo de concentración, con los gitanos y los homosexuales; ciertamente su vida no es digna de ser vivida. Naturalmente, en el caso de que siguiera siendo así; y si Firpo no excluyera con tan absoluta certeza que el «pobre» ha cambiado, como en cambio sostengo yo, es decir, si ese «pobre» romano no hubiera pasado de ser una posible víctima de un *Lager* a ser un posible verdugo en un *Lager*. Como todos los «desarraigados», el subproletariado romano ha perdido su «cultura», cuyos esquemas le servían para entenderse a sí mismo, con sus defectos y sus virtudes. Ahora, vuelto cruel por la incertidumbre, busca «esquemas» pequeño-burgueses: como había ocurrido ya, precisamente, en otro contexto histórico, con las SS, que sólo se pueden explicar así. ¿O es que queremos ser racistas con los alemanes?

Los genocidios de Hitler fueron precedidos por los genocidios culturales perpetrados por el capitalismo, de los que habla Marx en el *Manifiesto*. La cultura subproletaria romana, junto con las demás culturas particularistas italianas, ha sufrido un genocidio análogo.

En noveno lugar, las personas serias son sexófobas.

En los orígenes de todo este desagradable enfrentamiento de Firpo con mis artículos acerca del «Proceso» —convertidos en una disputa académica por el silencio de otros intelectuales que son, por ese silencio, peores que él— hay, en realidad, un artículo «revelador» de hace algunos meses (también en *La Stampa*), que Firpo escribió contra mí y contra mi obra por razones puramente moralistas: ese artículo exteriorizaba todo el desprecio privado y todo el rencor diría casi fisiológico que Firpo siente hacia mi persona.

Las personas serias, en décimo lugar (y éste es el único punto parcialmente a su favor) carecen de ingenio.

Para tomarles el pelo a las «personas serias», y para subrayar su conformista vocación de ser linchadas, escribí en un artículo: «Lo que yo digo no merece otra cosa que ironía, burlas y acusaciones: yo no soy una persona seria». Pues bien, Firpo tomó esta frase, dicha en broma, por una frase en serio, como si yo entonara un *mea culpa*...

En conclusión: nunca más arrastraré por escrito ni a uno solo de mis lectores a una polémica tan humillante con un adversario cuya «metodología» se basa, en substancia y resumiendo, en estos dos principios: *a)* no documentarse antes de polemizar; y *b)* atacar a causa de un apriorismo moralista (tal vez incluso inconsciente). Nunca más replicaré, pues, por escrito; aunque verbalmente, si Firpo quiere, estoy dispuesto a discutir acerca de todas estas cosas ante sus pobres jóvenes alumnos, puesto que él ¡enseña justamente «metodología» de la investigación histórica!

Il Mondo, 16 de octubre de 1975.

DOS MODESTAS PROPOSICIONES PARA ELIMINAR LA CRIMINALIDAD EN ITALIA

Los varios casos de criminalidad que llenan apocalípticamente tanto la página de sucesos de los periódicos como nuestra bastante aterrorizada consciencia no son un caso más: son, evidentemente, casos extremos de un modo de ser criminal difuso y profundo: de masa.

En realidad, los criminales no son los neofascistas. Recientemente, un episodio (el asesinato de una muchacha en el Circeo) aligeró imprevistamente todas las consciencias y permitió un suspiro de alivio, porque los culpables del asesinato eran los fascistas del barrio de Parioli. Había, por lo tanto, dos razones para alegrarse: primero por la confirmación del hecho de que los fascistas siempre son los únicos culpables de todo; y, segundo, por la confirmación de que la culpa es siempre y únicamente de los burgueses privilegiados y corruptos. La alegría de ver confirmado este viejo sentimiento populista —y la solidez de la configuración moral correspondiente— no sólo estalló en los periódicos comunistas sino en toda la prensa (que desde el 15 de junio tiene un miedo enorme de ser menos que los comunistas). En realidad, la prensa burguesa fue literalmente feliz al poder culpar a los delincuentes de Parioli porque al culpabilizarles tan dramáticamente *les privilegiaba* (sólo los dramas burgueses tienen un valor y un interés verdaderos) al tiempo que podía regodearse con la vieja idea de que no vale la pena ocuparse demasiado de los delitos proletarios y subproletarios, pues está demostrado de antemano que todos los proletarios y subproletarios son delincuentes.

Pienso, por tanto, que también el crimen del Circeo ha desencadenado la acostumbrada oleada ofensiva de estupidez periodística.

En realidad, repito, los criminales no son sólo los fascistas sino también, del mismo modo y con la misma consciencia, los proletarios o subproletarios que tal vez votaron a los comunistas el 15 de junio.

Recordemos el delito de los hermanos Carlino, del barrio de Torpignattara, o la agresión de Cinecittà (un muchacho brutalmente apaleado y encerrado en el portaequipajes del coche y la muchacha violada y apaleada por siete jóvenes de la periferia romana). Estos delincuentes «populares» —y por ahora me refiero sólo al caso de los hermanos Carlino, documentado con precisión— gozaban de la misma libertad condicional que los delincuentes de los Parioli; es decir, gozaban de la misma impunidad. Es absurdo, pues, acusar a los jueces que dejaron en libertad a los neofascistas si no se acusa al mismo tiempo y con la misma firmeza a los jueces que dejaron en libertad a los hermanos Carlino (y a otros miles de jóvenes delincuentes de los arrabales romanos).

La realidad es la siguiente: los casos extremos de criminalidad proceden de un ambiente criminaloide de masa. Hacen falta miles de casos como los de la juerga sádica del Circeo o de agresividad brutal por problemas de tráfico para que ocurran casos como los de los sádicos de Parioli o los sádicos de Torpignattara.

Por mi parte, vengo diciendo desde hace años que el universo popular romano es hoy un universo «odioso». Lo digo para escándalo de los bienpensantes; y, sobre todo, para escándalo de los bienpensantes que no saben que lo son. He indicado incluso las razones (pérdida de sus propios valores morales por parte de los jóvenes, es decir, de su propia cultura particularista, con sus patrones de comportamiento, etcétera). Por tanto, es preciso decir que las atenuantes populistas de costumbre no valen para un universo criminaloide como el mundo popular romano: es preciso armarse de la misma rigidez puritana y punitiva que solemos descargar contra las manifestaciones criminaloides de la ínfima burguesía neofascista. En realidad, los jóvenes proletarios y subproletarios romanos *ahora pertenecen totalmente al universo pequeño burgués*: el modelo pequeño burgués les ha sido impuesto definitivamente, de una vez para siempre. Y sus modelos concretos son precisamente esos modelos pequeño-burgueses idiotas y feroces que ellos, en los buenos tiempos, despreciaban con mucho ingenio como ridículas y repugnantes nulidades. No es casual que los subproletarios que violaron a la muchacha de Cinecittà, sirviéndose de ella como de una «cosa», le dijeran «Estate quieta o te haremos lo que le hicieron a Rosaria López». Mi experiencia privada, cotidiana, existencial —que contrapongo una vez más a la insultante abstracción e imprecisión de los periodistas y de los políticos que *no viven* estas cosas— me enseña que ya no hay ninguna diferencia auténtica en la postura ante la realidad, y en el comportamiento consiguiente, entre los burgueses de Parioli y los subproletarios de los arrabales. La misma enigmática cara sonriente y gris pone de manifiesto su imponderabilidad moral (su mismo estar suspendidos entre la pérdida de los

viejos valores y la fallida adquisición de otros nuevos: la falta absoluta de cualquier opinión sobre la propia «función»).

Otra cosa que me enseña la experiencia directa es que esto es un fenómeno totalmente italiano. Forma parte de un conformismo, por lo demás anticuado, del periodismo italiano consolarse con el hecho de que también en los demás países existe el problema de la criminalidad. Existe, es cierto; pero se sitúa en un mundo donde las instituciones burguesas siguen siendo sólidas y eficientes, y continúan ofreciendo, por lo tanto, una contrapartida.

¿Qué es lo que transformó a los proletarios y subproletarios italianos substancialmente en pequeño burgueses, devorados además por las ganas de serlo también económicamente? ¿Qué es lo que transformó las «masas» de jóvenes en «masas» de criminaloides? Lo he dicho y repetido más de una decena de veces: una «segunda» revolución industrial, que en Italia es la «primera»; el consumismo, que ha destruido cínicamente un mundo «real», transformándolo en una irrealidad total, en la que ya no hay elección posible entre el bien y el mal. De ahí la ambigüedad que caracteriza a los criminales, así como su ferocidad, producto de la falta absoluta de cualquier tipo de conflicto interior tradicional. Para ellos no hay elección entre el bien y el mal; aunque de todos modos ha habido una elección: se ha optado por el endurecimiento, por la ausencia total de piedad.

En Italia se lamenta la falta de una eficacia policíaca moderna contra la delincuencia. Lo que yo lamentaría, sobre todo, es la falta de una consciencia informada acerca de todo esto y la supervivencia de una retórica progresista que ya no tiene nada que ver con la realidad. Hoy hay que ser progresistas de otro modo, inventar una nueva manera de ser libres: sobre todo al juzgar, precisamente, a quienes han optado por no tener piedad. Hay que aceptar de una vez para siempre el fracaso de la tolerancia, que ha sido, por supuesto, una falsa tolerancia, y una de las causas más importantes de la degeneración de las masas de jóvenes. En definitiva, a la hora de juzgar hay que comportarse *en consecuencia* y no *a priori* (ese *a priori* progresista válido hasta hace unos diez años).

¿Cuáles son mis dos modestas proposiciones para eliminar la criminalidad? Son dos proposiciones swiftianas, como su definición humorística no se preocupa en lo más mínimo de esconder.

I) Abolir inmediatamente la enseñanza secundaria obligatoria.
II) Abolir inmediatamente la televisión.

A los enseñantes y a los empleados de la televisión no hay necesidad de comérselos, como sugeriría Swift, sino que bastará con enviarles a la oficina de empleo.

La escuela obligatoria es una escuela de iniciación a la calidad de

vida pequeño burguesa: se enseñan cosas inútiles, estúpidas, falsas, moralistas, incluso en el mejor de los casos (es decir, cuando se invita aduladoramente a aplicar la falsa democraticidad de la autogestión, de la descentralización, etcétera: un lío enorme). Además, una noción sólo es dinámica si incorpora su propio despliegue y profundización: aprender un poco de historia tiene sentido sólo si se proyecta hacia el futuro la posibilidad de una cultura histórica real. De lo contrario las nociones se marchitan, al carecer de futuro nacen muertas, y su función no es otra, pues, que la de crear, en su conjunto, un pequeño burgués esclavo en lugar de un proletario o subproletario libre (es decir, perteneciente a otra cultura que le deja virgen para entender ocasionalmente nuevas cosas reales, mientras está muy claro que el que ha pasado por la escuela obligatoria está prisionero de su ínfimo círculo de saber y se escandaliza ante cualquier novedad). Para un obrero y su hijo basta hoy una buena escuela primaria hasta quinto. Ilusionarlo con un avance que supone una degradación es delictivo porque, en primer lugar, le hace ser presuntuoso (a causa de las dos miserables cosas que ha aprendido); en segundo lugar (y a menudo al mismo tiempo), le frustra angustiosamente, porque esas dos cosas que ha aprendido no le proporcionan más que la consciencia de su propia ignorancia.

Por supuesto, llegar hasta octavo en vez de hasta quinto, o mejor aún, llegar hasta el último curso, sería para mí, y supongo que para todos, el *optimum*. Pero, dado que hoy en Italia la escuela obligatoria es exactamente como yo la he descrito (y me angustia literalmente la idea que se le añada una «educación sexual», incluso tal como la entiende el propio *Paese sera*), lo mejor es abolirla en espera de tiempos mejores, es decir, de *otro* desarrollo. (Éste es el nudo de la cuestión.)

En cuanto a la televisión, no quiero añadir más: lo que acabo de decir sobre la escuela obligatoria se multiplica infinitamente con la televisión, puesto que no se trata de una enseñanza sino de un «ejemplo». Es decir: la televisión no propone «modelos» sino que los representa. Y si los modelos son ésos, ¿cómo se puede pretender que la juventud más expuesta e indefensa no sea criminaloide o criminal? Ha sido la televisión la que prácticamente (no es más que un medio), ha puesto fin a la era de la piedad y ha empezado la era del hedonismo. Una era en la que unos jóvenes a la vez presuntuosos y frustrados a causa de la estupidez y la inalcanzabilidad de los modelos que les proponen la escuela y la televisión tienden inexorablemente a ser agresivos hasta la delincuencia o pasivos hasta la infelicidad (que no es una culpa menor).

Hasta ahora, todas las aperturas a la izquierda tanto de la escuela como de la televisión no han servido para nada: la escuela y la televisión son autoritarias porque son estatales, y el Estado es la

nueva producción (producción de humanidad). Por tanto, si los progresistas sienten realmente la condición antropológica de un pueblo, que se unan valientemente para pedir el cese inmediato de las clases en la escuela obligatoria y de las emisiones televisivas. No sería nada, pero también sería mucho: tal vez ayudaría a que una barriada —sin escuelitas abominables y abandonada a sus tardes y a sus noches— reencontrara un modelo de vida propio. Posterior al de antes y anterior con respecto al del presente. De lo contrario, cuanto se dice acerca de la descentralización es burdamente apriorístico o pura mala fe.

Para garantizar los vínculos informativos de la barriada —como de cualquier otro «lugar cultural»— con el resto del mundo bastaría con los periódicos murales y *L'Unità*; y, sobre todo, con el trabajo que en un contexto así asumiría naturalmente un sentido distinto, tendente a unificar, de una vez y por decisión propia, el modo de vida con la vida.

Il Corriere della Sera, 18 de octubre de 1975.

MIS PROPOSICIONES
SOBRE LA ESCUELA Y LA TELEVISIÓN

Hasta Moravia me honra con sus deducciones. Se nota que son las deducciones de un hombre inteligente, pero también que sólo gusta del «placer del texto» con la condición —como cualquier otro autor, por otra parte— de novelarlo.

Como novelista, ha visto en el episodio del crimen del Circeo y en la agresión de Cinecittà, precisamente, dos episodios. Cristalinos, transparentes, cortados, cerrados: microcosmos perfectos a su manera. Hasta el punto de que, a través de ese «modelo narrativo», puede asimilar el crimen del Circeo a su relato de 1927 *Asesinato en el club de tenis*. También yo, análogamente, podría asimilar la agresión subproletaria de Cinecittà a la agresión de los cuatro napolitanos a Maddalena, la mujer de *Accattone* (1961). Pero yo sé que la agresión de los cuatro napolitanos a Maddalena, la mujer de Accattone, es idílica con respecto a esta otra del otoño de 1975 en Cinecittà: y encaja perfectamente en un código de mala vida que no excluye la humanidad. También Moravia debería darse cuenta de que el asesinato del club de tenis es idílico con respecto al asesinato del Circeo del otoño de 1975: no los une ninguna relación histórica real. Entre los dos hay un salto cualitativo: un salto cualitativo debido a lo enorme de la cantidad. Un asesinato que en 1927 era la expresión de un ambiente *de élite* es hoy la expresión de un ambiente *de masa*. El asesinato gratuito, «gideano», se ha convertido en un artículo de consumo. Una opción personal se ha convertido en una coacción colectiva. Lo cual no es poco.

Fíjense Moravia y el lector —en el mismo *Corriere* en el que apareció el escrito polémico sobre la «abolición» (no, no «abolición»: «suspensión») de la escuela obligatoria— en las fotografías de los cuatro gamberros que hicieron en Milán lo mismo que los subproletarios en Cinecittà (robo rápidamente agravado por violen-

cia carnal con fines libidinosos). Son proletarios milaneses; es decir, están inmersos desde hace ya más de un siglo en el «ambiente vital» de la pequeña burguesía. El cuadro, pues, está completo.

No obstante, al recuadro del *Corriere* que contiene las imágenes de esos cuatro canallas desenmascarados, añadan Moravia y el lector con su fantasía los recuadros que contienen las imágenes de todos los posibles canallas análogos sin desenmascarar. Si se pusieran en fila estos recuadros no bastaría con la distancia entre Roma y Milán. Más aún: esos rostros descarnados, peligrosos, penosos, infelices, indescifrables, repelentes, siniestros, débiles, presuntuosos, desprovistos de cualquier connotación de clase (ni en sentido positivo ni en el negativo), son en realidad los rostros de toda la «masa» de la juventud italiana tal como es hoy.

En mi artículo, con el que polemiza Moravia, escribí muy claramente: la «masa» de los jóvenes ignora el tradicional conflicto interior entre el bien y el mal; su opción es el endurecimiento, el fin de la piedad; y esto es así casi por prejuicio, apriorísticamente: tanto si se trata de delincuentes como si se trata de buenos chicos infelices, la infelicidad no es una culpa menor, dije. Pero no pretendo que Moravia se interese por saber qué son hoy, en concreto, los jóvenes. ¿Por qué habría de interesarse por eso? Él no mira las cosas desde dentro, sino desde lejos. Por esto su interés no puede contemplar la concreción o la fisicidad.

Sin embargo, yo decía también en mi artículo que «hacen falta miles de casos como esos de la juerga sádica del Circeo o de agresividad brutal por problemas de tráfico para que ocurran casos como los de los sádicos de Parioli o los sádicos de Torpignattara». Este hecho estadístico, sociológico e ideológico, por el contrario, sí debería interesar a Moravia, y debería tomarlo en consideración. De haberlo hecho, ni el episodio del Circeo ni el de Cinecittà le habrían parecido dos episodios cristalinos, transparentes, cortados, cerrados y absolutos sino dos confusas, magmáticas, desordenadas, irreductibles y babeantes «muestras» de una calidad de vida. Y a Moravia le habría sido imposible, por tanto, proseguir con su comparación novelesca entre ambas, tan hábil, incisiva y en el fondo tan llena de buen humor. Pues Moravia juega con los datos puramente externos: los contornos del relato. El contenido se reduce a cifra. No mostraré aquí mi patente de entendido en el caso (patente obtenida a través de mi modo de vivir) que me ha ofrecido la oportunidad de mirar a la cara cientos de veces durante cientos de noches a los protagonistas de centenares de episodios que prefiguran casos extremos y trágicos como los del Circeo y Cinecittà. Me limitaré a decir una sola cosa. Para Moravia (que lo leyó en los periódicos), Rosaria Lopez es una figura abstracta, como la «Mujer de los bastones» o un *prósopon* trágico (tal vez del teatro de arte): es la «Arrabalera». Y sobre esta

base construye en parte su interpretación. Por el contrario, ¡mira tú por donde!, yo conozco desde hace años al hermano de Rosaria Lopez: es un chico muy angustiado y angustiante, al que le gustaría ser operador de cine y que tiene un coche de carreras rojo... Me limito, como se puede ver, a proporcionar dos datos claros y sencillos. Pero falta poco para sacar al menos una primera deducción sociológica.

Sabido todo esto (privado, y *por ello* concreto), llegamos a los puntos de interés general. Primero, porque se refieren en general a la civilización del consumo y a sus genocidios, y luego, porque afectan a mis «modestas proposiciones» de suspender la escuela obligatoria y la televisión. Sobre el primer punto, Moravia comete dos errores, debidos a inferencias que hace de mis textos, inferencias debidas, a su vez, a que Moravia atribuye mayor importancia a lo que no digo y él adivina que a lo que digo.

a) Moravia, al reprocharme mi ingenua indignación contra el consumismo, confunde continuamente el consumismo en general con el consumismo italiano aunque ha comprendido perfectamente mi obsesiva y por otra parte bastante evidente distinción entre los dos fenómenos. Ahora bien, si me reprochase una ingenua indignación contra el consumismo en general, tendría razón. Pero que demuestre que me indigno contra el consumismo en general; es decir: que aporte un texto mío que contenga una indignación semejante. En realidad, en lo que concierne a la fase consumista del capitalismo mundial yo pienso exactamente lo mismo que Moravia. Si, por el contrario, me reprocha una ingenua indignación contra el consumismo italiano, entonces se equivoca. Porque sin indignación *sería imposible hablar de ello.* Hay que excluir la posibilidad de la objetividad cuando la gestión de la revolución consumista ha sido manipulada por los gobiernos italianos de un modo y en un contexto criminales. Que Moravia me demuestre lo contrario.

b) Moravia dice que el aburguesamiento consumista no elimina las clases sociales. Pero que me demuestre que yo haya dicho nunca semejante estupidez. Que aporte un texto mío que contenga semejante estupidez. El aburguesamiento forma parte de la lucha de clases. Por esto he citado hasta la obsesión las expresiones de Marx «genocidio» y «genocidio cultural». La clase dominante, cuyo nuevo modo de producción ha creado una nueva forma de poder y, por consiguiente, una nueva forma de cultura, en estos años en Italia ha procedido al más completo y total genocidio de las culturas particularistas (populares) que recuerde la historia italiana. Los jóvenes subproletarios romanos han perdido (¿he de repetirlo por enésima vez?) su «cultura», es decir, su modo de ser, de comportarse, de hablar, de juzgar la realidad: se les ha proporcionado un modo de vida

burgués (consumista): han sido, clásicamente, destruidos y aburguesados. Su connotación clasista es ahora, pues, puramente económica, ya no es *también* cultural. La cultura de las clases subalternas ya (casi) no existe: existe tan sólo la economía de las clases subalternas. He repetido ya una infinidad de veces en estos malditos artículos míos que la atroz infelicidad o la agresividad criminal de los jóvenes proletarios y subproletarios se deriva precisamente del desequilibrio entre cultura y condición económica: de la imposibilidad de realizar (salvo miméticamente) modelos culturales burgueses a causa de la persistente pobreza enmascarada por una mejora ilusoria del nivel de vida.

Pasemos entonces a la escuela obligatoria y a la televisión. Vaya por delante que mis «dos modestas proposiciones» de abolición pretendían claramente referirse a una abolición provisional. Decía, en aras de la exactitud, «en espera de tiempos mejores, es decir, de *otro* desarrollo. Éste es el nudo de la cuestión». En otras palabras: convocaba al PCI, a las mejores fuerzas de la izquierda, etcétera, cuyo interés por una reforma radical de la escuela y de la televisión no debería ser puesto en duda: pues es algo esencial para la transformación del «desarrollo».

En espera de esa reforma radical, sería mejor abolir (sé que es utópico, pero estoy firmemente convencido de ello) tanto la escuela obligatoria como la televisión: porque cada día que pasa es fatal tanto para los escolares como para los telespectadores...

En este punto estoy completamente de acuerdo con Moravia, como él está completamente de acuerdo conmigo. Pues mi propuesta de «abolición» —una vez más— no es sino la metáfora de una reforma radical: y Moravia y yo compartimos ciertamente las mismas ideas a propósito de esa reforma.

Ayer mismo, improvisando en un debate con enseñantes en un seminario celebrado en Lecce, esbocé la que, en mi opinión, debería ser la escuela obligatoria; y dije casi punto por punto justamente las mismas cosas que Moravia (añadí, como materias de esta nueva escuela obligatoria, la escuela guía, con anexos de urbanidad en la calle, problemas burocráticos de todo tipo, elementos de urbanismo, ecología, higiene, sexo, etcétera. Y, sobre todo, añadiría, muchas lecturas, muchas lecturas libres libremente comentadas).

En cuanto a la televisión, mi propuesta de reforma radical es ésta: es necesario hacer una televisión abierta a los partidos, es decir, culturalmente pluralista. Es el único modo de que pierda su horrendo valor carismático, su intolerable oficialidad. De lo contrario, los partidos —como es bien sabido— se descuartizan en el seno de la televisión, detrás del escenario, repartiéndose (hasta ahora abyectamente) el poder televisivo. Se trataría, pues, de regular y sacar a la

luz esta situación, convirtiéndola así en democrática. Cualquier partido debería tener derecho a sus emisiones. De este modo cualquier espectador sería llamado a escoger y a criticar, es decir, a ser coautor, en vez de ser un miserable que ve y escucha, tanto más reprimido cuanto más adulado. Cualquier partido debería tener derecho, por ejemplo, a su informativo; para que el telespectador pueda escoger las noticias o compararlas con las otras dejando así de sufrirlas. Añadiré, además, que cualquier partido debería gestionar también los demás programas (tal vez proporcionalmente a su representación en el Parlamento). Nacería una estupenda competencia, y el nivel de los programas (también el espectacular) subiría de golpe. *Voilà.*

Apéndice. Si el atribuirme novelescamente un odio teológico contra el consumismo en general, como fenómeno tardío del capitalismo —atribución, repito, injusta porque mi odio teológico se dirige por entero contra el *consumismo italiano*, del mismo modo que no se dirige contra la escuela obligatoria sino contra la *escuela obligatoria italiana*— me hace merecedor por parte de Moravia del calificativo de prerrafaelita, ya es algo. En otra ocasión, Moravia me trató de católico (como si los católicos, por definición, se indignasen, fuesen quijotescos o descubriesen alguna vez el flanco). Prerrafaelita es ya un calificativo de transición hacia eso que, en lo que a mí se refiere, considero justo: es decir, reformista, luterano, si se puede atribuir algún significado a estos calificativos novelescos.

Il Corriere della Sera, 29 de octubre de 1975.

CARTA LUTERANA A ITALO CALVINO

Dices (en *Il Corriere della Sera* del 8 de octubre de 1975): «Los responsables de la carnicería del Circeo son muchos y se comportan como si lo que han hecho fuese completamente natural, como si tuvieran tras dè sí un ambiente y una mentalidad que les comprende y admira».

Pero ¿por qué?

Dices: «En la Roma de hoy lo que asusta es que estos ejercicios monstruosos se producen en un clima de permisividad absoluta, sin una sombra siquiera de desafío a las constricciones represivas».

Pero ¿por qué?

Dices: «El verdadero peligro viene de la extensión en nuestra sociedad de ciertos estratos cancerosos».

Pero ¿por qué?

Dices: «Entre la atonía moral y la irresponsabilidad social —de una parte de la burguesía italiana, dices— y la práctica de maltratar y apalear no hay más que un paso».

Pero ¿por qué?

Dices: «Vivimos en un mundo en el que la *escalation* de la violencia y la humillación de la persona es uno de los signos más visibles del devenir histórico», por lo que *criminalidad política y criminalidad sexual parecen en este caso definiciones reductivas y optimistas*, dices.

Pero ¿por qué?

Dices: «Los nazis pueden ser superados en crueldad en cualquier momento».

Pero ¿por qué?

Dices: «En otros países la crisis es la misma, pero incide en un tejido social más sólido».

Pero ¿por qué?

Hace más de dos años que intento explicar y divulgar estos

porqués. Y, a estas alturas, estoy indignado por el silencio que me rodea siempre. Se me ha juzgado tan sólo por mi indemostrable *refoulement* católico. Nadie ha intervenido para ayudarme a seguir adelante y profundizar mis intentos de explicación. Entonces, lo que es católico es el *silencio.* Por ejemplo, el silencio de Giuseppe Branca, de Livio Zanetti, de Giorgio Bocca, de Claudio Petruccioli, de Alberto Moravia, a quienes he invitado por su nombre a intervenir en mi propuesta de procesar a los culpables de esta condición italiana que describes con una ansiedad apocalíptica: tú, tan sobrio. También tu silencio a tantas cartas abiertas mías es católico. También el silencio de los católicos de izquierda es católico (esos que a estas alturas deberían tener el coraje de declararse reformistas, o, con mayor coraje aún, luteranos. Después de tres siglos ya va siendo hora).

Déjame que te diga que no es católico, por el contrario, el que habla e intenta dar explicaciones, tal vez íntimas, rodeado por el más profundo silencio. No he sido capaz de quedarme callado, como tú no eres capaz de quedarte callado ahora. «Es preciso haber hablado mucho para poder callar» (es un historiador chino el que lo dice, estupendamente). Así pues, habla de una vez. ¿Por qué?

Tú has redactado un *cahier de doléances* en el que se alinean acontecimientos y fenómenos que no explicas, como haría Lietta Tornabuoni o un periodista, incluso indignado, de televisión.

¿Por qué?

Sin embargo, tengo algo que discutir acerca de tu *cahier*, más allá de la ausencia de porqués.

Tengo algo que rebatir acerca de esos chivos expiatorios que has creado, que son: «parte de la burguesía», «Roma», los «neofascistas».

Esto pone en evidencia que te apoyas en certezas que valían también *antes.* Las certezas (como te decía en otra carta) que nos confortaron e incluso nos gratificaron en un contexto clerical-fascista. Las certezas laicas, racionales, democráticas, progresistas. Tal como son, ya no valen. El acontecer histórico ha acontecido, y esas certezas se han quedado tal como estaban.

Hablar todavía de una «parte de la burguesía» como culpable es un discurso antiguo y mecánico, porque la burguesía, hoy, es *mucho peor* que hace diez años y, al mismo tiempo, *mucho mejor.* Toda. Incluida la de Parioli o la de San Babila. Es inútil que te diga por qué es peor (violencia, agresividad, disociación del *otro*, racismo, vulgaridad y hedonismo brutal), pero también es inútil que te diga por qué es mejor (cierto laicismo, cierta aceptación de valores que pertenecían sólo a círculos restringidos, votaciones en el referéndum, votaciones del 15 de junio).

Hablar de la ciudad de Roma como culpable es volver a caer en los más puros años cincuenta, cuando turineses y milaneses (y

friulanos) consideraban a Roma el centro de cualquier corrupción, con abiertas manifestaciones de racismo. Roma, con sus Parioli, no es hoy realmente peor que Milán, con su San Babila, o que Turín.

En cuanto a los neofascistas (jóvenes) tú mismo te has dado cuenta de que la noción se ha ampliado inmensamente; la posible crueldad nazi de que hablas (y de la que tanto vengo hablando yo) no tiene que ver sólo con ellos.

Tengo algo que rebatir también sobre otro punto del «*cahier* sin porqués».

Tú has privilegiado a los neofascistas de Parioli con tu interés y tu indignación *porque son burgueses.* Su criminalidad te parece interesante porque afecta a los nuevos hijos de la burguesía. Los trasladas de la truculenta oscuridad de la página de sucesos a la luz de la interpretación intelectual porque su clase social así lo exige. Te has comportado —me parece— como toda la prensa italiana, que ve en los asesinos del Circeo un caso que la afecta, un caso —repito— privilegiado. Si hubieran hecho las mismas cosas unos «pobres» de los arrabales romanos o unos «pobres» inmigrantes de Milán o Turín no se hablaría tanto ni de este modo. Por racismo. Porque a los «pobres» de los arrabales o a los «pobres» inmigrantes se les considera delincuentes *a priori.*

Y, sin embargo, los «pobres» de los arrabales romanos y los «pobres» inmigrantes, es decir los jóvenes plebeyos, pueden hacer y *hacen efectivamente* (como cuentan con espantosa claridad las páginas de sucesos) las mismas cosas que hicieron los jóvenes de Parioli; y las hacen con el mismo espíritu, idéntico, que es objeto de tu «descriptividad».

Los jóvenes de los arrabales de Roma hacen cada noche cientos de orgías («batidas» las llaman) parecidas a las del Circeo; y también drogados, además.

La muerte de Rosaria Lopez ha sido, muy probablemente, preterintencional (no lo considero del todo un atenuante): todas las noches, en realidad, esos cientos de batidas implican un tosco ceremonial sádico.

La impunidad de todos estos años para los delincuentes burgueses y en particular para los neofascistas no tiene nada que envidiar a la impunidad de los criminales de arrabal. (Los hermanos Carlino, de Torpignattara, gozaban de la misma libertad condicional que los pariolinos.) Impunidad milagrosamente conclusa en parte con el 15 de junio.

¿Qué inferir de todo esto? Que la «gangrena» no se difunde desde algunos estratos de la burguesía (romana o neofascista) contagiando al país y por tanto al pueblo. Sino que hay una fuente de corrupción más lejana y total. Y héme aquí otra vez repitiendo la letanía.

Ha cambiado el «modo de producción» (cantidades enormes, bienes superfluos, función hedonista). Pero la producción no sólo produce mercancías: produce al mismo tiempo relaciones sociales, humanidad. El «nuevo modo de producción» ha producido pues una nueva humanidad, o sea, una «nueva cultura»; ha modificado antropológicamente al hombre (en especial al italiano). Esta «nueva cultura» ha destruido cínicamente (genocidio) las culturas precedentes: desde la cultura burguesa tradicional a las diversas culturas populares, particularistas y pluralistas. Los modelos y los valores destruidos han sido sustituidos por los modelos y los valores propios de esa «nueva cultura» (aún no definidos ni nombrados), que son los de una nueva especie de burguesía. Los hijos de la burguesía son pues privilegiados al realizarlos, y al realizarlos (con inseguridad y, por tanto, con agresividad), se ponen como ejemplo ante quienes son económicamente impotentes para seguirles, y se ven reducidos, justamente, a la condición de espectrales y feroces imitadores. De ahí su naturaleza sicaria, de SS. El fenómeno afecta así a todo el país. Los porqués existen y son muy claros. Claridad que, lo admito, no se desprende ciertamente de este esquema, redactado telegráficamente. Pero tú sabes muy bien cómo documentarte, si me quieres responder, discutir o replicar. Eso es, a fin de cuentas, lo que espero que hagas.

NB. Los políticos son difícilmente recuperables para una operación así. La suya es una lucha por la pura supervivencia. Han de hallar cada día un enganche para permanecer agarrados a él e insertarse donde luchan (para sí mismos o para los otros, no importa). La prensa refleja fielmente su caótica cotidianidad, el torbellino en el que están presos y en el que se hunden. Y también refleja fielmente las palabras mágicas, o puros verbalismos («moroteos», «doroteos», «alternativa», «compromiso», «jungla retributiva»), a los que siguen apegados y a través de los cuales reducen las perspectivas políticas reales. Los periodistas, autores de ese reflejo, parecen ser cómplices de esa pura cotidianidad, que mitifican como si fuera «seria» (como ocurre siempre con la «práctica»). Maniobras, conjuras, intrigas, negocios sucios de Palacio pasan por ser acontecimientos serios. Mientras que para un espectador distante no son más que contorsiones tragicómicas y, por supuesto, pícaras e indignas.

Los sindicalistas tampoco son de gran ayuda. Lama, bajo el cual suelen cobijarse todos los hacedores de opiniones como perritas en celo bajo el perro, no sabría decirnos nada. Él es lo mismo y lo contrario, o sea lo contrario y lo mismo, que Moro, con el que negocia. La realidad y las perspectivas son verbales: lo que cuenta es un arreglo para hoy. No importa que Lama se vea obligado a ello mientras que los democristianos viven de esto. Hoy parece que sólo intelectuales platónicos (añado: marxistas) —tal vez desprovistos de

información, pero ciertamente desprovistos de intereses y complicidad— tienen alguna probabilidad de intuir el sentido de lo que está sucediendo realmente: a condición, por supuesto, de que su intuición sea traducida —traducida literalmente— por científicos, platónicos también, a los términos de la única ciencia cuya realidad es objetivamente cierta como la de la Naturaleza; es decir: la Economía Política.

Il Mondo, 30 de octubre de 1975.

INTERVENCIÓN EN EL CONGRESO DEL PARTIDO RADICAL

Introducción

Ante todo debo justificar mi presencia aquí. No estoy aquí como radical. No estoy aquí como socialista. No estoy aquí como progresista. Estoy aquí como marxista que vota por el PCI y espera mucho de las nuevas generaciones de comunistas. Que confía en las nuevas generaciones de comunistas al menos tanto como confía en los radicales. O sea: con esa pizca de voluntad e irracionalidad, y acaso arbitrariedad, que permite desplazar a la realidad —tal vez con un ojo puesto en Wittgenstein— para razonar libremente sobre ella.

Por ejemplo: el PCI oficial declara aceptar en lo sucesivo, y *sine die*, la praxis democrática. No debo tener ninguna duda: ciertamente, el PCI no se refiere a la práctica democrática codificada y convencionalizada por el uso de estas tres décadas; se refiere, sin duda, a la praxis democrática entendida en la pureza democrática de su forma, o, si se quiere, de su pacto formal. A la religión laica de la democracia. Sería una autodegradación sospechar que el PCI se refiere a la democraticidad de los democristianos; y, por tanto, no se puede suponer que el PCI se refiere a la democraticidad, por ejemplo, de los radicales.

Párrafo primero

A) Las personas más adorables son las que no saben que tienen derechos.

B) También son adorables las personas que, pese a saber que tienen derechos, no los ejercen o incluso renuncian a ellos.

C) Son también bastante simpáticas las personas que luchan por

los derechos de los demás (sobre todo de quienes no saben que los tienen).

D) En nuestra sociedad existen explotados y explotadores. Pues bien: tanto peor para los explotadores.

E) Hay intelectuales, los intelectuales comprometidos, que consideran deber propio *y ajeno* hacer saber que tienen derechos a las personas adorables que no lo saben; incitar a no renunciar a las personas adorables que saben que tienen derechos pero renuncian a ellos; empujar a todos a sentir el impulso histórico de luchar por los derechos de los demás; y, en fin, considerar indiscutible y fuera de toda duda el hecho de que, entre explotados y explotadores, los infelices son los explotados.

Entre esos intelectuales, que desde hace más de un siglo han asumido semejante papel, en los últimos años se han distinguido claramente unos grupos emperrados en hacer de tal papel un papel extremista. Me refiero, por tanto, a los extremistas, jóvenes, y a sus aduladores ancianos.

Estos extremistas (quiero ocuparme sólo de los mejores) se proponen como objetivo primero y fundamental difundir entre la gente, diría que apostólicamente, la consciencia de sus propios derechos. Lo hacen con decisión, rabia, desesperación, paciencia optimista o impaciencia dinamitera según los casos. Y, puesto que no se trata sólo de suscitar (en los adorables ignorantes) la consciencia de sus propios derechos sino también la voluntad de obtenerlos, la propaganda no puede dejar de ser, sobre todo, pragmática.

Párrafo segundo

Desobedeciendo a la torcida voluntad de los historiadores y políticos profesionales, así como a la de las feministas romanas —voluntad que querría verme confinado en Elicona, exactamente igual que los mafiosos en Ustica—, una tarde de este verano participé en un debate político en una ciudad del norte. Luego, como ocurre siempre, un grupo de jóvenes quiso continuar la discusión también en la calle, en el anochecer cálido y lleno de cantos. Entre estos jóvenes había un griego. Que era, precisamente, uno de esos extremistas marxistas «simpáticos» de que hablaba.

Sobre un fondo de franca simpatía se injertaban manifiestamente, sin embargo, los defectos más destacados de la retórica y de la subcultura extremista. Era un «adolescente» un poco descuidado en el vestir, tal vez incluso un poco golfo, pero al mismo tiempo tenía una barba de verdadero pensador, algo entre Menipo y Aramis; con todo, los cabellos largos hasta los hombros corregían la eventual función gestual y grandilocuente de la barba con un toque exótico e

irracional: una alusión a la filosofía brahamánica, a la ingenua altivez de los gurumparampara.

El joven griego vivía aquella retórica suya con la más absoluta falta de autocrítica: ignoraba poseer aquellos signos suyos, tan vistosos, y en esto resultaba adorable, exactamente igual que los que no saben que tienen derechos...

Entre sus defectos, tan cándidamente vividos, el más grave era ciertamente la vocación de difundir entre la gente («poco a poco», decía él; para él la vida era larga, casi sin fin) la consciencia de los propios derechos y la voluntad de luchar por ellos.

Pues bien: he aquí la enormidad, tal como la capté en aquel estudiante griego, inconscientemente encarnada en su persona.

A través del marxismo, el apostolado de los jóvenes extremistas de extracción burguesa —apostolado en favor de la consciencia de los derechos y de la voluntad de realizarlos— no es más que la rabia inconsciente del burgués pobre contra el burgués rico, del burgués joven contra el burgués viejo, del burgués impotente contra el burgués poderoso, del burgués pequeño contra el burgués grande.

Es una guerra civil inconsciente —disfrazada de lucha de clases— en el interior del infierno de la consciencia burguesa. (Recuérdese: estoy hablando de extremistas, no de comunistas.) Las personas adorables que no saben que tienen derechos, o las personas adorables que lo saben pero renuncian a ellos, encarnan —en esta guerra civil disfrazada— una función antigua y bien conocida: la de ser carne de cañón.

Con inconsciente hipocresía son utilizadas, en primer lugar, como sujetos de una transferencia que libera a la consciencia del peso de la envidia y del rencor económico; y, en segundo lugar, son lanzadas por los burgueses jóvenes, pobres, inseguros y fanáticos, como un ejército de parias «puros», a una lucha inconscientemente impura precisamente contra los burgueses viejos, ricos, seguros y fascistas.

Entendámonos: el estudiante griego que he tomado como símbolo era, a todos los efectos (salvo respecto a una verdad feroz), un «puro» también él, como los pobres. Y esta «pureza» no se debía sino al radicalismo que había en él.

Párrafo tercero

Ya es hora de decirlo: los derechos de los que estoy hablando son los «derechos civiles» que, fuera de un contexto estrictamente democrático, como podría ser una ideal democracia puritana en Inglaterra o en los Estados Unidos —o bien laica en Francia—, han cobrado una coloración clasista. La italianización socialista de los

«derechos civiles» fatalmente (históricamente) no podía hacer otra cosa que vulgarizarse.

Pues el extremista que enseña a los demás que tienen derechos, ¿qué es lo que enseña? Enseña que quien sirve tiene derechos *idénticos* que quien manda. El extremista que enseña a los demás a luchar para obtener sus propios derechos, ¿qué enseña? Enseña que es preciso usufructuar derechos *idénticos* a los del patrón. El extremista que enseña a los demás que quienes son explotados por los explotadores son infelices, ¿qué enseña? Enseña que hay que pretender una felicidad *idéntica* a la de los explotadores.

El resultado que eventualmente se alcanza así es pues una *identificación*; o sea, en el mejor de los casos, una democratización en sentido burgués.

La tragedia de los extremistas consiste pues en haber conseguido que una lucha por ellos definida verbalmente como revolucionaria marxista-leninista se degrade en una lucha civil vieja como la burguesía, esencial para la existencia misma de la burguesía.

La realización de los derechos propios no hace más que promover a quien los obtiene al grado de burgués.

Párrafo cuarto

¿En qué sentido la consciencia de clase no tiene nada que ver con la consciencia de los derechos civiles marxistizados? ¿En qué sentido el PCI no tiene nada que ver con los extremistas (a pesar de que, a veces, por la vía de la vieja diplomacia burocrática, les llame a su seno, hasta el punto, por ejemplo, de haber codificado ya el Sesenta y ocho según la línea de la Resistencia)?

Es bastante sencillo: mientras que los extremistas luchan por los derechos civiles marxistizados pragmáticamente en nombre, como decía, de una *identificación* final entre explotado y explotador, los comunistas, por el contrario, luchan por los derechos civiles en nombre de una *alteridad*. *Alteridad* (no simple alternativa) que por su misma naturaleza excluye toda asimilación posible de los explotados con los explotadores.

La lucha de clases ha sido hasta ahora *también* una lucha por la primacía de una forma distinta (por citar de nuevo a Wittgenstein, antropólogo potencial); es decir: de otra cultura. Eso es tan cierto que las dos clases en lucha eran también —¿cómo decirlo?— racialmente distintas. Y, en realidad, en substancia, todavía lo son. En plena era del Consumo.

Párrafo quinto

Es cosa sabida que cuando los «explotadores» (por medio de los «explotados») producen *mercancías*, producen en realidad *humanidad* (relaciones sociales).

Los «explotadores» de la Segunda revolución industrial (también llamada Consumismo; es decir: grandes cantidades, bienes superfluos, función hedonista) producen *nuevas mercancías*; de modo que producen *nueva humanidad* (nuevas relaciones sociales).

Ahora bien: durante los casi dos siglos de su historia, la Primera revolución industrial produjo siempre relaciones sociales modificables. ¿La prueba? La prueba viene dada por la substancial certidumbre de la modificabilidad de las relaciones sociales de quienes luchaban en nombre de la alteridad revolucionaria. Éstos nunca opusieron a la economía y a la cultura del capitalismo una alternativa, sino, precisamente, una alteridad. Alteridad que debería modificar radicalmente las relaciones sociales existentes, o, dicho antropológicamente, la cultura existente.

En el fondo, la «relación social» que se encarnaba en la relación entre siervo de la gleba y señor feudal no era muy distinta, después de todo, de la que se encarnaba entre obrero y empresario industrial, y, sea como fuere, se trata de «relaciones sociales» que han demostrado ser igualmente modificables.

Pero ¿y si la Segunda revolución industrial —mediante las posibilidades nuevas, inmensas, de que se ha dotado— produjera en lo sucesivo «relaciones sociales» *inmodificables*? Ésta es la gran y quizá trágica cuestión que planteo hoy. Pues tal es, en definitiva, el sentido del aburguesamiento total que se está produciendo en todos los países: definitivamente en los grandes países capitalistas, y dramáticamente en Italia.

Desde este punto de vista, las perspectivas del capital parecen de color de rosa. Las necesidades inducidas por el viejo capitalismo eran, en el fondo, muy parecidas a las necesidades primarias. Por el contrario, las necesidades que el nuevo capitalismo puede inducir son total y perfectamente inútiles y artificiales. He aquí por qué a través de ellas el nuevo capitalismo no se limitará a cambiar históricamente un tipo de hombre sino a la humanidad misma. Hay que añadir que el consumismo puede crear «relaciones sociales» *inmodificables* ya sea creando, en el peor de los casos, en vez del viejo clerical-fascismo, un nuevo tecno-fascismo (que en cualquier caso sólo podría realizarse a costa de llamarse anti-fascismo), ya, como parece más probable hoy, creando como contexto de su propia ideología hedonista un contexto de falsa tolerancia y de falso laicismo; esto es, una realización falsa de los derechos civiles.

En ambos casos el espacio para una verdadera *alteridad* revolu

cionaria quedaría limitado a la utopía o al recuerdo, reduciendo por tanto la función de los partidos marxistas a una función socialdemócrata, aunque desde el punto de vista histórico completamente nueva.

Párrafo sexto

Querido Pannella, querido Spadaccia, queridos amigos radicales, pacientes como santos con todos y por tanto también conmigo: la alteridad no está sólo en la consciencia de clase y en la lucha revolucionaria marxista. La alteridad existe también por sí misma en la entropía capitalista. En ella goza (o, mejor dicho, padece, y a menudo padece horriblemente) su concreción, su factualidad. Lo que hay y lo otro que hay en lo que hay son dos datos culturales. Entre esos dos datos se da una relación de prevaricación, a menudo, precisamente, horrible. Transformar su relación en una relación dialéctica ha sido hasta hoy, precisamente, la función del marxismo: una relación dialéctica entre la cultura de la clase dominante y la cultura de la clase dominada. Esa relación dialéctica dejaría de ser posible donde la cultura de la clase dominada hubiera desaparecido, donde fuera eliminada; abrogada, que decís vosotros. Hay que luchar, por tanto, por la conservación de todas las formas, alternas y subalternas, de la cultura. Esto es lo que vosotros habéis hecho durante estos años, especialmente en los últimos. Y habéis conseguido encontrar formas alternas y subalternas de cultura por todas partes: en el centro de la ciudad, en los rincones más lejanos, más muertos, más infrecuentables. No habéis tenido ningún respeto humano, ninguna falsa dignidad, y no os habéis sometido a ninguna extorsión. No habéis tenido miedo ni de meretrices ni de publicanos, ni tampoco —todo hay que decirlo— de los fascistas.

Párrafo séptimo

Los derechos civiles son, en sustancia, los derechos de los otros. Ahora bien: decir alteridad es enunciar un concepto casi ilimitado. Con vuestra dulzura y vuestra intransigencia no habéis hecho distinciones. Os habéis comprometido hasta el final por toda alteridad posible. Pero hay que hacer una puntualización. Hay una alteridad que afecta a la mayoría y una alteridad que afecta a las minorías. El problema que afecta a la destrucción de la cultura de la clase dominada, como eliminación de una alteridad dialéctica y por tanto amenazadora, es un problema que afecta a la mayoría. El problema del divorcio es un problema que afecta a la mayoría. El problema del aborto es un problema que afecta a la mayoría. En realidad, los obre-

ros y los campesinos, los maridos y esposas, los padres y las madres constituyen la mayoría. A propósito de la defensa genérica de la alteridad, a propósito del divorcio, a propósito del aborto habéis obtenido grandes éxitos. Esto —y vosotros lo sabéis muy bien— constituye un gran peligro. Para vosotros —que sabéis muy bien cómo reaccionar—, pero también para todo el país, que, por el contrario, especialmente en los niveles culturales que deberían ser más altos, suele reaccionar mal.

¿Qué quiero decir con todo esto?

Mediante la adopción marxistizada de los derechos civiles por parte de los extremistas, de quienes hablaba en los primeros párrafos de esta intervención, los derechos civiles han entrado a formar parte no sólo de la consciencia sino también de la dinámica de toda la clase dirigente italiana de fe progresista. No hablo de vuestros simpatizantes. No hablo de aquellos con quienes habéis conectado en los lugares más lejanos y diversos, hecho del que estáis justamente orgullosos. Hablo de los intelectuales socialistas, de los intelectuales comunistas, de los intelectuales católicos de izquierda, de los intelectuales genéricamente, *sic et simpliciter*: en esta masa de intelectuales —a través de vuestros éxitos— vuestra pasión irregular por la libertad se ha codificado, ha adquirido la certidumbre del conformismo, e incluso (a través de un «modelo» siempre imitado por los jóvenes extremistas) del terrorismo y de la demagogia.

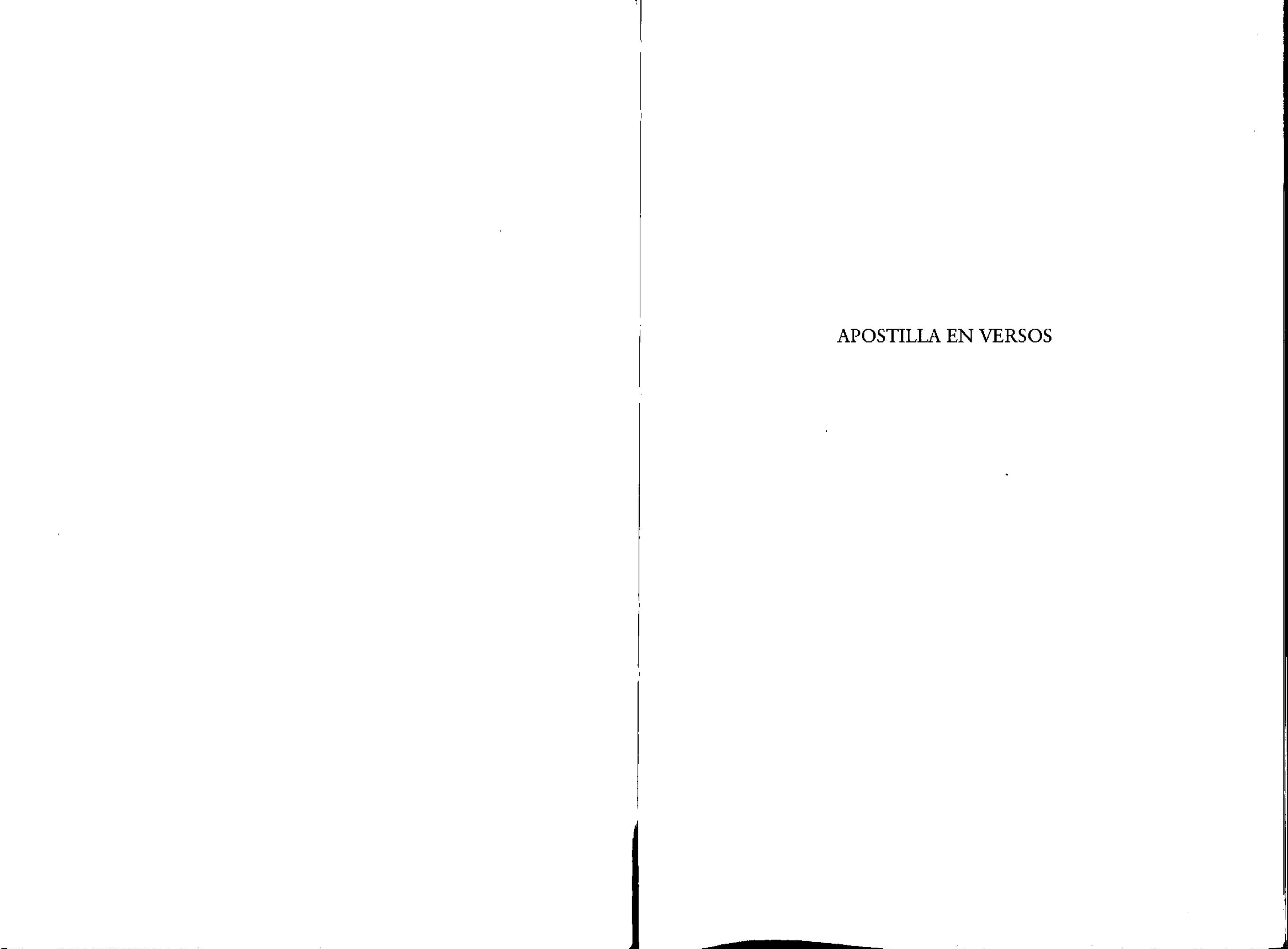
Párrafo octavo

Sé que estoy diciendo cosas gravísimas. Por otra parte, era inevitable. Si no, ¿qué habría venido a hacer yo aquí? Os señalo, en un momento de justificada euforia de la izquierda, lo que para mí es el mayor y peor peligro que nos aguarda a nosotros, los intelectuales, en el próximo futuro. Una nueva *trahison des clercs*: una nueva aceptación, una nueva adhesión, una nueva cesión al hecho consumado, un nuevo régimen, aunque todavía sea sólo como una nueva cultura y nueva calidad de vida.

Os remito a lo que decía al final del párrafo quinto: el consumismo puede hacer inmodificables las nuevas relaciones sociales expresadas por el nuevo modo de producción, «creando como contexto de su propia ideología un contexto de falsa tolerancia y de falso laicismo; esto es, una falsa realización de los derechos civiles».

Ahora bien: la masa de los intelectuales que ha tomado de vosotros, a través de la marxistización pragmática de los extremistas, la lucha por los derechos civiles, inscribiéndola así en su propio código progresista, o conformismo de izquierdas, sólo hace el juego al poder: cuanto más fanáticamente convencido está un intelectual progresista de la bondad de su contribución a la realización de los derechos civiles, tanto más acepta, en substancia, la función socialdemócrata que el poder le impone, abrogando, a través de la realización falsificada y totalizante de los derechos civiles, toda alteridad real. Por eso semejante poder se dispone de hecho a asumir a los intelectuales progresistas como a un clero propio. Y esos intelectuales ya le han dado a ese invisible poder una invisible adhesión al meterse en el bolsillo una inevitable tarjeta de asociado.

Contra todo esto vosotros no debéis hacer, creo yo, más que continuar simplemente siendo vosotros mismos, lo que significa ser continuamente irreconocibles. Olvidar pronto los grandes éxitos y seguir impertérritos, obstinados, eternamente contrarios, pretendiendo, queriendo, identificándoos con lo diverso; escandalizando y blasfemando.



APOSTILLA EN VERSOS

I

Papá, hemos visto al Ángel del Diablo
que tartajeaba como Nuncio Inocentes,
tartajeaba. «¡Ni, ni, niños —hacía—
ddddespertad! ¿A qué e-e-e-esperáis?

¡Dededebéis hacer huelga! ¡Vamos!
Mama-mañana a las dodo-doce dede-debéis
cruzarosdebrazos! El Didi-Diablo me ha ordenado
dede-de-decíroslo. ¡B-basta con la tolerancia, joder!

¡B-basta con la permisividad: tenéisquequerer
oooooo-obedecer como vuestros ppppp-padres!»
¡Papá, basta ya con el Edonè, queremos

el Agàpe, basta con las buenas, queremos
las malas... ¡Mano dura, papá, mano dura,
papá por favor, al menos un poco de mano dura!

II

Señor Maestro, hemos visto al Diablo del Ángel
negro como Luciano el Sarraceno: «¡Gritad *Viva
Benjamin Spock*!», nos dice. Hace falta mano dura.
Basta con el Agàpe, queremos el Anànke.

Estamos hartos de convertirnos en jóvenes serios,
o contentos a la fuerza, o criminales, o neuróticos:
queremos reir, ser inocentes, esperar
algo de la vida, preguntar, ignorar.

No queremos ser tan pronto así, seguros.
No queremos ser tan pronto así, sin sueños.
¡Huelga, huelga, compañeros! Por nuestros deberes.

Señor Maestro, deje de tratarnos como necios
a los que es necesario no ofender, no herir,
no tocar. No nos adule, ¡somos hombres, Señor Maestro!

III

Jefes, padres, amos: I) los más adorables
de todos son aquellos que no saben que tienen derechos;
II) también son adorables aquellos que aun sabiendo
que tienen derechos, no los reclaman;

III) son bastante simpáticos, luego, aquellos
que luchan por los derechos de los otros.
El Ángel del Ángel y el Diablo del Diablo
nos dijeron que...

«¿Dónde están las llaves...?»
«Al pasar la barca me dijo el barquero
las niñas bonitas...»

Queremos sonreir como chiquillos
de Balsorano... Vosotros pensad en nuestros deberes
que de nuestros derechos, si queremos, nos ocuparemos
nosotros...

POSTILLA IN VERSI

I // Papà, abbiamo visto l'Angelo del Diavolo / che zagajava come Innocenti Nunzio, / zagajava. «Ba, ba, bambini —fa— / svvvveglia! che a-a-a-aspettate? // Dododovete fare sciopero! Dai! / Dodo-domani alle dodo-dodici dodo-dovete / incrociarelebraccia! Il Didi-Diavolo me l'ha ordinato / didi-di-dirvelo. B-basta con la tolleranza, mmmmannaggia! // B-basta con la p-permissività: voidovetepretendere / di oooooo-obbedire come i vostri ppppp-papà!» / Papà, basta con l'Edonè, vogliamo // l'Agàpe, basta con le buone, vogliamo / le cattive... La bacchetta, papà, la bacchetta, / papà per piacere, almeno un po', la bacchetta!

II // Signor Maestro, abbiamo visto il Diavolo dell'Angelo / nero come Luciano 'o Sarracino: «Gridate *Viva / Benjamin Spock*», ci fa. Occorre la bacchetta. / Basta con l'Agàpe, vogliamo l'Anànke. // Siamo stanchi di diventare giovani seri, / o contenti per forza, o criminali, o nevrotici: / vogliamo ridere, essere innocenti, aspettare / qualcosa dalla vita, chiedere, ignorare. // Non vogliamo essere subito già cosí sicuri. / Non vogliamo essere subito già senza sogni. / Sciopero, sciopero, compagni! Per i nostri doveri. // Signor Maestro, la smetta di trattarci come scemi / che bisogna sempre non offendere, non ferire, / non toccare. Non ci aduli, siamo uomini, Signor Maestro!

III // Capi, padri, signori: I) I piú adorabili / di tutti sono quelli che non sanno di avere diritti. / II) Sono adorabili anche quelli che pur sapendo / di avere dei diritti, non li pretendono. // III) Sono abbastanza simpatici, poi, quelli / che lottano per i diritti degli altri. / L'Angelo dell'Angelo e il Diavolo del Diavolo / ci hanno detto che... // «Oh quante belle figlie Madama Dorè...» / «Lucciola lucciola vieni a me, ti darò / del pan del re...» // Vogliamo sorridere come i ragazzini / di Balsorano... Voi pensate ai nostri doveri / ché ai nostri diritti, se vorremo, ci penseremo noi...

NOTA SOBRE LOS TEXTOS

Este volumen reúne artículos e intervenciones escritas de Pier Paolo Pasolini desde principios de 1975 a los últimos días de octubre de aquel año. Los artículos fueron publicados en el diario *Il Corriere della Sera* y en el semanario *Il Mondo*. La *Abjuración de la Trilogía de la Vida* fue reproducida en *Il Corriere della Sera* a los pocos días de la publicación de la *Trilogía de la vida* por el editor Cappelli de Bolonia, a quien se agradece su amable autorización de edición. La intervención en el congreso del Partido Radical fue leída en Florencia el 4 de noviembre de 1975, dos días después de la desaparición del autor, y posteriormente fue publicada en el semanario *Il Mondo*. Es inédito el texto *Los jóvenes infelices,* cuya redacción corresponde, como apunta el propio autor, a los «primeros días de 1975»; mientras que los versos publicados al final del presente volumen, también inéditos en vida del autor, aparecieron en el semanario *Giorni* el 7 de abril de 1976.

El título del volumen y los de las dos secciones principales que lo articulan son del autor. Entre sus papeles se han encontrado diversos materiales (apuntes y esbozos de índices) relativos al proyecto y a la disposición de sus dos partes.

En *Gennariello* han sido conservados, cuando los había, los títulos dados por Pasolini a los distintos parágrafos en que se iba articulando su razonamiento; para los demás se ha dejado el título redaccional con que fueron publicados en *Il Mondo.*

Se reproduce a continuación el más completo de estos índices, que da al lector una idea de cómo proyectaba Pasolini completar este trabajo.

GENNARIELLO

Cómo te imagino
Cómo debes imaginarme
Mi escritura pedagógica
Plan de la obra
Las fuentes educativas más inmediatas (lista y esbozo)
La familia: el padre (y los demás padres)
La familia: la madre (y las demás madres)
La escuela y lo que se enseña allí
Los maestros
Los profesores

Los demás estudiantes y coetáneos en general
La prensa y la televisión
El sexo (10 parágrafos)
La religión (10 parágrafos)
La política (10 parágrafos)

En lo que respecta a los artículos reunidos bajo el título de *Cartas luteranas,* se ha conservado el título dado por Pasolini cuando encabezaba el original mecanografiado. Son de Pasolini los títulos siguientes: «Abjuración de la *Trilogía de la vida*»; «Fuera de Palacio»; «Argumento para un film sobre un policía»; «Réplicas»; «¿Cómo son las personas serias?»; «Dos modestas proposiciones para eliminar la criminalidad de Italia». Los demás títulos son del editor.

El orden de los artículos refleja la fecha de su aparición, incluso cuando (como ocurre en el caso de los semanarios) tal fecha es ficticia. Sólo se ha hecho una excepción: con el artículo «Habría que procesar a los jerarcas democristianos», ya que encabeza la *serie* de intervenciones sobre el llamado «Proceso» y fue escrito concretamente en primer lugar.

Se indican las fechas particulares al pie de cada texto.

Los textos impresos han sido comparados con los mecanoscritos cuando se han conservado éstos (lo que desgraciadamente no ocurre siempre). Cuando se han encontrado divergencias, sobre todo cortes no atribuibles al autor, no se ha vacilado en restaurar el texto a partir del mecanoscrito. Puede ocurrir que en algún caso esto no represente la redacción definitiva, pero representa una redacción que es sin duda del autor.

Hay que añadir unas líneas de aclaración a propósito de la «Apostilla en versos». El título es del editor, y su inserción al pie de las *Cartas luteranas* se debe (aparte de la existencia de este texto en la carpeta preparada por el autor) a la temática que lo vincula al libro y a referencias precisas incluidas en un esbozo (manuscrito por Pasolini) del índice definitivo del volumen.